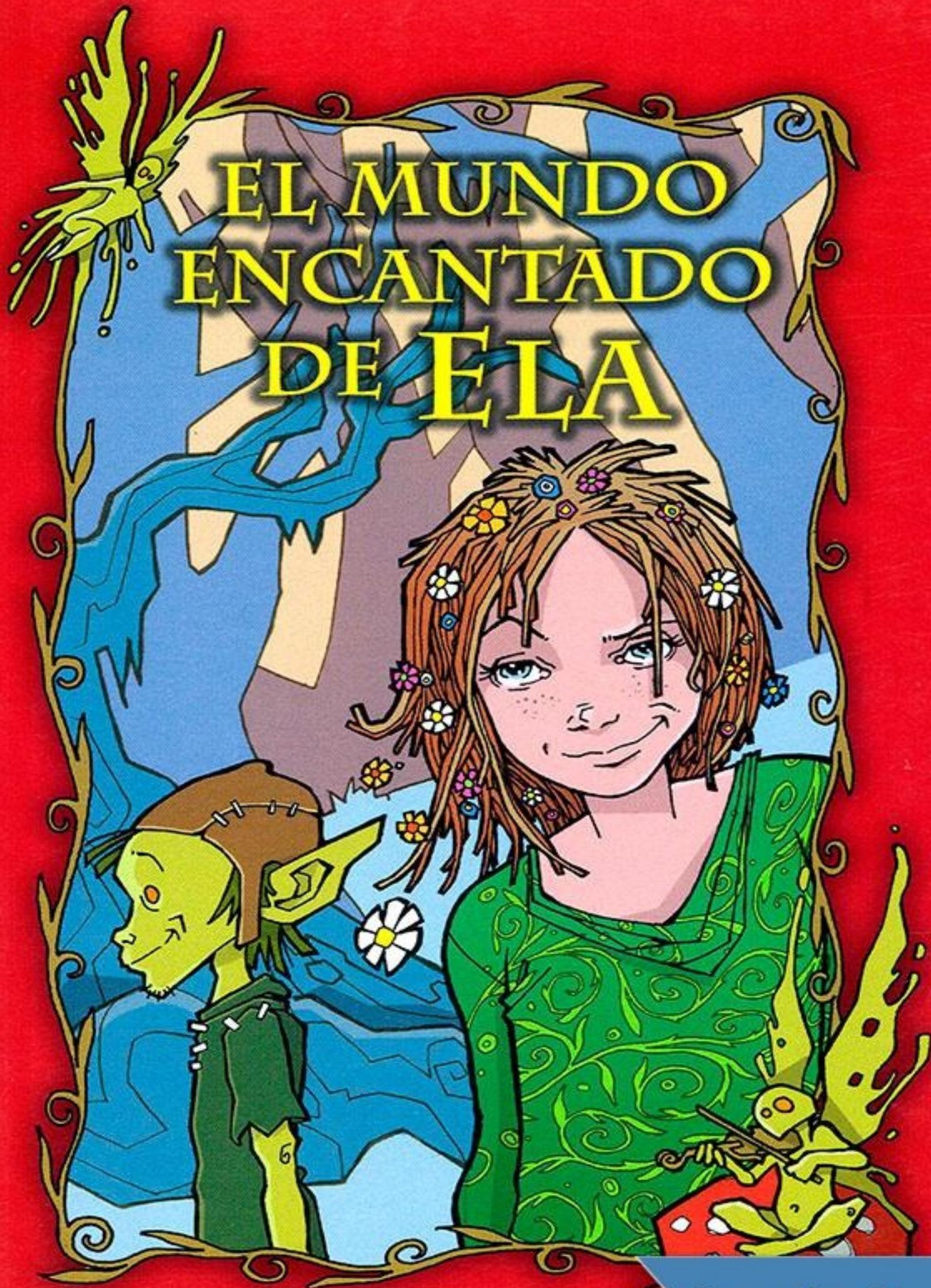


EL MUNDO ENCANTADO DE ELA



GAIL CARSON LEVINE

Lectulandia

No todo es plácido y sencillo en el mundo de los cuentos de hadas. Un lugar en el que Ela podría lograr la felicidad, de no ser por el absurdo regalo mágico que le hicieron al nacer: el don de la obediencia. No es un obsequio inocente, ya que debido a ese conjuro, cualquiera puede forzar a Ela a realizar las más extrañas acciones.

Además, su vida cada vez es más complicada: madrastras autoritarias, internados estrictos, órdenes por doquier... Indefensa en ese mundo poblado también por elfos, brujas y príncipes de ensueño, Ela decide ir en busca del hada que la hechizó. En su viaje descubrirá que sus más importantes dones son el ingenio, la simpatía... ¡y una chispa de magia!

Lectulandia

Gail Carson Levine

El mundo encantado de Ela

ePub r1.0
guau70 10.07.15

Título original: *Ella Enchanted*
Gail Carson Levine, 1997
Traducción: Victoria Pradilla
Ilustración de cubierta: David Aja
Diseño: Gemma Pellicer & Raúl García

Editor digital: guau70
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para David. Más melodías.

1

Lucinda, esa hada tonta, no quería echarme una maldición, sino otorgarme un don. Yo no paré de llorar durante mi primera hora de vida, y aquellas lágrimas fueron su inspiración. Miró a mi madre, moviendo la cabeza con aire cómplice, tocó mi nariz con su varita y dijo:

—Mi regalo será la obediencia. Ela será siempre obediente. —Y tras anunciar aquello se dirigió a mí ordenando—: Ahora deja de llorar de una vez.

Y dejé de llorar.

Papá estaba fuera como de costumbre, en viaje de negocios, pero Mandy, nuestra cocinera, lo presencié todo. Ella y mi madre intentaron convencer a Lucinda de que su regalo era horrible. Puedo imaginarme la escena: Mandy con sus pecas resaltando más que nunca, el cabello gris y rizado, alborotado, y la barbilla temblándole de rabia. Mamá, en cambio, inmóvil pero tensa, su cabello castaño empapado de sudor tras el parto, los ojos llenos de tristeza.

Lo que no puedo imaginarme es qué aspecto tendría Lucinda, que se empeñó en no deshacer el hechizo.

La primera vez que fui consciente de mi desgracia fue cuando cumplí cinco años. Recuerdo perfectamente aquel día, quizá porque Mandy me lo ha contado muchas veces.

—Para tu cumpleaños —empieza siempre diciendo—, preparé un hermoso pastel de seis pisos. Bertha, nuestra ama de llaves, había cosido un vestido especial para ti. Azul oscuro como la noche, con un fajín blanco. Tú no eras muy alta para tu edad, y parecías una muñeca china, con una cinta blanca en ese pelo tan negro que tienes y las mejillas coloradas por la excitación...

En el centro de la mesa había un jarrón con unas flores que Nathan, nuestro criado, había recogido.

Estábamos sentados a la mesa. Papá estaba fuera, como siempre. Yo había visto ilusionada a Mandy hornear el pastel, a Bertha coser mi vestido y a Nathan recoger flores del jardín.

Mandy partió el pastel, me ofreció un trozo y dijo:

—Come.

El primer bocado me supo delicioso. Me comí todo el trozo contentísima.

Cuando acabé Mandy me dio otro pedazo, aún más grande, y cuando lo terminé no me dieron más, pero yo sabía que tenía que seguir comiendo y acerqué el tenedor al pastel.

—Ela, ¿qué estás haciendo? —me riñó mamá.

—¡Qué tragona eres! —comentó Mandy, riendo—. Es su cumpleaños, señora, déjele tomar cuanto quiera. —Y me sirvió más pastel.

Me sentía mal, asustada. ¿Por qué no podía dejar de comer?

Me costaba mucho tragar, y cada bocado que daba se hacía más difícil de

masticar que el anterior. Entonces me puse a llorar, sin dejar de comer.

Mamá se dio cuenta enseguida.

—Deja de comer, Ela —me ordenó, y yo obedecí.

Cualquiera podía controlarme con una orden. Tenía que ser algo directo, como «Ponte un chal», o «Vete a la cama». Un deseo o una sugerencia no tenían efecto: «Me gustaría que te pusieses un chal», o «¿Por qué no te vas a dormir?». Entonces era libre de hacer caso omiso. Pero ante una orden estaba totalmente indefensa.

Si alguien me hubiera dicho que saltara a la pata coja durante un día entero yo lo habría hecho, aunque aquélla no era la peor orden que podían darme. Si alguien me hubiera mandado que me cortase la cabeza habría estado obligada a hacerlo. Vivía en constante peligro.

A medida que me fui haciendo mayor aprendí a controlar mi obediencia, aunque me salía muy caro porque a menudo me quedaba sin aliento, sentía náuseas, vértigo y malestar. Nunca podía aguantar mucho tiempo. Unos pocos minutos significaban para mí un enorme esfuerzo.

Tenía un hada madrina, a la que mamá había pedido que me librara del maleficio. Pero ella decía que sólo quien lo había hecho podía deshacerlo. Sin embargo, también había dicho que el encantamiento podía romperse, algún día, sin la ayuda de Lucinda.

Yo no sabía cómo podría suceder aquello, ni tampoco quién era mi hada madrina.

En lugar de hacerme dócil, la maldición de Lucinda me hizo muy rebelde. O quizás aquél era mi carácter por naturaleza.

Mamá casi nunca me obligaba a hacer nada. Papá no conocía la maldición, y además me veía tan poco que casi nunca se dirigía a mí. Pero Mandy sí que era mandona. Me daba órdenes casi con la misma frecuencia con la que respiraba. Órdenes cariñosas, y siempre por mi bien: «Ata esto, Ela», o «Aguanta este cuenco mientras bato los huevos, cariño».

Yo odiaba aquellas órdenes, a pesar de que eran inofensivas. Sostenía el cuenco, sí, pero no dejaba de moverme para que Mandy tuviera que seguirme por toda la cocina.

Ella me llamaba traviesa, y entonces trataba de darme instrucciones más precisas para que no pudiera tergiversarlas tan fácilmente. A menudo era muy complicado que lográramos hacer algo juntas, y mamá se reía cuando nos veía discutir.

Al final todo terminaba felizmente, porque o bien yo hacía lo que me pedía Mandy o bien ella sustituía la orden por una petición.

Si Mandy, distraída, me pedía algo sin caer en que estaba dándome una orden, yo decía: «¿Tengo que hacerlo?», y entonces ella lo reconsideraba.

Cuando tenía ocho años tuve una amiga que se llamaba Pamela, la hija de una de nuestras criadas. Un día estábamos las dos en la cocina mientras Mandy hacía un roscón. Mandy me mandó que fuera a la despensa a buscar más almendras y yo volví

sólo con dos. Entonces me dio instrucciones más precisas, y me las volví a arreglar para no hacer exactamente lo que me pidió.

Más tarde, cuando Pamela y yo volvíamos al jardín a tomar el dulce, me preguntó por qué no había hecho lo que Mandy me había pedido.

—Odio que se ponga tan mandona —respondí.

—Yo siempre obedezco a los mayores —dijo Pamela tímidamente.

—Lo haces porque no estás obligada.

—Claro que lo estoy, sino papá me daría un buen tortazo.

—No es lo mismo para mí. Yo estoy hechizada —expliqué, dándome importancia porque los hechizos no eran frecuentes y Lucinda era una de las pocas hadas que podía realizarlos.

—¿Eres como la Bella Durmiente?

—Con la diferencia de que yo no tengo que dormir durante cien años.

—¿Cuál es el hechizo que sufres? —me preguntó.

Yo se lo expliqué.

—¿Siempre que alguien te da una orden tienes que obedecer? ¿Incluso si te la doy yo? —preguntó entonces. Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Puedo probar? —exclamó Pamela, entusiasmada con la idea.

—No —respondí airada—, pero te reto a una carrera hasta la verja.

—De acuerdo, pero te ordeno que pierdas.

—Bueno, pues entonces no correré.

—Te ordeno que corras y que pierdas la carrera.

De modo que corrimos, y perdí.

Luego recogimos moras y tuve que darle a Pamela las más dulces y maduras. Jugamos a princesas y a ogros, y me tocó ser el ogro.

Después de una hora de suplicio no lo resistí más y le di un puñetazo. Pamela se puso a chillar cuando vio que le salía sangre de la nariz.

Nuestra amistad terminó aquel día, y mamá encontró otra colocación para la madre de Pamela lejos de Frell, nuestra ciudad.

Después de castigarme por haberme peleado, y aunque no solía darme órdenes, mamá me dio una muy importante: «No cuentes nunca más a nadie lo de tu hechizo».

De todas formas no lo hubiera hecho, pues acababa de aprender que debía ser precavida al respecto.

Cuando tenía casi quince años, mamá y yo nos pusimos enfermas. Mandy nos dio su sopa curativa, hecha de zanahorias, puerros, apio y crines de unicornio. Era deliciosa, aunque ambas odiábamos aquellos pelos largos y amarillentos que flotaban entre las verduras. Como papá no estaba en Frell tomamos la sopa sentadas en la cama de mamá. Si él hubiera estado en casa no habría podido quedarme en la habitación de mis padres. No le gustaba verme cerca, enredándome entre sus piernas, como solía decir él.

Me tomé la sopa, crines incluidas, porque así me lo habían ordenado, pero hice muecas a Mandy para mostrarle mi disgusto, cuando ya se retiraba.

—Esperaré a que se enfríe— dijo mamá. Después, cuando nos quedamos solas, retiró las crines para tomarse la sopa, y cuando terminó volvió a dejarlas en el plato.

Al día siguiente yo me encontraba mucho mejor, pero mamá, en cambio, estaba más enferma, tanto que no podía comer ni beber nada. Decía que era como si tuviese un cuchillo clavado en la garganta y un martillo golpeándole la cabeza. Para aliviarla un poco de su malestar le puse compresas frías sobre la frente y le conté cuentos. Eran viejas historias de hadas que yo modificaba para distraerla y hacerla reír, aunque a veces su risa se convertía en una horrible tos.

Antes de que Mandy me mandara ir a la cama mamá me besó y dijo:

—Buenas noches. Te quiero, cariño.

Fueron las últimas palabras que me dirigió. Cuando me marchaba, oí lo último que le dijo a Mandy:

—No me encuentro tan mal como para que avises a *sir* Peter.

Sir Peter era papá.

A la mañana siguiente mamá deliraba. Daba instrucciones a invisibles cortesanos, con los ojos abiertos, e intentaba arrancarse del cuello su collar de plata. No nos reconocía ni a Mandy ni a mí.

Nathan, nuestro criado, fue a buscar al médico, quien nada más llegar me apartó del lecho de mi madre.

Salí de la habitación y el vestíbulo estaba vacío. Seguí andando hasta la escalera de caracol que lo presidía y bajé por ella, recordando las veces que mamá y yo nos habíamos deslizado por la barandilla. Nunca lo hacíamos si había alguien cerca.

—Tenemos que comportarnos con dignidad —me susurraba ella entonces, mientras bajaba la escalera de forma ceremoniosa, y yo la seguía de cerca, imitándola y luchando contra mi torpeza natural, feliz de tomar parte en aquel juego.

Pero cuando estábamos solas preferíamos deslizarnos, y gritábamos mientras bajábamos. Luego subíamos de nuevo para volver a bajar, una y otra vez.

Cuando llegué al final de la escalera abrí la puerta de entrada y salí a la brillante luz del día. Había un largo trecho hasta el viejo castillo, pero yo quería formular un deseo. Y quería hacerlo en el lugar adecuado para que se cumpliera.

El castillo había permanecido abandonado desde que el rey Jerrold era pequeño, aunque volvía a abrirse en ocasiones especiales, como bailes, bodas y demás celebraciones. Bertha decía que estaba encantado, y Nathan que era un nido de ratones. Los jardines del castillo estaban bastante descuidados, pero Bertha aseguraba que los árboles candelabro eran mágicos.

Fui directamente hacia la arboleda. Se trataba de unos árboles pequeños que habían sido podados, y a los que les habían puesto unas guías para que tomaran forma de candelabros cuando crecieran. A cambio de formular un deseo, era necesario hacer una promesa, así que cerré los ojos y dije:

—Si mamá se cura seré no sólo obediente, sino también buena. Trataré de no ser tan torpe y no le tomaré el pelo a Mandy.

En aquel momento no pedí que mamá conservara la vida, ya que no se me ocurrió que pudiera estar en peligro.

—Debemos consolar a este marido y a esta hija sumidos en la pena —dijo el gran canciller Thomas de forma contundente, después de un largo y monótono sermón. Habló sobre mamá y repitió muchas veces su nombre, lady Estela. Sin embargo, la persona que describía (una madre excelente, una ciudadana leal, una fiel esposa) no se parecía mucho a mamá. El sermón había tratado sobre la muerte, pero el canciller dedicó la mayor parte del mismo a elogiar la lealtad hacia Kyrria y sus gobernantes: el rey Jerrold, el príncipe Charmont y el resto de la familia real.

Papá me tomó de la mano. Su palma estaba desagradablemente húmeda y caliente. Me hubiera gustado encontrarme junto a Mandy y el resto del servicio. Me solté y me aparté un poco. Él se acercó y volvió a tomarme de la mano.

El ataúd de mamá era de caoba brillante, con dibujos tallados de hadas y elfos. Ojalá las hadas hubieran podido abandonar el bosque y hacer un hechizo para devolverle la vida, y otro para mandar a papá lejos de mí. O quizá mi hada madrina hubiera podido hacerlo, pero yo no sabía quién era, ni dónde encontrarla.

Una vez que el canciller dio por terminada la ceremonia, mi obligación era cerrar el ataúd para que pudieran enterrarlo. Papá me puso las manos sobre los hombros y me empujó hacia delante.

La boca de mamá formaba una mueca severa, muy distinta al aspecto que tenía cuando vivía. Su rostro no tenía ninguna expresión, y aquello me pareció terrible. Pero mucho peor fue el crujido de la tapa del ataúd al bajar, y el golpe seco que se produjo cuando se cerró. Era horrible pensar que mamá permanecería allí encerrada para siempre.

Las lágrimas que había contenido durante todo el día brotaron de repente. Lloré, allí de pie, ante toda la corte, con un gemido incontenible, incapaz de calmarme.

Papá me abrazó contra su pecho. Aunque parecía que quisiera consolarme, en realidad sólo intentaba amortiguar mis gemidos, pero no lo consiguió. Al fin me dejó marchar, mientras me susurraba con voz firme:

—Vete, y no vuelvas hasta que te serenes.

Por una vez me alegré de cumplir una orden. Corrí hasta que mi pesado vestido negro hizo que tropezara y me cayese. Antes de que alguien pudiera ayudarme yo misma me puse en pie, aunque me dolían la rodilla y la mano.

El árbol más grande que había en el cementerio era un sauce llorón. Me metí entre sus ramas y me arrojé al suelo sollozando. Todos decían que habían perdido a mamá, pero no era cierto. Ella no se había perdido, se había ido. Y adondequiera que hubiera ido (a otro país, a otra ciudad, al reino de las hadas o a las cavernas de los gnomos) nunca más volvería a verla. Nunca más volveríamos a hablar ni a reír juntas ni a nadar en el río Lucarno, ni a bajar por la barandilla, ni a tomar el pelo a Bertha, ni a hacer las miles de cosas que solíamos hacer juntas.

Me ordené a mí misma dejar de llorar y me incorporé. Mi traje de seda negro se

había manchado. Pensé: «¡Estás horrible!», como hubiera dicho Mandy.

«¿Cuánto tiempo ha pasado?», me pregunté al cabo de un rato. Tenía que volver. Papá me lo había ordenado y la maldición me obligaba a obedecer.

Cuando salí de mi escondite vi al príncipe Charmont frente a una lápida. Nunca antes había estado tan cerca de él.

«¿Me habrá oído llorar?», pensé.

El príncipe era mucho más alto que yo. A pesar de que él sólo tenía dos años más. Estaba de pie, en la misma postura que solía adoptar su padre: los pies separados y las manos en la espalda, como si pasara revista a todo su reino. Se parecía mucho a su padre, aunque los rasgos angulosos del rostro del rey Jerrold aparecían suavizados en el de su hijo. Ambos tenían una melena ensortijada y la piel tostada. Nunca había estado tan cerca del rey como para ver si él tenía también pecas en la nariz, algo extraño en una tez tan oscura como aquélla.

—Querida prima —dijo el príncipe—. Nunca me ha caído bien tu padre, sí en cambio tu madre. —Y empezó a caminar hacia su tumba.

¿Esperaba que le siguiera? ¿Tenía que guardar la distancia que correspondía a su alteza real? Al fin decidí caminar a su lado, dejando una enorme distancia entre los dos, pero él se acercó a mí. Me di cuenta de que también había estado llorando, aunque intentaba disimularlo.

—Puedes llamarme Char —me dijo de repente—. Todo el mundo lo hace.

—¿De verdad puedo hacerlo? —pregunté mientras caminábamos, rodeados de silencio.

—Mi padre también me llama Char —añadió.

«¡También el rey!», pensé.

—Gracias —dije por fin.

—Gracias, Char —corrigió él—. Tu madre siempre me hacía reír. Una vez, en un banquete, el canciller Thomas estaba pronunciando un discurso. Mientras él hablaba, tu madre jugueteaba con la servilleta. Antes de que tu padre se la quitara de las manos yo ya me había fijado en ella. Había formado con la servilleta el perfil del canciller, con la boca abierta y la barbilla prominente. Era su vivo retrato, excepto por el color azul de la copia. Para poder reírme a gusto tuve que irme del comedor y quedarme sin cena.

Estábamos a mitad de camino cuando se puso a llover. Vi a lo lejos la figura de mi padre, de pie ante la tumba de mamá.

—¿Adónde ha ido todo el mundo? —le pregunté a Char.

—Cuando fui a buscarte ya se habían marchado todos —me contestó—. ¿Hubieras preferido que te esperaran? —preguntó preocupado, tal vez pensando que debería haberles hecho esperar.

—No, no. No quería que se quedara nadie —comenté, incluyendo en mis pensamientos a mi padre.

—Sé muchas cosas de ti —dijo Char cuando ya habíamos andado un poco.

—¿De verdad? ¿Y cómo es posible?

—Tu cocinera y la mía se encuentran a menudo en el mercado y ella le habla de ti —comentó mirándome de reojo—. Y tú, ¿sabes algo de mí?

—No, Mandy nunca me ha contado nada. ¿Y qué es lo que sabes?

—Sé que puedes imitar a la gente, igual que hacía lady Estela. Una vez imitaste a tu criado delante de él, de tal modo que no sabía si era él mismo o eras tú. Y que inventas cuentos de hadas, y que a veces eres un poco torpe y tropiezas o rompes cosas. Sé que una vez destrozaste una vajilla entera.

—¡Es que resbalé sobre el hielo!

—Sí, sobre trocitos de hielo que tú misma habías esparcido antes por el suelo —dijo riendo, con una risa que no era de burla, sino franca y natural.

—Fue un accidente —protesté. Luego sonreí, algo temblorosa tras haber llorado tanto.

Llegamos a donde estaba papá. Él, con una reverencia dijo:

—Gracias, alteza, por acompañar a mi hija.

Char le devolvió la reverencia.

—Vamos, Estela —me dijo papá. Nunca antes me habían llamado así, aunque aquél era mi verdadero nombre. Estela había sido siempre mamá, y para mí siempre lo sería.

—Ela, me llamo Ela —protesté.

—Bien, pues Ela, vamos —dijo, volviéndose a inclinar ante el príncipe, y a continuación subió al carruaje.

No tenía más remedio que irme. Char me ayudó a subir. No sabía si darle la mano o dejar que me tomara por el codo, así que me enredé con su brazo y tuve que agarrarme al carruaje con la otra mano para no caer. Cuando cerró la puerta me pilló la falda, y oí el sonido de la tela al romperse. Papá hizo una mueca de desaprobación. Vi a través de la ventana que Char se reía. Miré la falda y vi que tenía un desgarró de seis centímetros por encima del dobladillo. A Bertha le iba a costar mucho arreglar aquello.

Me senté lo más lejos que pude de papá, que miraba absorto por la ventanilla.

—Un buen entierro. Ha venido todo Frell, o por lo menos toda la gente importante —comentó, como si en lugar de estar hablando del funeral de mamá hablara de un torneo o de un baile.

—No ha sido perfecto, ha sido horrible —protesté—. ¿Cómo puede ser perfecto un funeral?

—El príncipe estuvo muy amable contigo —se limitó a responder él.

—Mamá le gustaba mucho.

—Tu madre era muy hermosa. —Su voz sonó triste—. Me apena mucho que haya muerto.

Nathan chascó el látigo, y el carruaje empezó a avanzar.

3

Cuando llegamos a casa papá me ordenó que me cambiara de ropa y que bajara enseguida a saludar a los invitados que habían venido a darnos el pésame.

Mi habitación estaba tranquila. Todo estaba igual que cuando vivía mamá: los pájaros bordados en mi colcha, a salvo en su mundo de hojas de punto de cruz; mi diario sobre la cómoda; mis amigas de infancia (Flora, la muñeca de trapo, y Rosamunda, la de madera y vestido de siete volantes), que dormían en su canasto... Me senté en la cama, debatiéndome entre la necesidad de cumplir lo que me había mandado papá y el deseo de encontrar consuelo en mi habitación, en mi cama, en la leve brisa que entraba por la ventana. Al final no tuve más remedio que obedecer.

Una vez oí que Bertha le decía a Mandy que papá era una persona sólo por su aspecto, ya que en su interior no había más que ceniza, monedas y cerebro. Mandy no estaba de acuerdo, decía que él era humano hasta la médula. Lo que pasaba es que era el ser más egoísta del mundo. Mucho más que ningún hada, gnomo, elfo o gigante.

Tardé tres largos minutos en vestirme. Aquél era un juego horrible, pues jugaba conmigo misma a tratar de romper el maleficio y a comprobar cuánto podía resistir ante la necesidad de cumplir una orden. Al poco rato me zumbaban los oídos, y el suelo se inclinaba de tal forma que parecía que iba a caerme de la cama. Abracé mi almohada hasta que me dolieron los brazos, como si aquélla fuera un ancla a la que aferrarse para huir de la necesidad de obedecer. Estaba a punto de estallar y romperme en mil pedazos. Me levanté, me dirigí al vestidor y me encontré mejor de inmediato.

A pesar de que sospechaba que papá quería que llevara otro vestido, me puse el preferido de mamá. Ella decía que aquel verde tan vivo hacía resaltar mis ojos. Yo opinaba que parecía un saltamontes con cabeza humana y pelo liso, pero al menos el traje no era negro. Mamá odiaba la ropa negra.

El vestíbulo estaba lleno de gente vestida de luto. Papá vino hacia mí enseguida.

—Esta es mi hija, la joven Estela —dijo en voz alta, y luego dirigiéndose a mí susurró—: Pareces una planta con ese vestido. Se supone que deberías ir vestida de luto. Creerán que no respetabas a tu...

De pronto fui aferrada por dos brazos rechonchos, cubiertos por dos mangas de crujiente satén negro.

—¡Mi pobre niña, lo sentimos tanto por ti! —exclamó una voz dulzona—. ¡Oh, *sir* Peter, es sumamente triste verle en esta circunstancia tan trágica! —terminó diciendo, a la vez que me daba un fuerte abrazo. La que estaba hablando era una mujer alta y estirada, con el cabello largo y ondulado, de color miel. Su cara estaba maquillada de blanco y sus mejillas cubiertas de colorete.

La acompañaban dos versiones reducidas de ella, aunque éstas iban sin maquillaje. La más joven no tenía la melena de su madre, sino unos rizos que dejaban entrever el cuero cabelludo y que parecían fuertemente pegados a él con algún tipo de

cola.

—Ésta es *Madame Olga* —dijo papá, dando un golpecito a la señora en el brazo.

En respuesta hice una reverencia, con tal mala pata que tropecé con la más joven de las chicas.

—Mis disculpas —balbuceé.

Ella no respondió, ni se movió, ni tan siquiera me dirigió una mirada.

Papá continuó con la conversación:

—¿Son éstas tus maravillosas hijas?

—Son mis dos tesoros. Esta es Hattie, y ésta Olive. Están a punto de terminar sus estudios en la escuela de educación social para señoritas.

Hattie debía de ser dos años mayor que yo.

—Encantada de conocerte —dijo, enseñando unos enormes dientes al sonreír. Y me tendió la mano en espera de que yo se la besara e hiciera una reverencia. Me quedé perpleja, sin saber qué hacer. Hattie bajó el brazo, aunque sin dejar de sonreír.

Olive era aquella con la que acababa de tropezar.

—Encantada de conocerte —dijo con una voz apenas audible. Era más o menos de mi edad, y tenía el ceño permanentemente fruncido.

—Consolad a Estela —indicó *Madame Olga* a sus hijas—. Tengo que hablar con *sir Peter* —concluyó mientras tomaba a papá del brazo.

—Nuestros corazones están muy tristes —empezó a decir Hattie—. Cuando te pusiste a llorar de aquella forma durante el funeral me diste mucha pena.

—Por cierto, el verde no es color de luto —subrayó Olive.

Hattie echó un vistazo a la sala.

—Es un hermoso salón, casi tan elegante como el que tendré en el futuro. Nuestra madre, *Madame Olga*, dice que tu padre es muy rico, que puede sacar dinero de cualquier cosa.

—Sí, hasta de las piedras —añadió Olive.

—Nuestra madre, *Madame Olga*, dice que tu padre era pobre antes de casarse con tu madre. Nuestra madre dice que lady Estela ya era rica cuando se casó, pero que tu padre la hizo aún más rica.

—Nosotras también somos ricas —aseguró Olive—. Tenemos suerte de serlo.

—¿Nos enseñarías el resto de la casa? —sugirió Hattie.

Subimos al piso de arriba y Hattie se puso a fisgonearlo todo. Abrió el armario de la habitación de mamá, y antes de que pudiera detenerla pasó la mano por todos los vestidos. Cuando volvimos al salón, anunció:

—Cuarenta y dos ventanas, y una chimenea en cada habitación. Las ventanas deben de haber costado un cofre lleno de monedas.

—¿Quieres saber algo de nuestra casa? —preguntó Olive.

No me interesaba lo más mínimo saber cómo era su casa.

—Tendrías que visitarnos y verla por ti misma —respondió Hattie a mi silencio.

Estábamos de pie junto a una mesa con montañas de comida. Había desde un

ciervo asado, cuya cornamenta estaba decorada con hiedra, hasta galletas de mantequilla, tan pequeñas y tan finas como copos de nieve. Me pregunté cómo habría tenido Mandy tiempo para cocinar todo aquello.

—¿Os apetece comer algo?

—Bue... —iba a contestar Olive, pero su hermana la interrumpió.

—Oh no, gracias. Nunca comemos en las fiestas. La emoción nos quita el apetito.

—Mi apetito... —trató de decir Olive.

—Tenemos muy poco apetito. Mamá está preocupada. Pero de todas formas, parece todo buenísimo —dijo Hattie acercándose a la mesa—. ¡Los huevos de codorniz son un lujo! Diez monedas de cobre cada uno. ¡Y hay por lo menos cincuenta, Olive!

«Más huevos de codorniz que ventanas», pensé.

—Me encantan las tartaletas de uva —murmuró Olive.

—No deberíamos —comentó Hattie—. Bueno, quizás un trocito...

Ni siquiera un gigante hubiera podido comer tanto como Hattie: media pierna de ciervo asado, un montón de arroz salvaje y ocho de los cincuenta huevos de codorniz. Además del postre, claro.

Olive todavía comió más: tartaletas de uva, pan de pasas, pastel de crema, púding de ciruelas, bombones de chocolate, bizcocho con especias empapado con salsa de ron y mantequilla, y salsa de albaricoque y menta.

Se acercaban los platos a la cara, de forma que el tenedor hiciera un recorrido lo más corto posible. Olive comía sin parar, Hattie, en cambio, dejaba el tenedor y se daba unos toquitos en la boca con la servilleta. Luego volvía a tomar el cubierto y seguía con la misma avidez que antes. Era un espectáculo de lo más desagradable.

Fijé mi vista en un tapiz que solía estar a los pies del sillón de mamá, y que ahora yacía junto a la mesa. La escena representaba a unos cazadores y un perro que perseguían a un jabalí que estaba situado junto al ribete de lana escarlata. Mientras miraba fijamente el tapiz me pareció que todo adquiría movimiento. El viento mecía la hierba bajo las patas del jabalí. Parpadeé un instante y el movimiento se detuvo, pero cuando volví a mirar fijamente todo cobró vida de nuevo.

El perro acababa de ladrar y su garganta estaba relajada. Uno de los cazadores cojeaba y percibí un calambre en su pierna. El jabalí jadeaba y luchaba por tomar aire, y luego huyó presa del miedo y la furia.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó Olive. Parecía que ya había terminado de comer.

—Nada, sólo el dibujo del tapiz —respondí, como si acabara de salir de aquella escena. Volví a mirarla; no tenía nada de particular.

—Se te salían los ojos. Eran como los de un ogro —comentó Hattie—. Ahora ya vuelves a parecer normal.

Hattie tampoco es que pareciera muy normal. Era igual que un conejo. Un conejo gordo, como los que le gustaban a Mandy para guisar. Y la cara de Olive era blanca

como una patata sin piel.

—Supongo que a ti nunca se te salen los ojos de las órbitas —respondí.

—No creo —dijo Hattie, sonriendo satisfecha.

—Son demasiado pequeños para eso —continué.

La sonrisa se le quedó petrificada en el rostro.

—Te perdono, pequeña. Los aristócratas somos benévolos. Tu pobre madre también era conocida por su mala educación.

«Mamá era conocida...». Aquel verbo en pasado congeló mi lengua.

—¡Chicas! —llamó *Madame* Olga mientras se acercaba a nosotras—. Tenemos que irnos. —Suspiró al abrazarme. Olía a leche agria.

Al fin se fueron, y mientras papá estaba en la verja, despidiendo al resto de los invitados, me dirigí a la cocina a ver a Mandy. Estaba apilando los platos sucios.

—Parecía que esa gente no hubiera comido en una semana.

Me puse un delantal y vertí agua en el fregadero.

—Nunca habían probado tu comida.

La cocina de Mandy era la mejor del mundo. Mamá y yo intentábamos a menudo preparar sus recetas. Seguíamos las instrucciones al pie de la letra y el plato quedaba buenísimo, pero nunca tan bueno como cuando lo preparaba Mandy.

De pronto me acordé del tapiz, no sé por qué.

—La alfombra del vestíbulo con los cazadores y el jabalí, ¿sabes cuál digo? Me pasó algo muy divertido cuando la miré.

—Ah, esa tontería. No debes prestar atención a ese viejo tapiz —comentó mientras revolvía la sopa.

—¿Qué quieres decir?

—Es sólo un truco mágico.

—¡Una alfombra mágica! ¿Cómo lo sabes?

—Era de lady Estela.

Así llamaba Mandy a mamá. Pero aquélla no era una respuesta.

—¿Se lo regaló mi hada madrina?

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo.

—¿Te dijo mamá alguna vez quién era mi hada madrina?

—No, nunca me lo dijo. Por cierto, ¿dónde está tu padre?

—Está fuera, despidiendo a los invitados. Pero ¿sabes quién es, aunque mamá nunca te lo dijera?

—¿Saber qué?

—Pues quién es mi hada madrina.

—Si tu madre hubiera querido que lo supieras, ella misma te lo habría contado.

—Iba a contármelo, me lo había prometido. Por favor, Mandy, dímelo.

—Soy yo.

—¿Por qué no me lo dices?

—Soy yo, tu hada madrina soy yo. Ven, prueba la sopa de zanahoria, es para la

cena. ¿Está buena?

Mi boca se abrió automáticamente. Me acerqué la cuchara y un sorbo de sopa caliente descendió por mi garganta. Mandy había escogido las zanahorias que estaban en su punto, las más dulces, las más jugosas. Otros aromas acompañaban al de las zanahorias: el del limón, el del caldo de tortuga y el de una especia que no podía identificar. Era la mejor sopa del mundo, aquella sopa mágica que sólo Mandy podía preparar.

La alfombra, la sopa... Eran mágicas... Entonces, ¡Mandy era un hada! Pero si lo era, ¿por qué dejó que mamá muriera?

—Tú no eres un hada.

—¿Por qué no?

—Si lo fueras habrías salvado a mamá.

—¡Oh, cariño!, lo habría hecho si hubiera podido. Si tu madre no hubiese quitado la crin de su sopa ahora estaría viva.

—Si lo sabías, ¿por qué no se lo dijiste?

—Lo supe cuando ya era demasiado tarde y tu madre estaba muy enferma. Ya no podía hacer nada para salvarla.

Me desplomé sobre la silla que había junto a la estufa, sollozando tan amargamente que luego me costó recuperar el aliento. Entonces Mandy me abrazó, y lloré sobre los volantes que rodeaban el cuello de su delantal, allí donde había llorado tantas otras veces por cualquier nimiedad. Una lágrima cayó sobre mi dedo. Era de Mandy, que también lloraba. Su cara estaba congestionada.

—Yo también era su hada madrina, y también la de tu abuela —dijo Mandy mientras se sonaba la nariz.

Aparté los brazos de Mandy para verla mejor. No podía ser un hada. Las hadas son esbeltas, jóvenes y bellas. Mandy era lo suficientemente alta para ser un hada, pero ¿quién ha visto nunca una con el pelo gris rizado y con papada?

—Demuéstramelo —le ordené.

—¿Que te demuestre qué?

—Pues que eres un hada. Desaparece, o haz algún truco.

—No tengo por qué demostrarte nada. Además, a excepción de Lucinda, las hadas no desaparecen en presencia de los mortales.

—Pero ¿podéis hacerlo?

—Pues claro que podemos, lo que pasa es que no lo hacemos. Lucinda es la única lo suficientemente tonta y grosera como para hacerlo.

—¿Y por qué es tonta?

—Porque se cree más importante si demuestra sus poderes mágicos —contestó Mandy mientras empezaba a lavar los platos—. Venga, ayúdame.

—¿Lo saben Nathan y Bertha? —pregunté mientras llevaba los platos a la pila.

—¿Saber qué?

—Que eres un hada.

—¡Otra vez con lo mismo! Nadie excepto tú lo sabe. Y será mejor que guardes el secreto —dijo Mandy con cara de pocos amigos.

—¿Porqué?

Mandy no me contestó. Se limitó a fruncir el ceño.

—Lo prometo. Pero ¿por qué?

—Te lo diré; a la gente le gusta pensar que existen las hadas, pero cuando encuentran una de verdad siempre surgen problemas —comentó mientras aclaraba una fuente y me la pasaba. Luego dijo—: Tú secas.

—¿Por qué?

—Porque la vajilla está mojada, por eso —respondió, y al ver mi cara de sorpresa dijo—: Hay dos razones básicas. Como la gente sabe que podemos hacer magia quiere que resolvamos los problemas por ellos. Y si no lo hacemos se ponen como locos. La otra razón es que somos inmortales, y eso no pueden soportarlo. Después de que muriera su padre, lady Estela no me habló durante una semana.

—¿Y por qué a Lucinda no le importa que la gente sepa que es un hada?

—A la muy tonta le gusta presumir. Quiere que todos le den las gracias cuando otorga uno de sus horribles dones.

—¿Son siempre horribles?

—Sí, siempre lo son. Claro que hay gente que está encantada de recibir un regalo de un hada, aunque les haga desgraciados para toda la vida.

—¿Y cómo sabía mamá que tú eras un hada? ¿Por qué me lo has contado a mí?

—Todos los de tu linaje son amigos de las hadas. Tú tienes sangre de hada en tus venas.

—¡Sangre de hada! ¿Puedo entonces hacer magia? ¿Soy inmortal? ¿Mamá lo habría sido si no se hubiera puesto enferma? ¿Tienen muchos amigos las hadas?

—En realidad muy pocos. Aquí, en Kyrria, tú eres la única. Y acerca de tus otras preguntas, debo responderte que no tienes poderes mágicos ni eres inmortal. Sólo tienes una gota de sangre de hada. Pero hay una cosa que delata que hay algo mágico en ti: tus pies. Son más pequeños de lo normal, y no han crecido desde hace mucho tiempo. Eso es un rasgo característico de los seres mágicos.

—Ninguna parte de mi cuerpo ha crecido desde hace tiempo, si te refieres a eso.

—No es cierto. Tú crecerás, pero tus pies no. Tendrás pies de hada, como tu madre. —Mandy dijo aquello mientras levantaba su falda y las cinco enaguas que llevaba debajo para mostrarme sus pies, no mucho más grandes que los míos—. Somos demasiado altas para tener unos pies tan pequeños. Es lo único que no podemos cambiar con nuestra magia. Los hombres que tienen poderes mágicos rellenan sus zapatos para que nadie se dé cuenta de que tienen los pies pequeños, y nosotras, las hadas, los ocultamos bajo nuestras faldas.

Asomé uno de mis pies fuera del vestido. Tener los pies pequeños era elegante, pero ¿me harían ser más torpe cuando creciera? ¿No sería más difícil guardar el

equilibrio?

—Si quisieras, ¿podrías hacer que me crecieran los pies? O... —Me detuve pensando en alguna otra posibilidad, mientras miraba la lluvia que caía—. ¿Podrías detener la lluvia?

Mandy asintió con la cabeza.

—Hazlo, por favor.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Por mí. Quiero ver magia, magia mayor.

—Nosotras no hacemos magia mayor. Sólo la hace Lucinda. Es demasiado peligroso.

—¿Qué hay de peligroso en detener una tormenta?

—Quizás algo, quizá nada. Usa tu imaginación.

—Aclarar el cielo tiene que ser algo bueno. La gente podría salir...

—Usa tu imaginación —repitió Mandy.

—Los pastos necesitan agua, las cosechas también...

—¿Qué más? —continuó Mandy.

—Quizás algún ladrón esté a punto de robar, y no lo hace debido al mal tiempo.

—¡Eso es! O quizá si detengo la lluvia podría iniciarse una sequía y luego tendría que remediarlo, porque habría sido por mi culpa. Y quizá la lluvia que viniera después podría romper una rama y caer sobre el tejado de una casa, y entonces también tendría que arreglar ese desastre...

—Pero tú no tendrías la culpa de todo eso. Los dueños de la casa tendrían que haber construido un tejado más resistente.

—Quizá sí, quizá no. O a lo mejor mi magia podría provocar una inundación y causar víctimas. Éste es el problema de la magia mayor. Por eso yo sólo practico magia menor: buenos guisos, mi sopa curativa, mi tónico...

—Cuando Lucinda me hechizó, ¿practicó la magia mayor?

—Pues claro que sí. ¡La muy tonta! —exclamó Mandy, mientras fregaba con tanta fuerza una olla que chocó con gran estruendo contra la pila de cobre y se partió.

—Dime cómo romper el hechizo. Por favor, Mandy.

—No sé cómo hacerlo, sólo sé que puede romperse.

—Si le digo a Lucinda lo terrible que es para mí, ¿tú crees que lo deshará?

—No sé. Tal vez sí. Pero si te levanta ese hechizo puede hacerte otro todavía peor. El problema de Lucinda es que todas las ideas que entran en su cabeza salen convertidas en hechizos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es distinta al resto de nosotras. Pero será mejor que nunca llegues a conocerla.

—¿Dónde vive? —pregunté, por si podía encontrarla y persuadirla de que rompiera mi hechizo. Quizá Mandy estaba equivocada acerca de Lucinda.

—No tenemos buenas relaciones. No me interesa por dónde anda esa tonta de Lucinda. ¡Cuidado con ese tazón!

La orden llegó demasiado tarde. Fui a buscar la escoba mientras preguntaba:

—¿Son todos los amigos de las hadas tan torpes como yo?

—No, cariño. La sangre de hada no hace que uno sea torpe, eso es propio de los humanos. ¿Me has visto alguna vez romper un plato?

Empecé a barrer, pero no fue necesario. Los trozos del tazón se reunieron y fueron directos a la basura, como por arte de magia. No podía creerlo.

—Ése es el tipo de cosas que hago, cariño. Magia menor, que no puede causar ningún daño y sin embargo es útil. No quedan trozos cortantes en el suelo.

Miré fijamente la basura; los fragmentos de loza seguían allí.

—¿Por qué no reconstruiste el tazón, Mandy? —pregunté.

—El poder de la magia es muy fuerte, aunque no lo parezca. Podría herir a alguien, nunca se sabe.

—¿Quieres decir —continué— que las hadas no podéis ver el futuro? Si pudierais lo haríais, ¿verdad?

—No podemos prever el futuro. En eso somos como tú. Sólo los gnomos pueden hacerlo, bueno, sólo algunos.

Sonó una campanilla en la casa; papá estaba llamando a los sirvientes. Mamá nunca la había usado.

—¿Tú también eras el hada madrina de mi bisabuela?

Se me ocurrían infinidad de preguntas: «¿Durante cuánto tiempo había sido Mandy nuestra hada madrina? ¿Qué edad tenía...?». Entonces entró Bertha, anunciando que *sir* Peter quería verme en el estudio.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—No lo ha dicho —contestó Bertha nerviosa, mientras jugueteaba con una de sus trenzas.

Bertha se asustaba por cualquier cosa. ¿Qué había de malo en ello? Mi padre quería hablar conmigo, eso era todo.

Terminé de secar un plato, luego otro, y otro.

—Por favor, no se entretenga, señorita —dijo Bertha.

Iba a secar otro plato cuando Mandy me aconsejó que fuera enseguida, y que me quitara el delantal. También parecía asustada. Hice lo que me sugirió y fui a ver a papá.

Me detuve en el umbral del estudio. Papá estaba sentado en el sillón que solía ocupar mamá. Examinaba algo que reposaba en sus rodillas.

—¡Ah, ya estás aquí! —dijo levantando la vista—. Acércate, Estela.

Le miré, desafiando su orden. Entonces di un paso hacia delante. Era el mismo juego al que jugaba con Mandy: obediencia y desafío.

—He dicho que te acerques, Estela.

—Ya estoy cerca.

—No lo suficiente. No tengas miedo, no voy a morderte. Sólo quiero que nos conozcamos un poco más. —Se acercó a mí y me condujo hasta una silla que había

frente a la suya—. ¿Has visto alguna vez algo tan maravilloso como esto? —comentó mientras me mostraba el objeto que reposaba en sus rodillas. A continuación me lo tendió—. También puedes sostenerlo tú, aunque es bastante más pesado de lo que parece a simple vista.

En ese momento pensé en dejar caer aquel objeto, ya que tanto le gustaba. Pero una vez que lo hube mirado ya no pude hacerlo.

Se trataba de un castillo de porcelana no más grande que mis dos puños juntos, con seis torres diminutas, terminadas en un candelabro en miniatura. Y... ¡Oh! Entre las ventanas de las torres pendía un hilo de gasa del que colgaba... ¡La colada! Había allí unos calcetines, una túnica, un delantal de bebé, todo tan fino como el hilo de una tela de araña. Pintada en una ventana del piso de abajo, aparecía una doncella que saludaba con un pañuelo de seda.

Papá me lo quitó de las manos.

—Cierra los ojos.

Oí cómo cerraba las pesadas cortinas y le espí con los ojos entrecerrados. No me fiaba de él. Puso el castillo sobre la repisa de la chimenea, colocó unas velas en ella y las encendió.

—Ahora abre los ojos.

Corrí para verlo más de cerca. El castillo era una maravilla que resplandecía. Las llamas hacían relucir los tintes perlados de las paredes blancas, y las ventanas brillaban con una luz dorada que sugería fuegos vivos en el interior.

—¡Oh! —exclamé.

Papá abrió las cortinas y sopló las velas.

—Es fantástico, ¿no crees?

Asentí con la cabeza.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Es de los elfos, uno de ellos lo hizo. Son unos alfareros fantásticos. Es obra de uno de los alumnos de Agulen. Siempre he querido tener un Agulen auténtico, pero éste no está mal.

—¿Dónde vas a ponerlo?

—¿Dónde quieres que lo ponga, Ela?

—En una ventana.

—¿En la de tu habitación?

—En cualquiera, pero junto a una ventana, para que su titilar se vea desde dentro y desde fuera de la casa.

Papá me miró fijamente durante unos segundos.

—Le diré a su futuro comprador que haga lo que dices.

—¡Lo vas a vender!

—Soy un comerciante, Ela. Me dedico a vender cosas. —Después reflexionó para sí mismo—: Quizá pueda venderlo como un Agulen auténtico. ¿Quién notaría la diferencia? —Luego volvió a dirigirse a mí—: Ahora ya sabes quién soy: *sir* Peter, el

mercader. Pero dime, ¿quién eres tú?

—Una hija que antes tenía una madre.

Hizo caso omiso de mi respuesta.

—Pero ¿quién es Ela?

—Una muchacha a quien no le gusta que la interroguen.

Pareció satisfecho con mi respuesta.

—Eres valiente al atreverte a hablarme así —comentó, mirándome de arriba abajo—. Tienes mi barbilla —dijo acariciándomela—. Fuerte, decidida. Y mi nariz. Y mis ojos, aunque los tuyos sean verdes. Muchos de tus rasgos los has heredado de mí. Me gustaría saber cómo serás cuando crezcas.

¿Por qué creería papá que era agradable hablarme así, como si fuera un retrato y no una chica?

—¿Qué debo hacer contigo? —se preguntó a sí mismo.

—¿Por qué tienes que hacer algo conmigo?

—No puedo dejar que crezcas como un pinche de cocina. Debes recibir una educación —dijo, y entonces cambió de tema—. ¿Qué te parecen las hijas de *Madame Olga*?

—No son demasiado agradables —respondí.

Papá rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás y agitando los hombros.

¿Qué era lo que le hacía tanta gracia? No me gustaba que se rieran de mí. Intenté decir algo agradable acerca de las odiosas Hattie y Olive:

—Tienen buenas intenciones, creo.

Papá se enjugó las lágrimas de los ojos.

—No tienen buenas intenciones. La mayor es una desagradable liante, como su madre, y la más joven es una simplona. No hay cabida en sus cabezas para las buenas intenciones. —El tono de su voz se tornó serio—: Pero *Madame Olga* tiene títulos, y es rica.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Quizá debería mandarte a la escuela de señoritas, junto a las hijas de *Madame Olga*. Deberías aprender a caminar con elegancia, y no como un pequeño elefante.

¡Una escuela para señoritas! Tendría que dejar a Mandy. Y constantemente me dirían qué debía hacer, y yo tendría que hacerlo, fuese lo que fuese. Intentarían librarme de mi torpeza, pero no lo conseguirían. Entonces me castigarían, y yo me vengaría, y a continuación me volverían a castigar.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Quizá podría buscar una institutriz. Si es que encuentro alguna...

—Preferiría tener una institutriz, papá. Estudiaría mucho si la tuviera.

—¿Y si no, no lo harías? —preguntó levantando las cejas, aunque hubiera jurado que le hacía gracia lo que yo decía. Se puso de pie y se acercó al escritorio donde mamá solía llevar las cuentas de la casa—. Ahora vete, tengo trabajo.

Cuando me despedía dije:

—Quizá los pequeños elefantes no pueden ser admitidos en las escuelas de señoritas. Quizá los pequeños elefantes no pueden ser adiestrados. Quizá...

Me callé: papá estaba riendo de nuevo.

La noche siguiente cené con papá. Tuve problemas para sentarme porque Bertha me había hecho un elegante vestido con unas enaguas muy voluminosas.

En nuestros platos había espárragos cubiertos con mostaza de estragón. Papá bebía de una copa de cristal tallado. Cuando por fin conseguí colocarme en mi silla, papá hizo una señal a Nathan para que le sirviera más vino.

—Mira, Estela, cómo recoge la luz —dijo levantando la copa—. Hace que el vino brille como rubí.

—Es bonito —respondí.

—¿Eso es todo? ¿Sólo bonito?

—Muy bonito, supongo —dije, resistiéndome a que me gustara algo que papá también iba a vender.

—Te gustaría más si bebieras de esta copa. ¿Has probado alguna vez el vino?

—Mandy nunca me lo ha permitido.

Entonces intenté alcanzar la copa, pero las mangas de mi vestido se mancharon con la salsa de los espárragos. La copa todavía no estaba a mi alcance; me puse de pie, pisé la larga falda y perdí el equilibrio. Para no caerme levanté el brazo, lo que hizo que me desplomara sobre la mesa y chocase contra el hombro de papá. Total, que la copa se cayó y se rompió limpiamente por la base, en dos trozos. Una mancha roja se extendió por el mantel, y unas gotas de vino mancharon la camisa de papá.

Me preparé para recibir una reprimenda, pero en lugar de reñirme, mientras se limpiaba la camisa con una servilleta, papá dijo:

—Ha sido una tontería por mi parte. Cuando te he visto entrar ya me he dado cuenta de que no podrías arreglártelas tú sola.

Mientras, Nathan y otra criada retiraron el mantel y la copa rota.

—Lo siento —dije.

—Eso no recompondrá la copa, ¿no crees? —Parecía que su furia se iba a desatar, pero de pronto se sosegó—. Se aceptan tus disculpas. Cambiémonos de ropa y retomemos nuestra cena.

Estuve de vuelta un cuarto de hora más tarde, con un vestido corriente.

—Es culpa mía —dijo papá mientras comía un espárrago—. He dejado que crezcas como un zoquete.

—¡No soy un zoquete!

Mandy no tenía pelos en la lengua, pero nunca me había llamado así. «Patosa», «desmañada» o «desgarbada», pero nunca «zoquete». «Alocada», «pies torpes», pero nunca «zoquete».

—Aunque todavía eres joven y puedes aprender. Me gustaría que algún día te relacionases con gente civilizada.

—No me gusta la gente civilizada.

—Quizá necesite que resultes agradable a alguna persona civilizada. Ya lo he

decidido; irás a la escuela de señoritas.

No podía ir allí. No, no iría.

—Pero dijiste que podía tener una institutriz. ¿No te resultaría más económico eso que mandarme a la escuela?

Una camarera retiró los espárragos y sirvió un plato de vieiras con tomate.

—Qué delicadeza por tu parte al preocuparte por eso. Pero una institutriz sería mucho más cara. Y además no tengo tiempo para entrevistar institutrices. Dentro de dos días irás a la misma escuela de educación social para señoritas a la que van las hijas de *Madame Olga*.

—No iré.

Él continuó como si no hubiese oído nada:

—Escribiré una carta a la directora y te dejaré en sus manos, junto a una bolsa llena de suficientes monedas de oro para que no pueda protestar al recibir una nueva alumna ahora que ya ha empezado el curso.

—No iré.

—Tú harás lo que yo te diga, Estela.

—No iré.

—Ela... —Probó una vieira y siguió hablando mientras masticaba—. Tú padre no es un hombre bueno, como ya te habrán dicho los criados si no me equivoco.

Yo no lo negué.

—Deben de haberte dicho que soy egoísta, y llevan razón. Deben de haberte dicho que soy impaciente, y también es verdad. Deben de haberte dicho que siempre voy a la mía, y es cierto que lo hago.

—Yo también —dije, sabiendo que no era verdad.

Él me sonrió con admiración.

—Mi hija es la chica más valiente de Kyrria —dijo. Luego su sonrisa se desvaneció, y sus labios se contrajeron formando una línea fina y dura—. Pero irás a la escuela de señoritas aunque tenga que llevarte a rastras. Y no será un viaje de placer si ello me quita tiempo para dedicarme a mis negocios. ¿Lo has entendido, Ela?

Cuando papá se enfadaba me recordaba a un muñeco de feria, un puño de piel atado a un resorte que se usa en los teatros de marionetas. Cuando se suelta el muelle el puño golpea a una pobre marioneta. Con papá, lo que me ocurría era que no temía al puño sino al muelle, porque éste determinaba la fuerza del golpe. La cólera en sus ojos era tan tensa que no sabía qué pasaría si el muelle se disparaba. Odiaba estar asustada, pero la verdad es que lo estaba.

—Iré a esa escuela —dije sin poder reprimirme—, pero la detestaré.

La sonrisa volvió a sus labios.

—Eres libre de odiarla o de amarla. Lo único que me importa es que vayas a esa escuela.

Aquello no era una orden, aunque lo parecía. No era muy distinta de otras que me

veía obligada a obedecer. Abandoné el comedor y papá no me detuvo.

Aún era pronto para ir a dormir, pero a pesar de ello fui a mi habitación y me puse el camisón. Llevé mis muñecas, Flora y Rosamunda, hasta mi cama y me metí dentro. Hacía mucho tiempo que no dormía con ellas, pero aquella noche necesitaba su calor familiar. Las coloqué sobre mi estómago y esperé a que llegara el sueño. Pero no podía dormir. Empecé a llorar y abracé a Flora.

—Cariño —oí decir mientras se abría la puerta y entraba Mandy con su tónico y con una caja que dejó sobre la mesilla. Luego me abrazó y me pasó la mano por la frente.

—No quiero ir —dije apoyando mi cara en su hombro.

—Lo sé, pequeña —contestó. Me abrazó durante largo rato, y casi me quedé dormida. Luego se apartó de mí y dijo—: Es la hora de tu tónico.

—Hoy me lo salto.

—Ni hablar, hoy es cuando más te conviene. No quiero que te pongas mala cuando más necesitas estar fuerte —dijo mientras sacaba una cuchara de su delantal—. Tomarás tres cucharadas.

Me preparé para tomarlo. El tónico era delicioso, sabía a nueces, pero al tragarlo tenía una consistencia viscosa que resultaba desagradable. Cada cucharada bajaba lentamente por mi garganta, y después intentaba tragar saliva para quitarme aquella desagradable sensación. Luego me sentía mejor. Bueno, sólo un poco mejor. Lista para volver a hablar. Me acomodé en la falda de Mandy.

—¿Por qué se casó mamá con él? —pregunté. Hacía mucho que quería hacer aquella pregunta, me había preocupado desde que empecé a tener uso de razón.

—Hasta que se casaron, *sir* Peter era muy cariñoso con lady Estela. Yo no me fiaba de él, pero tu madre no quiso escucharme. Y su familia no aprobaba la boda porque él era pobre. Pero eso hacía que tu madre le amara más todavía. Era así de bondadosa. —La mano de Mandy dejó de acariciarme la frente y continuó—: Ela, cielo, intenta que tu padre no sepa nada del hechizo.

—¿Por qué? ¿Qué pasaría si lo supiera?

—Él está acostumbrado a hacer prevalecer su opinión. Siempre ha sido así.

—Mamá me ordenó que no se lo contara nunca. De todas formas, tampoco lo hubiera hecho.

—Entonces, perfecto —dijo Mandy volviendo a acariciar mi frente.

Cerré los ojos, pero no podía dejar de pensar.

—¿Cómo crees que me irá en la escuela?

—Creo que allí conocerás a chicas encantadoras. Pero ahora siéntate. ¿No quieres ver tus regalos?

Me había olvidado completamente de la caja.

—¿Regalos?

—Uno por uno —dijo Mandy ofreciéndome la caja—. Esto es sólo para ti, llévalo siempre, adondequiera que vayas.

En el interior había un libro de cuentos de hadas. Nunca había visto ilustraciones tan bellas, parecía que estuvieran vivas. Lo hojeé maravillada.

—Cuando lo mires te acordarás de mí y te sentirás mejor.

—No lo leeré hasta que me haya ido, así todas las historias me parecerán nuevas.

Mandy rio.

—No creas que lo vas a terminar tan rápido. Crecerá contigo —dijo mientras sacaba de su delantal otro paquete—. Esto era de tu madre. Ella hubiera querido que lo tuvieras tú.

¡Era el collar de mamá! Lo formaban unas cadenas de plata que me llegaban casi a la cintura, con un diseño trenzado, hecho de plata tachonada con pequeñas perlas.

—Crecerás llevándolo, cariño, y estarás tan hermosa luciéndolo como lo estaba tu madre.

—Lo llevaré siempre puesto.

—Pero debes tener cuidado y esconderlo bajo el vestido cuando estés fuera. Es muy valioso. Lo hicieron los gnomos. —Entonces sonó la campanilla en el piso de abajo—. Tu padre llama.

Abracé a Mandy con todas mis fuerzas, pero ella se zafó de mis brazos.

—Deja que me vaya, cariño —dijo dándome un fuerte beso en la mejilla.

Me acomodé entre las sábanas, y el sueño me venció enseguida.

6

A la mañana siguiente me desperté con los dedos aferrados al collar de mamá. El reloj del palacio del rey Jerrold daba las seis. Perfecto, quería levantarme pronto y pasar el día despidiéndome de los lugares que más amaba.

Me puse el collar debajo del vestido y bajé sigilosamente hasta la despensa. Allí encontré una bandeja de bollos recién hechos. Todavía estaban calientes, lancé dos al aire y los atrapé con la falda, que había doblado en forma de cestito. Después, intentando no perder mi desayuno, corrí hacia la parte delantera de la casa y fui directa a ver a papá. Estaba en la entrada, esperando a Nathan para que le trajera el carruaje.

—No tengo tiempo para ti, Estela. Vete a darle la lata a otro. ¡Ah!, y dile a Mandy que volveré con el administrador, que nos prepare algo de comer.

Tuve que irme de allí y buscar a alguien para darle la lata, tal y como me había ordenado mi padre. Además de ser peligroso, el hechizo me hacía cometer tonterías, y era el causante de que pareciera tan patosa. Tenía que buscar a alguien... Entonces vi a Bertha cargada con la colada. Fui corriendo y choqué contra ella, de tal forma que se le cayó el cesto de la ropa limpia. Todos mis vestidos, mis medias y mi ropa interior cayeron al suelo. La ayudé a recogerlo todo, pero la pobre tendría que volver a lavarlo de nuevo.

—Señorita, ya es bastante complicado preparar sus cosas en tan poco tiempo como para tener encima que hacerlo dos veces —protestó.

Me disculpé y fui a darle el recado de papá a Mandy, que hizo que me sentara para tomar el desayuno. Después me dirigí hacia la pequeña colección de animales salvajes que tenía el rey junto a los muros de palacio.

Mis ejemplares favoritos eran los pájaros parlantes y los animales exóticos. Si exceptuamos a la hidra en su pantano y al pequeño dragón, las criaturas exóticas (el unicornio, la manada de centauros, y el grifo y su familia) vivían en una isla verde rodeada por una extensión del foso del castillo.

El dragón estaba en una jaula metálica. Era muy hermoso, tan pequeño y feroz, y parecía feliz cuando lanzaba fuego; sus ojos de color rubí brillaban entonces de forma maliciosa. Yo había comprado un trozo de queso en un puesto cercano a la jaula y lo arrimé al fuego, lo cual era una hazaña difícil porque se trataba de acercarlo lo suficiente para que se tostara, pero no tanto como para que el dragón pudiera atraparlo.

Me pregunté qué iba a hacer el rey Jerrold con aquel dragón cuando creciera. También me pregunté si yo estaría allí para conocer su destino.

Más allá, cerca del foso, había un centauro que me observaba. ¿Le gustaría el queso? Me acerqué a él lentamente, esperando que no se asustara y se fuera.

—¡Eh! —dijo una voz.

Me di la vuelta; era el príncipe Charmont, que me ofrecía una manzana.

—¡Oh, gracias! —respondí.

Me acerqué al foso con la manzana en la mano. El centauro olió el aroma de la fruta y trotó hacia mí. Le lancé la manzana. Otros dos centauros se acercaron, también galopando, pero el primero ya había obtenido su premio y comenzó a comérselo, masticando ruidosamente.

—Yo siempre espero que me den las gracias, o que al menos digan: «¿Cómo te atreves a mirarnos de esa forma?» o algo por el estilo —comenté.

—No son lo bastante inteligentes como para poder hablar. Mira qué ojos más inexpresivos tienen —indicó el príncipe.

Yo ya me había fijado en ello, pero quizá Char pensara que era su deber explicar las cosas a sus súbditos.

—Aunque pudieran hablar —dije— serían incapaces de pensar en algo que decir.

Después permanecemos en silencio. Entonces Char se echó a reír y exclamó:

—¡Qué graciosa! Eres muy divertida. Igual que lady Estela. —Luego, compungido, añadió—: Lo siento, no quería recordarte a tu madre.

—No te preocupes, pienso a menudo en ella. Casi siempre, mejor dicho.

Caminamos a lo largo de la orilla del foso.

—¿Quieres una manzana? —dijo ofreciéndome otra.

Quería hacerle reír de nuevo. Pateé el suelo con mi pie derecho y eché mi cabeza hacia atrás como si tuviera crin. Abrí los ojos cuanto pude, como lo haría un centauro, miré fijamente a Char con expresión de estupidez y tomé la manzana.

—¿Creerán los ogros que no vale la pena comerme?

Nos acercamos hasta la cabaña de los ogros. A pesar de que estaban encerrados, había soldados en formación para vigilarlos. Un ogro se nos quedó mirando a través de una ventana.

Los ogros no eran únicamente peligrosos por su tamaño y crueldad, sino también porque podían conocer todos tus secretos con sólo mirarte, y porque además sabían usar ese conocimiento. Podían ser irresistiblemente persuasivos si así lo querían. Cuando un ogro había terminado su primera frase en kyrrian se te olvidaban hasta sus dientes puntiagudos, la sangre seca bajo sus uñas y las matas de tosco pelo negro que le cubrían la cara. Te parecía incluso guapo, y pensabas que era tu mejor amigo. Al final de su segunda frase, te había conquistado de tal manera que podía hacer contigo lo que quisiera: meterte en una cazuela para cocinarte, o comerte crudo, si tenía mucha prisa.

—*pwich aooyeh zchoaK* —balbuceó una voz suave.

—¿Has oído eso? —pregunté.

—No parece un ogro. ¿De dónde vendrá?

—*pwich aooyeh zchoaK* —repitió la voz, esta vez en tono suplicante.

Un bebé gnomo asomó su cabeza por un acueducto que había a pocos metros de la cabaña. Lo vi a la vez que el ogro, que podía alcanzarlo desde donde se encontraba.

Fui corriendo a por la criatura, pero Char fue aún más rápido. Lo agarró justo antes de que lo hiciera el ogro. Char retrocedió con el niño entre sus brazos, que se retorció tratando de soltarse.

—Dámelo —le dije pensando que podría calmarlo.

Char me lo dio.

—*szEE frah myNN* —gruñó el ogro mirando a Char—. *myNN SSyng szEE. myNN thOosh forns.* —Luego cambió su expresión y se dirigió a mí entre risas—: *mmeu ngah suSS hijyNN eMMong. myNN w_whadz szEE uw. SZEE AAh ohrth hahj ethSSifszEE.*

Varias lágrimas de regocijo bajaron por sus mejillas, dejando finas vetas sobre su sucia cara.

Entonces dijo en kyrrian, sin molestarse ni en usar un tono persuasivo:

—Acércate y dame al niño.

Yo me quedé quieta. Tenía que romper el hechizo, mi vida y la del pequeño dependían de ello. Mis rodillas empezaron a temblar ante el impulso de caminar. Al intentar contenerme, los músculos de mis pantorrillas se tensaron y me dio un calambre. Me aferré al pequeño gnomo en un esfuerzo por resistirme, mientras el bebé gritaba y se revolvía entre mis brazos.

El ogro siguió riendo, y a continuación volvió a hablar:

—Obedéceme inmediatamente. Ven ahora mismo.

Avancé hacia él, en contra de mi voluntad. Luego me detuve y el temblor empezó de nuevo: otro paso, y otro. Sólo veía su mirada maliciosa y amenazante, cada vez más y más cerca.

—¿Adónde vas? —gritó Char al ver lo que yo estaba haciendo.

—Debo... —empecé a decir.

—¡Detente!, te lo ordeno.

Me detuve, pero seguí temblando mientras los soldados rodeaban la cabaña. Sus espadas apuntaron al ogro, que seguía mirándome.

Al fin dio media vuelta y volvió a la penumbra del interior.

—¿Por qué le hacías caso? —preguntó Char.

Yo seguía forcejeando con el niño, que tiraba de su pequeña barba y se movía tratando de escapar.

—*pwich azzoogh fraech!* —gritó.

Aproveché aquella interrupción para tratar de distraer a Char y no tener que responder a su pregunta.

—Tiene miedo —dije por fin.

Pero Char insistió:

—¿Por qué le escuchaste, Ela?

No tuve más remedio que responder.

—Sus ojos... —balbuceé—. Había algo en ellos... Tenía que hacer lo que me ordenase.

—¿Habrán hallado otra forma de hechizarnos? —se preguntó Char algo alarmado—. Tendré que contárselo a mi padre.

El pequeño gnomo gemía y daba patadas en el aire. Pensé que las palabras de los loros podrían consolarle.

Entonces las pronuncié, confiando en que no fueran ningún insulto:

—*fwthchor evtoogh brzzay eerth ymmadboech evtoogh brzzaY*.

El niño se serenó y sonrió, mostrando unos dientecitos de bebé.

—*fwthchor evtoogh brzzay eerth ymmadboech evtoogh brzzaY* —repitió. Tenía unos preciosos hoyuelos a ambos lados de la boca.

Lo dejé en el suelo, y nos agarró de la mano a Char y a mí.

—Sus padres deben de estar preocupados —comenté. No sabía cómo preguntarle dónde estaban, y él quizás era demasiado pequeño para contestar.

No se encontraban cerca de las jaulas de las fieras, ni entre el ganado que pacía. Al fin vimos a una vieja gnoma sentada en el suelo, cerca de un estanque. Con la cabeza entre las piernas, era la pura imagen del desconsuelo. Otros gnomos buscaban entre los juncos y los setos, o preguntaban a todo el que pasaba.

—*fraechramM!* —gritó el pequeño gnomo, tirando de mí y de Char.

La vieja gnoma levantó la cabeza, y con la cara llena de lágrimas dijo:

—*zhulpH*.

Después abrazó fuertemente al gnomito y cubrió su cara y su barba de besos. Luego nos miró y reconoció a Char.

—Gracias, su majestad, por devolverme a mi nietecito.

Char, turbado, tosió y dijo:

—Es un placer devolvérselo sano y salvo, señora. Casi se lo come un ogro.

—Char..., el príncipe Charmont, lo ha salvado, y también a mí —dije yo.

—Los gnomos os están agradecidos —sentenció ella, haciendo una reverencia—.

Me llamo zhatapH.

Era casi tan alta como yo, pero mucho más ancha. No corpulenta, sino ancha, pues los gnomos crecen a lo ancho tras llegar a la edad adulta. Se trataba del personaje más majestuoso que yo jamás había visto, y del más viejo, si se exceptuaba a Mandy. Sus arrugas contenían otras arrugas, pequeños pliegues de piel aún más profundos. Tenía los ojos hundidos y de un color cobre turbio.

Hice una reverencia y me tambaleé un poco.

—Yo soy Ela —dije.

Poco a poco fueron llegando otros gnomos y nos rodearon.

—¿Cómo lograste que fuera contigo, chica? —preguntó zhatapH—. No se hubiera ido con cualquier humano.

—Ela habló con él —respondió Char, orgulloso de mí.

—¿Qué le dijiste?

Dudé. Una cosa era imitar a los loros y otra muy distinta hablarle a un bebé gnomo. Temí parecer una idiota ante aquella respetable señora.

—*fwthchor wvtoogh brzzay eerth ymmadboech evtoogh brzzaY* —dije al fin.

—No me extraña entonces que fuera contigo —dijo zhatapH.

—*fraechH!* —gritó zhulpH alegremente y se revolvió entre los brazos de su abuela.

Una joven gnoma tomó al chiquillo y preguntó:

—¿Dónde has aprendido a hablar en gnómico? —Y a continuación se presentó—: Soy la mamá de zhulpH.

Les expliqué lo de los loros y pregunté qué era exactamente lo que le había dicho a zhulpH.

—Es una expresión de saludo —contestó zhatapH—. En kyrrian significa «Cavar es bueno para el bolsillo y también para hincar el colmillo». —Me tomó la mano y dijo—: zhulpH no será el único a quien salves la vida. Puedo verlo.

—¿Qué más puedes ver? ¿Qué más ocurrirá en mi vida? —pregunté, pues sabía por Mandy que los gnomos podían predecir el futuro.

—Los gnomos no entramos en detalles. La ropa que llevarás mañana, o qué dirás, eso es un misterio para nosotros. Sólo vemos el futuro a grandes rasgos, entrevemos algunos hechos.

—¿Y cuáles son?

—Peligro, una búsqueda, tres figuras. Están cerca de ti pero no son tus amigas. ¡Ten cuidado con ellas! —terminó diciendo mientras me soltaba la mano.

Cuando volvíamos hacia donde estaban las fieras, Char dijo:

—Hoy triplicaré la guardia alrededor de los ogros. Y pronto cazaré un centauro y te lo regalaré.

Madame Olga fue puntual. Ella y sus hijas observaban cómo subían al coche mi baúl y el barril de tónico. Papá estaba allí para despedirme, y Mandy permanecía de pie, un poco alejada del resto.

—Qué poco equipaje llevas —comentó Hattie. *Madame Olga* estuvo de acuerdo —: Ela no está equipada como corresponde a su posición, *sir Peter*. Mis hijas tienen ocho baúles entre las dos.

—Hattie tiene cinco y medio, mamá. Y yo sólo tengo. —Olive se calló de repente y se puso a hacer el cálculo con los dedos—. Bueno, tengo menos, y eso no es justo.

Papá cambió de tema con suavidad:

—Es muy amable por su parte aceptar a Ela, *Madame Olga*. Sólo espero que esto no le suponga ninguna molestia.

—Oh, en absoluto, querido Peter. Yo no las acompañaré.

Papá frunció el ceño, no le había gustado que le llamara «querido».

Madame Olga continuó:

—Con el cochero y dos lacayos estarán a salvo de cualquier peligro, exceptuando los ogros, claro. Y en cuanto a eso poco puedo hacer. Además, disfrutarán más solas, sin la compañía de su vieja madre.

Después de una pausa, papá dijo:

—En absoluto puede usted considerarse vieja, *Madame*. —Luego se volvió hacia mí, y dijo—: Espero que tengas un feliz viaje, cariño. Te echaré de menos. —Y me dio un beso en la mejilla.

«Mentiroso», pensé.

Un lacayo abrió la puerta del coche y ayudó a Hattie y a Olive a subir.

Yo corrí hacia Mandy. No podía marcharme sin un último abrazo.

—Haz que desaparezcan, por favor —le susurré.

—Oh, Ela, cariño. Estarás bien —dijo estrechándome muy fuerte.

—¡Estela, tus amigas te están esperando! —exclamó papá.

Subí al coche, coloqué mi maletín en un rincón e iniciamos la marcha.

Para tranquilizarme puse las manos sobre mi pecho y palpé el collar de mamá que llevaba escondido. Si ella estuviera viva yo no estaría yéndome de casa, en compañía de aquellas horribles criaturas.

—Yo nunca abrazaría a una cocinera —dijo Hattie encogiéndose de hombros.

—Pues claro que no. ¿Qué cocinera dejaría que la abrazases? —repliqué.

Hattie volvió al tema del equipaje:

—Con tan pocas pertenencias, las otras chicas no sabrán si eres una criada o una de nosotras.

—¿Qué llevas escondido bajo el vestido? —preguntó Olive.

—¿Es un collar? ¿Por qué lo llevas bajo la ropa? —quiso saber Hattie.

—¿Es porque es feo? —inquirió Olive—. ¿Por eso lo escondes?

—No, no es feo.

—Pues entonces muéstranoslo. Olive y yo queremos verlo.

Era una orden, estaba obligada a enseñárselo. No me importó, pues allí no había ningún ladrón que pudiera quitármelo.

—¡Guau! —exclamó Olive—. Es más bonito que la mejor joya de mamá.

—Nadie pensará que eres una criada si lo llevas puesto. Es fantástico. Aunque te queda un poco grande. —Hattie lo acarició—. Mira, Olive, qué bonitas son las perlas.

Olive también lo tocó.

—¡Ya basta! —grité apartándolo de ellas.

—No vamos a estropearlo. ¿Puedo probármelo? Mamá siempre me deja que me pruebe sus collares, y nunca los estropeo.

—No, no puedes.

—Oh, por favor. Déjamelos. Es un encanto.

Una orden.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunté. No pude contenerme. Tendría que haberme mordido la lengua.

Los ojos de Hattie brillaron.

—Sí, tienes que hacerlo. Dámelo.

—Pero sólo un momento —dije quitándomelo deprisa, para que no notaran que luchaba contra mi necesidad de obedecer.

—Abróchamelos...

Lo hice, aunque la orden no era para mí sino para Olive.

—Gracias, querida —dijo Hattie, acomodándose en su asiento—. Yo he nacido para llevar joyas como ésta.

—Deja que me lo pruebe, Ela —protestó Olive.

—Cuando seas mayor —respondió Hattie.

Pero yo tenía que obedecer. Traté con todas mis fuerzas de ignorar la orden de Olive, pero me vinieron todos los males posibles: tuve retortijones, se me aceleró el pulso, se me cortaba la respiración...

—Déjaselo —balbuceé.

—Mira —dijo Olive—, dice que me lo dejes.

—Yo sé lo que te conviene, Olive. Tú y Ela sois demasiado jóvenes y...

Me abalancé sobre Hattie y le desabroché el collar antes de que pudiera reaccionar.

—¡No se lo des, Ela! —gritó—. ¡Devuélvemelo!

Yo se lo devolví.

—Dámelo a mí, Ela —dijo Olive levantando la voz—. No seas tan fresca, Hattie.

Le quité el collar de las manos a Hattie y se lo entregué a Olive.

Hattie se quedó mirándome fijamente.

Empezaba a sospechar algo respecto a mi forma de actuar.

—Mamá llevó este collar en su boda —dije intentando distraer a Hattie—. Y su madre...

—¿Siempre eres tan obediente, Ela? Devuélveme el collar.

—¡No lo soltaré! —chilló Olive.

—Por supuesto que lo harás. A no ser que quieras quedarte sin cena esta noche... —dijo Hattie.

Le arrebaté el collar a Olive. Hattie se lo puso y le dio unos golpecitos, complacida.

—Ela, deberías regalármelo. Por el bien de nuestra amistad.

—No somos amigas —respondí.

—Claro que lo somos. Yo te adoro, y Olive también. ¿Verdad, Olive?

Olive asintió solemnemente.

—Creo que me lo darás si te digo que debes hacerlo, así que... Hazlo, Ela, por nuestra amistad. Debes hacerlo.

—Tómalo —dije contra mi voluntad.

—Gracias. Qué amiga tan generosa tenemos, Olive —comentó, y a continuación cambió de tema—: Los criados no han limpiado muy bien el coche. Esa bola de polvo es muy desagradable. No tendríamos que ir en este trasto tan sucio. Recógela, Ela.

Aquella orden me gustó. Recogí la bola de polvo y se la lancé a la cara.

—Toma, es tuya.

Me quedé satisfecha, aunque no por mucho tiempo.

Hattie no sabía nada ni de Lucinda ni del hechizo, pero lo que sí había comprendido era que yo siempre obedecería sus órdenes. De hecho, después de que le lanzara la bola de polvo a la cara se había limitado a sonreír maliciosamente. Sabía que tenía mucho más valor el poder que ella acababa de adquirir que mi afrenta.

Me retiré a un rincón del coche y me puse a contemplar el paisaje. Hattie no me había ordenado que le quitase el collar. ¿Y si se lo sacaba por la cabeza, o se lo arrancaba del cuello? Prefería que estuviese roto a que ella lo tuviera.

Lo intenté. Ordené a mis brazos que se movieran y a mis manos que lo agarraran. Pero el hechizo no me dejaba. La única forma de lograrlo habría sido que alguien me lo hubiese ordenado, puesto que yo sola no podía desobedecer una orden. Intenté acostumbrarme a ver el collar en el cuello de Hattie. Cuando yo lo miraba, ella lo acariciaba satisfecha.

Al cabo de un rato se durmió, con la boca entreabierta, y empezó a roncar. Entonces Olive aprovechó para sentarse a mi lado.

—Yo también quiero un regalo como prueba de nuestra amistad.

—¿Por qué no me das tú algo a mí? —contesté.

Frunció el ceño.

—No, no. Tienes que dármelo tú.

—¿Qué te gustaría? —pregunté ante la obligación de cumplir una orden.

—Quiero dinero.

Tal y como había prometido, papá me había dado una bolsa llena de KJs de plata. Tomé mi maletín y le di una moneda.

—Aquí tienes. Ahora ya somos amigas.

Ella escupió sobre la moneda y luego la frotó para que brillara.

—Ahora sí que somos amigas —concluyó. Volvió a su sitio y se acercó la moneda a los ojos para verla bien.

Yo miraba a Hattie, que seguía roncando. Probablemente estuviera soñando en lo que me ordenaría después. Luego miré a Olive, que se pasaba el canto de la moneda por la frente y luego por la nariz. Tenía ganas de llegar a la escuela, por lo menos allí tendría otras compañeras.

Al poco rato Olive también se durmió. Sólo cuando estuve segura de que las dos dormían profundamente me atreví a sacar de mi bolsa el libro de cuentos que me había regalado Mandy. Me puse de espaldas a ellas, para ocultar el libro y aprovechar la luz que entraba por la ventanilla.

Cuando abrí el libro, en lugar de un cuento de hadas encontré una ilustración en la que aparecía Mandy. Estaba cortando un nabo a trocitos, con el que después cocinaría el pollo que aquella misma mañana había desplumado. Estaba llorando. Comprendí que se había contenido al abrazarme. La página se volvió borrosa porque mis ojos también se llenaron de lágrimas, aunque no quise llorar ante Hattie y Olive, a pesar

de que estuvieran dormidas.

Si Mandy hubiera estado en el coche conmigo me habría abrazado, y entonces habría podido llorar tanto como hubiese querido. Me hubiera dado unos golpecitos en la espalda y me habría dicho...

No, aquellos pensamientos no debían hacerme llorar. Si Mandy hubiera estado allí me habría dicho que podía ser maravilloso usar la magia para convertir a Hattie en un conejo. Y entonces yo me preguntaría de nuevo para qué sirven las hadas si no es para usar la magia.

Aquello me ayudó. Me aseguré de que mis compañeras de viaje continuasen dormidas y entonces pasé la página del libro. Mostraba la imagen de una habitación, probablemente en el castillo del rey Jerrold, ya que Char estaba allí y el escudo de Kyrria estaba pintado en la pared, sobre un tapiz. Char estaba hablando con tres de los soldados que habían vigilado a los ogros.

No entendía lo que significaba aquella escena. Quizá la siguiente página lo explicaba. En ella encontré dos ilustraciones más, pero en ninguna aparecían ni Char ni los soldados.

En el reverso había un mapa de Frell, nuestra propiedad, debajo del cual figuraba la inscripción: «*Sir Peter de Frell*». Mi dedo siguió la ruta hacia el viejo castillo, junto al que estaba la colección de animales del rey. Había otro camino desde Frell hacia el sur; era el mismo que recorríamos en aquel momento. Quedaba más allá de los límites del mapa, más allá de la propiedad de *sir Peter de Frell*.

La ilustración de la derecha mostraba el coche de papá, seguido de tres carros tirados por mulas y llenos de mercancías para vender. Papá, con la cara al viento, estaba sentado en el pescante junto al cochero, que alzaba su látigo.

¿Qué más me mostraría el libro?

Esta vez parecía un cuento de hadas como *El zapatero y los elfos*. En esta versión, sin embargo, cada elfo tenía su personalidad y llegué a conocerlos mejor que al propio zapatero. También entendí por qué desaparecen después de que el zapatero les haga unos trajes. Resulta que van a ayudar a un gigante a deshacerse de un enjambre de mosquitos que son demasiado pequeños y que él no puede ver. Los elfos dejan una nota de agradecimiento para el zapatero que él no llega a leer porque pone su taza de café encima. Ahora entendía mejor aquel cuento.

—Tu libro parece fascinante. Déjame verlo —dijo Hattie, que acababa de despertarse.

Me sobresalté. Si también me quitaba el libro la mataría. Cuando se lo tendí pareció aumentar de peso.

Sus ojos se abrieron a medida que leía.

—¿Te gusta esto? «El ciclo vital de la garrapata del centauro». —Pasó las páginas—. «Minas gnómicas de plata en terrenos peligrosos».

—¿No te parece interesante? —pregunté aliviada—. Puedes leerlo si quieres, si vamos a ser amigas tenemos que tener intereses comunes.

—Tú no puedes compartir mis intereses, querida —dijo devolviéndome el libro.

Aquel viaje me sirvió para saber qué podía esperar de Hattie. Una vez en la posada donde íbamos a pasar la primera noche, me informó de que el lugar que ocupaba yo en el coche era el destinado a su sirvienta.

—Pero no importa, porque tú puedes ocupar perfectamente su lugar —dijo ladeando la cabeza—. Aunque, pensándolo mejor, como perteneces a la nobleza sería un insulto convertirte en mi criada. Serás mi dama de compañía, y algunas veces también la de mi hermana. Oye, Olive, ¿hay algo que Ela pueda hacer por ti?

—No, yo ya sé vestirme y desvestirme sola —contestó Olive desafiante.

—Nadie ha dicho que no sepas —dijo Hattie sentándose en la cama que íbamos a compartir. Levantó los pies y dirigiéndose a mí ordenó—: Arrodíllate y ponme las zapatillas, Ela. Me duelen los tobillos.

Las tomé sin decir nada. Mi nariz se llenó del agrio olor de sus pies. Llevé las zapatillas hasta la ventana y las tiré abajo.

Hattie bostezó.

—Te has buscado trabajo extra. Ve abajo y recógelas.

Olive corrió hacia la ventana.

—¡Tus zapatillas han caído en un cubo de agua sucia!

Aunque me vi obligada a subir las malolientes zapatillas a la habitación, Hattie no tuvo más remedio que llevarlas puestas hasta que encontró otras limpias en su baúl. Después de aquello pensaría con más cuidado las órdenes que me daba.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, calificó los cereales de incomedibles.

—No los comas, Ela. Te pueden sentar mal —dijo mientras tomaba ella una cucharada.

Salía humo de mi bol, y pude apreciar el aroma de la canela. Mandy también solía ponérmela en el desayuno.

—Pues si es tan malo, ¿por qué comes? —preguntó Olive a su hermana—. Yo estoy hambrienta, la verdad.

—Tus cereales parecen buenos. Yo me tomo los míos a pesar de que están asquerosos... —masculló mientras lamía los restos de cereales que le habían quedado en la comisura de la boca—. Es necesario que me alimente para poder dirigir nuestro viaje.

—Tú no vas a di... —empezó a decir Olive.

—¿No les gusta su desayuno, señoritas? —preguntó el posadero preocupado.

—El estómago de mi hermana es muy delicado —dijo Hattie—. Ya puede retirar su bol.

—Yo no soy su hermana —protesté mientras el posadero se iba.

Hattie rio mientras rebañaba sus cereales con la cuchara.

El posadero volvió con un plato de pan moreno relleno de nueces y pasas.

—Quizás esto le sentará mejor al estómago de la señorita.

Tuve tiempo de dar un buen mordisco al pan antes de que una señora de la mesa vecina solicitase al posadero.

—Déjalo, Ela —dijo Hattie tras tomar una puntita de pan y probarla—. Es demasiado empalagoso.

—La comida empalagosa me gusta mucho —dijo Olive alcanzando el pan.

Entre las dos se acabaron mi desayuno en un periquete. Aparte del tónico, aquel pedazo de pan era la única comida que había probado en tres días. Hattie también me hubiera prohibido tomar mi tónico, de no ser porque lo probó. Al tragarlo puso cara de asco.

Cruzamos ricas tierras de cultivo y ganado en nuestro último día de viaje hacia Jenn, donde se encontraba nuestra escuela. El día era caluroso y había niebla. Sentía demasiado calor como para tener hambre, y Hattie tan sólo era capaz de ordenarme una cosa: que la abanicase.

—Abanícame a mí también —se quejó Olive. Había comprendido que cuando Hattie me ordenaba algo yo lo hacía, y que si ella me daba órdenes también obedecía. Hattie no intentó explicarle en ningún momento el porqué de mi obediencia. De hecho, no se molestaba en explicarle casi nada a la torpe de Olive, y seguro que disfrutaba al guardarse aquel delicioso secreto para ella sola.

Me dolían los brazos y el estómago me hacía ruido. Miré por la ventana y vi un rebaño de ovejas. Buscaba alguna distracción que me hiciera olvidar el hambre y mi deseo se cumplió al instante, pues los caballos que tiraban del coche emprendieron de pronto un alocado galope.

—¡Ogros! —gritó el cochero.

Aunque la nube de polvo que se había levantado detrás de nosotros apenas nos dejaba ver el camino pude distinguir una banda de ogros que nos seguía de cerca. ¿Los estábamos dejando atrás? La nube de polvo parecía alejarse.

—¿Por qué huís de vuestros amigos? —gritó uno de ellos, con la voz más dulce que jamás había oído—. Tenemos lo que vuestros corazones desean: riqueza, amor, vida eterna...

¡Deseos! Enseguida pensé en mamá. Los ogros podrían devolverle la vida. ¿Por qué huir de lo que más deseaba?

—Más despacio —ordenó Hattie, innecesariamente, pues el cochero ya había frenado a los caballos.

Los ogros estaban tan sólo a unos metros. Al no haber sucumbido a su magia, las ovejas balaban atemorizadas. Como de pronto sus balidos no nos dejaban oír las dulces palabras de los ogros, y durante unos instantes se rompió la influencia que ejercían sobre nosotros, fui consciente al instante de que aquellos seres no podían devolverme a mamá.

Los caballos volvieron a ser fustigados para que galopasen más deprisa. Pero enseguida nos alejamos del rebaño y volvimos a estar bajo el poder de los ogros. Les dije a Hattie, a Olive y al cochero que gritasen todo lo que pudiesen para no oír a los ogros. El cochero lo entendió al instante y unió su voz a la mía, con palabras que yo jamás había oído. Después Hattie se puso a gritar:

—¡A mí comedme la última!

Pero fue Olive la que nos salvó. De pronto soltó un bramido que parecía no tener fin, y que no cesó hasta que llegamos a las primeras casas de Jenn. Entonces los ogros desaparecieron de nuestra vista y recuperamos todos la calma.

—Cállate ya, Olive —dijo Hattie—. Nadie va a comernos. Me estás dando dolor

de cabeza.

Pero Olive no paró hasta que el cochero detuvo a los caballos, se asomó dentro del coche y le dio una bofetada.

—Perdóneme, señorita —se disculpó, y volvió luego a su sitio.

La escuela de señoritas era una vulgar construcción de madera. Si no hubiese sido por los enormes arbustos en forma de damas con faldas, que ornamentaban el lugar, habría pensado que se trataba de la casa de cualquier comerciante no demasiado próspero. Sólo esperé que las raciones de comida fuesen generosas.

Cuando bajamos del coche se abrió la puerta, y una mujer muy tiesa y de pelo gris se acercó, contoneándose, hasta nuestro carruaje.

—Bienvenidas, señoritas —dijo haciendo una reverencia. Luego, señalándome a mí, preguntó—: ¿Quién es ésa?

Me apresuré a responder antes de que Hattie me presentara a su manera.

—Soy Ela, *Madame*. Mi padre es *sir* Peter de Frell. Ha escrito esta carta para usted —dije mientras sacaba la carta y la bolsa con el dinero.

Agarró la carta y también la bolsa, la cual sopesó y se metió en el bolsillo del delantal.

—¡Qué sorpresa más agradable! Soy *Madame* Edith, la directora de este lugar. Bienvenida a nuestra modesta casa.

Luego volvió a hacer una reverencia. Yo deseé que fuera la última, pues mi rodilla crujía cada vez que me agachaba.

—Hemos acabado de comer y ahora estamos bordando. Las demás señoritas están deseando conocerte. Adelante, nunca es demasiado pronto para aprender.

Nos hizo pasar a una amplia sala llena de luz.

—Señoritas —anunció—, aquí tienen a una nueva amiga.

Todas se levantaron, saludaron y volvieron a sus asientos. Todas llevaban un vestido rosa y una cinta amarilla en el pelo, mientras que mi traje estaba manchado y arrugado por el viaje, y mi pelo caía lacio y despeinado.

—¡Bien, vuelvan al trabajo, señoritas! —dijo *Madame* Edith—. La profesora de costura ayudará a la nueva alumna.

Me acomodé en una silla cerca de la puerta y miré desafiante a mi alrededor. Me encontré con la mirada de una chica de mi edad, que me sonrió indecisa. Quizás entonces mi mirada se suavizó, porque ella al momento me dedicó una amplia sonrisa y me guiñó un ojo.

La profesora de costura se acercó a mí. Sostenía una aguja, un surtido de hilos de colores y un bastidor con una tela de lino en la que había dibujadas unas flores. Tenía que bordar aquel diseño. Más tarde la tela serviría para un cojín o para el respaldo de una silla. Después de explicarme lo que tenía que hacer, la profesora de costura me dejó sola, creyendo que yo sabría coser. Pero era la primera vez en mi vida que tenía una aguja en la mano, y a pesar de que me fijé en qué hacían las otras chicas no pude

ni enhebrarla. Lo intenté durante un cuarto de hora, hasta que la profesora se acercó y exclamó:

—¡Esta chica ha sido educada por ogros, o por algo todavía peor! —gritó arrancándome la aguja de la mano—. Sostenla con delicadeza, ¡no es un arpón! —Después la enhebró con hilo verde y me la devolvió.

Intenté hacer lo que me había dicho. Se marchó y yo empecé mi labor como pude. Clavé la aguja en el contorno de una rosa. Me dolía la cabeza por falta de alimento.

—Tienes que hacer un nudo al final del hilo y empezar por debajo. —La que me hablaba era la chica que me había guiñado el ojo al entrar. Acercó su silla a la mía y siguió—: La profesora de labores se reirá de ti si bordas una rosa de color verde. Las rosas tienen que ser rojas, rosadas o, si eres más atrevida, amarillas.

En su regazo descansaba un vestido de color rosa, igual al que llevaba puesto. Incliné la cabeza sobre mi labor y dio otra puntada. Su pelo oscuro estaba peinado con pequeñas trenzas que se unían en un moño. Su piel era de color canela, y sus mejillas parecían pinceladas de color frambuesa (yo no podía evitar el hacer símiles con cosas de comer). Sus labios, curvados graciosamente hacia arriba, le daban un aspecto risueño y alegre. Se llamaba Areida, y su familia vivía en Amonta, una ciudad junto a la frontera de Ayorta. Hablaba con el acento propio de su país: emitía un leve chasquido cuando pronunciaba la eme, y asimilaba la ele a la erre.

—*Abensa utyu arija ubensu* —dije esperando que ésa fuera la forma de decir «encantada de conocerte» en ayortano. Lo había aprendido de uno de los loros.

Ella me sonrió extasiada.

—*Ubensu ockommo Ayorta?*

—Sólo sé unas pocas palabras —confesé.

Entonces pareció quedarse muy frustrada.

—Hubiera sido maravilloso tener a alguien con quien hablar en mi lengua.

—Puedes enseñarme.

—Tu acento es bastante bueno —dijo confusa—. La profesora de lengua enseña ayortano, pero nadie ha conseguido aprender ni una palabra.

—Yo tengo facilidad para los idiomas.

Desde aquel momento empezó a enseñarme. «Una vez oído, ya nunca olvidado», ése es mi lema para los idiomas. Al cabo de una hora ya construía pequeñas frases, lo cual hacía las delicias de Areida.

—*Utyu ubensu evtmae oyjento?* («¿Te gusta esta escuela para señoritas?») —pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿No crees que es horrible? —dije volviendo a hablar en kyrrian.

Entonces se proyectó una sombra sobre mi labor abandonada. Era la profesora de costura, que tomó la tela y anunció dramáticamente:

—Sólo tres puntadas en todo este rato. Tres grandes y horrosas puntadas, igual que tres dientes en una boca desdentada. Ve a tu habitación y permanece allí hasta la

hora de dormir. Hoy no habrá cena para ti.

Mi estómago rugió tan fuerte que creí que todos en la sala lo habían oído. Hattie me dedicó una sonrisa de satisfacción; ni ella misma podría haberlo planeado mejor.

—Me da igual, no tengo hambre —le respondí a la profesora.

—Entonces también te quedarás sin desayuno, por impertinente.

Una doncella me condujo hasta un pasillo lleno de puertas pintadas en diferentes tonos pastel. Una placa en cada puerta indicaba el nombre de la habitación. Pasamos junto a la del «tilo», la de la «margarita» y la del «ópalo». Nos detuvimos ante la puerta donde se leía «lavanda» y la chica abrió la puerta.

Por un momento olvidé que estaba hambrienta. Me invadió una nube de luz violeta, que iba desde los tonos rosados hasta otros más próximos al azul pálido. No había ningún otro color en la habitación. Las cortinas eran como serpentinas ondulantes, movidas por el aire que levantó la puerta al cerrarse. Bajo mis pies descansaba una alfombra de nudos que representaba una enorme violeta. Las cinco camas estaban cubiertas por colchas de seda, y los cinco escritorios estaban pintados a rayas sinuosas de color lila claro y oscuro.

Tenía tanta hambre, y me sentía tan desamparada, que me hubiera echado sobre la cama para llorar, pero aquéllas no eran camas muy adecuadas para ello. Había una silla de color violeta junto a una de las ventanas, así que me dejé caer en ella.

Si no moría de inanición, antes tendría que pasar allí bastante tiempo, con aquellas odiosas profesoras y con Hattie dándome órdenes todo el día. Contemplé el jardín de *Madame* Edith hasta que el cansancio y el hambre me vencieron y me dormí en la silla.

—¡Eh, Ela! Come esto.

Un susurro me despertó de mi sueño de faisanes asados rellenos de castañas. Alguien me sacudía el hombro.

—¡Despierta, Ela, despierta!

Como era una orden abrí los ojos de inmediato, y vi que Areida me ponía un panecillo en las manos.

—Es todo lo que he podido conseguir. Anda, cómetelo antes de que vengan las otras.

Me comí aquel suave y blanco panecillo en dos bocados y me supo a poco, pero ya era más de lo que había tomado durante aquellos días.

—Gracias, Areida. ¿Duermes aquí? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Dónde?

Entonces la puerta se abrió y entraron tres chicas.

—¡Mirad! Dios las cría y ellas se juntan.

La que hablaba era la alumna más alta de la escuela. Pronunciaba las consonantes imitando el acento de Areida.

—*Ecete iffibensi asura edanse evtame oyjento?* («¿Es así como se comporta la gente en una escuela de señoritas?») —pregunté a Areida.

—*Otemso iffibensi asura ippiri* («A veces es mucho peor»).

—¿Tú también eres de Ayorta? —me preguntó la chica alta.

—No, pero Areida me está enseñando su bello idioma. En él tú serías una *ibwi unju* —es decir una «chica alta».

No conocía ningún insulto en ayortano. Sin embargo, Areida se rio muchísimo con mi ocurrencia, dando así la impresión de que ése era el peor de los apodos. Yo también me reí y Areida cayó sobre mí y entre ambas hicimos temblar la silla violeta.

Madame Edith, la directora, entró a toda prisa en la habitación y dijo:

—Jovencitas, ¿qué es lo que estoy viendo?

Areida se levantó pero yo permanecí sentada. No podía dejar de reír.

—Mis sillas no están hechas para eso. Además, señoritas, nunca se deben sentar dos personas en una silla. ¿Me has oído, Ela? ¡Basta ya de risas tontas!

Dejé de reír de golpe.

—Eso está mejor. Como hoy es tu primer día aquí pasaré por alto tu comportamiento, pero confío en que mañana mejore. —*Madame* Edith se volvió hacia las otras y gritó—: ¡Venga, poneos el camisón, jovencitas! Los brazos de Morfeo os esperan.

Areida y yo intercambiamos una mirada. Era fantástico tener una amiga.

Todas cayeron en los brazos de Morfeo, como decía *Madame* Edith, pero yo no tenía sueño. Me habían dado un camisón cubierto de volantes y lazos, que era tan incómodo que no me dejaba descansar. Bajé de la cama y abrí mi maletín. Si no podía dormir, al menos podría leer, ya que *Madame* Edith dejaba una luz encendida por si alguien tenía miedo de la oscuridad.

Mi libro se abrió por una carta de Mandy.

Querida Ela:

Esta mañana he preparado unos bollos. Bertha, Nathan y yo nos los comeremos antes de ir a dormir. Hice dos más para ti. Los dividiremos y nos los comeremos a tu salud. Me prometí a mí misma que no te preocuparía diciéndote lo mucho que te echo de menos, pero fíjate en cómo empiezo esta carta.

El hombre de los loros, Simón, vino el otro día a traerte uno de sus pájaros. Uno que habla en gnómico y en élfico. Dijo que no era lo bastante bueno para la colección, pero que a ti te gustaría. También me explicó cómo alimentarlo. ¡Nunca hubiera pensado que cocinaría para un loro!

Me gustaría que se callara de vez en cuando, y me pregunto si tengo alguna receta de loro asado. Pero no te preocupes, cariño, nunca se me ocurriría asar tu regalo.

Ayer tuviste un visitante de honor, que te trajo un regalo mucho mejor que el del pájaro. Era el mismísimo príncipe, que vino a verte y a obsequiarte con un potrillo de centauro. Cuando le dije que no estabas quiso saber adónde habías ido y cuándo volverías. Cuando le dije que estabas en una escuela para

señoritas se indignó muchísimo. Se preguntaba para qué necesitabas ir a una escuela así si no había nada en ti que necesitara mejorarse. No pude responderle, ya que yo también le preguntaría eso mismo a tu padre. Le dije que no teníamos ningún sitio para alojar al centauro. Es una pequeña belleza, pero ¿qué haría yo con él? Tu príncipe me dijo que el nombre del potrillo era *Manzana*. Me dije que tenía que comportarme con cortesía, y antes de que se lo llevara le di de comer una manzana al centaurito.

Hablando de irse, tu padre se fue el mismo día que tú. Dijo que se iba a ver a los verdecillos, que es el nombre despectivo que utiliza para referirse a los elfos. También dijo que tardaría en volver.

Me gustaría que estuvieses pronto de regreso. Bertha y Nathan te envían un abrazo, y yo también. ¡Salud!

Tu vieja cocinera,

Mandy

P. D. No olvides tomarte tu tónico.

Cerré el libro y susurré sobre su lomo:

—No borres la carta, por favor.

Luego me tomé el tónico.

¡Un potrillo de centauro! Una pequeña belleza. Ojalá pudiera verlo, acariciarlo, y que él también me quisiera. Las lágrimas que había contenido durante toda la tarde fluyeron entonces. Mandy estaría furiosa si supiera que no había comido nada en tres días, y mucho más si supiera que estaba bajo las garras de un monstruo como Hattie.

A la mañana siguiente, la profesora de música nos enseñó una canción y me hizo cantar sola para ver si desafinaba.

—Ela no se da cuenta de que hay más de una nota —dijo dirigiéndose a las otras—. Ven aquí, pequeña. Canta esto.

Entonces tocó una nota en el clavicémbalo.

Yo era incapaz de hacerlo, nunca había conseguido cantar una melodía. ¿Qué pasaría si no podía obedecer?

Al fin no di la nota correcta y la profesora de música frunció el ceño.

—Más agudo, o te enviaremos a una escuela de chicos para que cantes con ellos —comentó mientras volvía a tocar la misma nota.

Mi siguiente intento fue demasiado agudo. Una de las chicas se tapó los oídos, y yo deseé que le dolieran de verdad. La profesora tocó otra vez.

Las sienes me palpitaban, pero canté.

—Un poco más bajo.

Entonces di la nota exacta. La profesora tocó otra. También la entoné. Tocó una escala y la repetí correctamente. Sonreí llena de alegría, siempre había deseado cantar bien. A continuación volví a hacer una escala, en un tono aún más bajo. ¡Perfecto!

—Está bien, jovencita. Canta sólo cuando yo te lo diga.

Una hora más tarde la profesora de danza me dijo que diera los pasos más suaves. Mi compañera de baile era Julia, la chica alta que se había metido con Areida la noche anterior. Apreté sus brazos con fuerza, para que soportaran mi peso y así poder pisar más suave.

—Para ya —dijo apartándose de mí.

Caí al suelo y oí unas risitas sofocadas.

La profesora de danza ocupó el lugar de Julia, así que ya no podía apoyarme en ella. Intenté pensar que mis pies eran globos, y que el suelo iba a romperse si no lo pisaba con delicadeza. Nos deslizábamos, saltábamos hacia delante y hacia atrás. Yo no bailaba con mucha gracia, pero por lo menos no pisoteaba el suelo. Al acabar tenía el vestido empapado en sudor.

—Eso ha estado mejor —comentó la profesora.

A la hora de la comida, la profesora de buenos modales me dijo:

—No golpees con los nudillos en la mesa, el rey se avergonzaría de ti. —Aludía frecuentemente al rey Jerrold.

Desde entonces las mesas estuvieron a salvo.

—Da pequeñas puntadas, Estela, y no tires tanto del hilo. No es una rienda, ni tú eres un cochero —me aleccionaba la profesora de costura. Una vez me pinché con la aguja, y desde entonces mis puntadas fueron más pequeñas.

Todos los días pasaba lo mismo; temía las nuevas órdenes. El hechizo no me dejaba amoldarme fácilmente a la nueva situación. Tenía que concentrarme a cada segundo. En mi mente iba repitiendo las órdenes en una retahíla sin fin. Cuando me despertaba, me ordenaba a mí misma no saltar de la cama y dejar el camisón para que lo recogieran las sirvientas. A la hora del desayuno no debía soplar sobre mis cereales, no esparcirlos sobre la mesa. Durante el paseo de la tarde, ni saltar ni brincar.

Una vez, a la hora de la cena, hablé demasiado alto:

—No sorbas —me ordené.

Pensé que lo había dicho en voz baja, pero una chica que se sentaba cerca me oyó y se lo contó a las demás.

Las únicas materias que me gustaban eran las que daba la profesora de escritura: redacción y cálculo. Aquella profesora también enseñaba caligrafía, que me resultaba más difícil porque ella no solía darnos órdenes. Y también enseñaba ayortano, pero no otros idiomas. Cuando le expliqué que sabía un poco de lenguas exóticas y que quería aprender más, me dio un diccionario. Se convirtió en mi segundo libro favorito. Después del de Mandy, claro.

Cuando tenía un rato libre aprovechaba para practicar lenguas, especialmente el

ógrico. Aunque los significados de las palabras eran horribles me atraía pronunciarlas. Eran suaves, lisas, escurridizas y siseantes, como el lenguaje de las serpientes: *psySSahbuSS* (que significaba «delicioso»), *SSyng* («comer»), *hijyNN* («cena»), *eFFuth* («sabor»), o *FFnOO* («agrio»).

Mis progresos en todas las materias tenían asombradas a las profesoras. Durante mi primer mes allí hice pocas cosas bien, pero durante el segundo no hice ni una mal. Aprendí gradualmente, de forma natural... Pasos ligeros, pequeñas puntadas; voz suave; espalda recta; profundas reverencias, sin crujido de rodillas; nada de bostezos; ni volcarme la sopa encima, y no sorber...

Una vez en la cama, antes de dormirme, imaginaba qué pasaría si estuviera libre del hechizo de Lucinda. A la hora de cenar, posiblemente, me embadurnaría la cara con salsa y lanzaría los pasteles de carne a la profesora de buenos modales, y apilaría la porcelana más delicada sobre mi cabeza, y andaría tambaleándome y contoneándome hasta romperla toda en pedazos. Entonces los recogería y los aplastaría, junto con los pasteles de carne, sobre mi bordado immaculado.

Exceptuando a Areida, no tenía ninguna otra amiga en la escuela de señoritas. Sólo el grupo de Hattie fingía mostrarse amable, pero enseguida se dirigían a mí con el mismo tono de superioridad que ella. Y es que Hattie solía tratarme muy mal cuando había gente delante. El suyo era un grupo odioso, formado por ella y por dos chicas a las que llamaba sus íntimas: Blossom y Delicia. La primera era la sobrina y única heredera de un conde soltero. Sólo sabía hablar de la constante preocupación que sentía de que un día el conde se casara y tuviera un hijo que la reemplazara como heredera. Delicia, que era hija de un duque, casi nunca hablaba, y cuando lo hacía era para quejarse: que en la habitación había mucha corriente de aire, que la comida era mala, que la criada no la trataba como merecía su posición social, que una de las chicas llevaba los labios pintados...

Las profesoras también me desagradaban. Al principio, cuando cumplía sus órdenes y me salían bien las cosas me mimaban, lo cual no me gustaba nada. Después, cuando lo hacía todo a la perfección, dejé de ser la favorita. Hablaba lo mínimo, y las miraba a los ojos sólo cuando no tenía más remedio. De modo que volví a mi antiguo juego.

—Canta más bajo, Ela. Podrían oírte desde Ayorta.

Entonces bajaba tanto la voz que resultaba casi inaudible.

—No tan bajo. Queremos oír tu dulce voz.

Entonces volvía a cantar alto, aunque no tanto como al principio. La profesora de música tuvo que perder un cuarto de hora hasta conseguir que cantara al volumen adecuado.

—Levanten los pies, señoritas. Éste es un baile alegre.

Yo entonces subía las piernas hasta la cintura.

Y así siempre. Era un juego agotador, pero o jugaba a él o me sentía como una marioneta.

Hattie no le había contado a nadie lo de mi obediencia. Cuando tenía una orden para mí me citaba en el jardín después de la cena, para que nadie nos pudiera oír. La primera vez me ordenó que le preparara un ramo de flores. Por suerte, no sabía que yo era la ahijada de un hada, así que escogí las flores más fragantes y después busqué por el jardín alguna hierba que me resultara útil. La flor de Eifel era una de mis favoritas. Si daba con ella a Hattie le saldría un sarpullido que le duraría una semana. No encontré ninguna porque casi todo eran hierbajos, pero cuando ya me iba vi una ramita de hierba de pantano. La coloqué junto a una rosa, con mucho cuidado, para no aspirar su aroma.

A Hattie le encantaron las flores, y al verlas hundió la cabeza en el ramo.

—Son sublimes, pero...

A medida que el perfume de la hierba de pantano hacía su efecto, la sonrisa de Hattie se fue desvaneciendo y su expresión se volvió como ausente.

—¿Dejarás de darme órdenes? —le pregunté.

Ella respondió con un susurro:

—Sólo si dejas de obedecerlas.

Había perdido una oportunidad con aquella pregunta, y no tenía ni idea de cuánto tiempo duraría el efecto de la hierba de pantano. Pero mientras durase podría preguntarle cualquier cosa a Hattie, y ella siempre diría la verdad.

—¿Qué más puede hacer que dejes de incordiarme? —pregunté rápidamente.

—Nada —respondió pensativa—. La muerte.

—¿Qué órdenes tienes preparadas?

—Las pienso sobre la marcha.

—¿Por qué me odias?

—Porque no me admiras.

—¿Tú me admiras a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres guapa y valiente.

¡Me envidiaba! Yo no salía de mi asombro.

—¿Qué te da miedo?

—Los ogros, los bandidos, ahogarme, ponerme enferma, escalar montañas, los ratones, los perros, los gatos, los pájaros, los caballos, las arañas, los gusanos, los túneles...

La corté, parecía que tenía miedo de casi todo.

—¿Cuál es tu mayor deseo?

—Ser reina.

«Serías la reina de los conejos —pensé—. Y yo la única que te obedecería».

Su rostro fue cambiando poco a poco hasta volver a tener aquella expresión maliciosa que la caracterizaba. Intenté que respondiera una nueva pregunta.

—¿Qué secretos escondes?

No contestó, sino que se limitó a agarrar un mechón de mi pelo. Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo mirando las flores, pero sin volver a olerías—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Qué doncella tan buena la que me ha traído este hermoso ramo! —Después frunció el ceño—. Pero este perfume no es agradable, llévatelo.

Retiré la hierba de pantano, la tiré al suelo y la pisoteé. Si lo hubiera pensado bien le habría preguntado de qué modo podía derrotarla.

Hattie solía ordenarme que hiciera para ella tareas rutinarias. Yo pensaba que

carecía de la imaginación suficiente para idear cosas que no fuesen cepillarle la ropa, limpiarle las botas, darle masajes en el cuello cuando le dolía, etc. Algunas veces me obligó a ir a escondidas hasta la despensa, a buscar galletas para ella. Y una vez tuve incluso que cortarle las uñas de los pies.

—¿Te frotas los pies con agua y sal? —pregunté tratando de no ahogarme con aquel olor.

Yo me vengaba siempre que podía. Buscaba arañas y ratones en la bodega de *Madame* Edith y los ponía en la cama de Hattie. Por la noche permanecía despierta, esperando aquel chillido que tanto me satisfacía.

Y así fueron pasando los días. Hattie me mandaba hacer cosas y yo me vengaba como podía, aunque ella siempre tenía las de ganar.

Areida era mi único consuelo. Comíamos y cosíamos juntas, y formábamos pareja en la clase de baile. Yo le contaba cosas de Frell, le hablaba de Mandy y de Char. Ella me contaba cosas de sus padres, que tenían una posada. No eran muy ricos, y aquélla era una de las razones por las que las demás la menospreciaban. Cuando dejara la escuela usaría sus conocimientos para ayudar a su familia.

Yo nunca había conocido a una persona tan amable y atenta. Cuando Julia, la chica alta, comía demasiada uva y le sentaba mal, Areida la cuidaba durante toda la noche, mientras que sus amigas dormían profundamente. Yo la ayudaba, pero sobre todo lo hacía por Areida, pues mi carácter era más rencoroso.

Una tarde, en el jardín, empecé a hablarle a Areida acerca de mamá.

—Antes de que muriera solíamos trepar a árboles parecidos a éste —le explicaba apoyando mi mano en la rama baja de un roble—. Subíamos y permanecíamos lo más quietas posible. Entonces lanzábamos ramitas y bellotas a los que pasaban por debajo.

—¿Qué le pasó a tu madre? —preguntó Areida—. Aunque si no quieres no hace falta que me lo cuentes.

A mí no me importó contárselo. Cuando terminé Areida cantó una canción de duelo de Ayorta.

*Difícil adiós,
sin ninguna esperanza de volver.*

*Triste adiós,
cuando el amor se ha ido.*

*Largo adiós,
hasta que la muerte muera.*

Pero el ser perdido sigue contigo.

*Su ternura te da fuerzas,
su alegría te anima,*

su honor te purifica.
Más que un recuerdo,
el ser perdido se encuentra de nuevo.

La voz de Areida era dulce como el almíbar y preciosa como el oro de los gnomos. Derramé muchas lágrimas, que fluyeron desde mis ojos como si fueran agua de lluvia.

—Tienes una voz muy bonita —le dije cuando pude volver a hablar.

—Nosotros, los de Ayorta, somos buenos cantantes, pero la profesora de música dice que mi voz es demasiado fuerte.

—Pues la suya es fina como un hilo. La tuya es perfecta.

Sonó la campana que nos avisaba de que debíamos ir a dormir.

—¿Tengo la nariz roja de tanto llorar? —le pregunté.

—Un poco.

—No quiero que Ha..., que nadie me vea así. Me quedaré aquí un rato más.

—La profesora de buenos modales se enfadará.

Me encogí de hombros.

—Bueno, sólo dirá que mi actitud avergonzaría al rey.

—Me quedaré contigo y te avisaré cuando tu nariz deje de estar colorada.

—Ten cuidado de no quedarte bizca —dije, e hice una mueca con los ojos.

Areida se rio.

—No lo haré.

—La profesora de modales nos preguntará qué hacemos aquí —comenté riendo.

—Le responderé que estaba mirando tu nariz.

—Y yo le diré que la estoy arrugando.

—Se preguntará qué diría el rey de nuestro comportamiento.

—Le diremos que la reina mira al rey cada noche mientras él arruga siete veces la nariz.

Volvió a sonar la campana.

—Tu nariz ya no está colorada —dijo Areida.

Corrimos hacia la casa y encontramos a la profesora de buenos modales en la puerta, que ya se disponía a ir a buscarnos.

—¡Jovencitas! Vayan a su habitación. ¿Qué diría el rey si las viese?

En el vestíbulo, todavía riendo, nos encontramos a Hattie.

—¿Qué, pasándolo bien?

—Sí —respondí.

—Bueno, no te molestaré ahora, Ela, pero mañana nos encontraremos en el jardín.

—No debes juntarte con gente que no sea de tu posición, como por ejemplo esa chica de Ayorta —dijo en nuestra cita.

—Areida tiene mucha más categoría que tú. Y además, yo elijo a mis amigos.

—¡Ay, querida! Odio causarte pesar, pero tienes que romper tu amistad con Areida.

Hattie volvió a entrar en la casa y yo me quedé fuera, observando cómo se iba y odiando sus andares, una horrible combinación de pasos pequeños y movimiento de caderas. Se detuvo a recoger una flor, la levantó y la olió con afectación, sabiendo que yo la veía.

Me senté en un banco con la mirada fija en el camino de gravilla. A veces había imaginado los castigos que Hattie me podía llegar a infligir, pero nunca sospeché algo así. Había llegado a imaginar heridas y tristezas, pero nunca aquella clase de dolor.

Cuando llegué a la habitación allí estaba Areida, lista para nuestra la clase de ayortano. Me fui directa a mi mesa, no podía mirarla a los ojos.

¿Habría alguna forma de dejar de ser su amiga sin hacerle daño? Podía fingir que no era capaz de hablar, pero como ella era mi amiga intentaría comunicarse por signos, lo cual resultaría incluso divertido. Aquella estrategia no me servía, ya que así no dejaríamos de ser amigas. Además, cuando cualquier profesora me dijera «Habla, Ela» tendría que hacerlo, y entonces Areida descubriría que era capaz de hablar.

Podía explicarle que había prometido permanecer sola. Pero no entendería que hubiese decidido una cosa así.

¡Ojalá mamá no me hubiera prohibido contar lo de mi hechizo! Si se lo explicaba a Areida significaría una muestra de amistad, pero mi promesa a Hattie no me permitía hacerlo.

Sonó la campana para ir a dormir. Yo había vuelto a llegar tarde, pero aquella noche no estaba como para bromear con Areida sobre mi retraso. Ella se sentó en mi cama, mientras terminaba una carta para la profesora de lengua.

—¿Dónde estabas? He estado repasando el imperativo —comentó.

—Estoy cansada —dije, sin responder a su pregunta.

Yo debía parecer realmente cansada, o preocupada, porque Areida no insistió. Se limitó a darme unos golpecitos cariñosos en el brazo y a decir:

—Puedes estudiar el imperativo mañana.

Una vez en la cama no quise dormir, sino saborear las pocas horas que me quedaban antes de herir a mi amiga. «Duerme, Areida. Sé mi amiga por una noche más», pensé. Tenía por delante una larga vigilia. Saqué mi libro mágico y lo abrí por una carta de *Madame Olga* a sus hijas.

Mis queridas niñas:

Vuestra pobre madre está desolada sin vuestra compañía.

Fui a una fiesta de palacio la noche pasada. Llevaba mi vestido de tafetán de color vino y mi collar de rubíes. Pero todo fue en balde; los asistentes eran poco interesantes. El rey Jerrold no estaba, aunque si asistió el príncipe Charmont.

El encantador *sir* Peter tampoco fue. Estaba desolada. Me enteré de que estaba fuera en viaje de negocios y que estaba ganando mucho dinero. Deseo que todo le vaya bien, y poder ser la primera en saludarle cuando vuelva.

La carta continuaba durante tres páginas más, describiendo el calendario social de *Madame* Olga y su vestuario. Al final de la carta pareció recordar que tenía hijas y volvió a dirigirse a ellas.

Espero que ambas comáis bien para conservar vuestra fortaleza. Olive, por favor, no te comas las flores de *Madame* Edith. Si te pusieras enferma o te murieras, me sentiría muy afligida. Hattie, espero que hayas encontrado una criada de confianza para que te peine. *Madame* Edith me prometió que se ocuparía del tema.

Espero también que ambas hayáis aprendido mucho. Pero no os canséis demasiado, queridas. Si podéis cantar y bailar con gracia, comer delicadamente y coser un poco, seréis unas perfectas damas y yo estaré orgullosa de vosotras.

Bueno, pequeñas, el coche ya ha llegado. Llevo un llamativo vestido de seda de color limón. ¡Me voy volando!

Vuestra querida madre,

Madame Olga

¿Por qué necesitaría Hattie una criada de confianza para que la peinase? Entonces comparé el exuberante cabello de Hattie y el de su madre con los finos rizos de Olive, y recordé que Hattie me tiró del pelo después de oler la hierba de pantano. Me reí sola. Acababa de descubrir lo que pasaba: ¡Hattie y su madre llevaban pelucas!

«Gracias, *Madame* Olga, no pensaba que iba a reírme tanto esta noche», pensé.

Pasé la página. En el dorso había una ilustración de un potrillo de centauro: era *Manzana*. Estaba segura de que era él. Acariciaba con el hocico a un joven, que debía de ser Char. Se trataba de un potrillo realmente hermoso. Su piel era de color marrón y su crin, canela, al igual que la estrella irregular que tenía en el pecho. Flaco y patilargo, había nacido para correr, a pesar de que era todavía demasiado joven para poder sostener a un jinete. ¿Llegaría a ser mío algún día?

En la página de la derecha había una carta de Char a su padre.

Querido padre:

Espero que cuando recibas esta carta estés sano y salvo. Mi madre, mi

hermana y mis hermanos están bien de salud, al igual que yo.

Desde que recibí instrucciones de seguirte estoy muy agradecido por la confianza que has depositado en mí. Los caballeros que has elegido para acompañarme son gente valiente y soportan con buen humor estar bajo el mando de un joven como yo. Mi madre está preocupada, pero yo siempre le digo que ellos no permitirían que sufra ningún daño.

En realidad, padre, estoy tan emocionado con la idea de cumplir mi primer deber militar (aunque sólo se trate de pasar revista a las tropas fronterizas) que no escucho demasiado a mi madre. ¿Quién sabe?

Quizá los ogros realicen alguna incursión y haya alguna escaramuza. No temo ser herido, sólo me preocupa no desempeñar con éxito mi misión.

«¿Escaramuzas con ogros! ¿No será eso peligroso?», me dije.

Char describía a continuación la visita de una delegación comercial, y hablaba del mismo baile al que había asistido *Madame Olga*, aunque él no mencionaba qué traje había llevado.

Casi al final de la página aparecía mi nombre.

Estoy amaestrando un potrillo de centauro para una chica que conozco. Su madre es la difunta lady Estela. Admiro a su hija, Ela, pero la han enviado a una escuela de señoritas, de donde temo que vuelva menos maravillosa que antes. ¿Qué deben de enseñar en esos sitios? ¿A coser y a hacer reverencias? Es absurdo que haya que ir tan lejos para aprender esas tonterías inútiles.

¿Dejaría de gustarle, ahora que ya no era tan torpe? Nunca había disfrutado siendo un pequeño elefante, pero de pronto me arrepentí de haber dejado de serlo.

¿Volvería Char sano y salvo, o se convertiría en comida de ogros?

En la página siguiente había una carta de papá a su administrador.

Querido James:

El coche del correo casi nunca se acerca al bosque de los elfos, pero hoy sí ha venido. Estoy todavía con ellos. Los negocios no van demasiado bien. No tienen muchas cosas para intercambiar, ya que sólo me muestran piezas de Agulen, y nada de lo que les ofrezco yo les tienta. El jefe de los comerciantes, Slannen, sabe poco de hacer tratos. Me ha ofrecido tres vasijas a cambio de una cazuela de cobre de los gnomos, y lo mismo a cambio de una sencilla flauta de madera.

Durante las tres páginas siguientes comentaba sus pactos y ventas, y terminaba hablando de sus planes.

Voy a ir a la granja de Uaaxee. Recordarás que la giganta me confió su cosecha de rábanos el año pasado. El 15 de octubre casará a su hija y tengo que estar allí. Me gustará presenciar una boda de gigantes, parece ser que el ritual es muy peculiar. Además asistirán varias hadas a las que tengo ganas de conocer. Dicen que una boda o un nacimiento no se celebra sin la presencia de al menos un hada. Si pudiera convencer a alguna para que se diera a conocer, quizá consiga alguna chuchería mágica de las que ellas hacen.

Tragué saliva. Mi boca estaba seca. Mandy nunca me había contado que a las hadas les gustaran las bodas y los nacimientos. Sin embargo, estaban presentes cuando yo nací. Quizá Lucinda fuese a la boda de los gigantes. Era la primera vez que sabía dónde podía encontrarla y hacia dónde tenía que dirigirme. Tal vez estaría de buen humor, especialmente si había realizado algún hechizo bien intencionado, aunque luego le hubiese salido horrible. Quizá le apetecería romper mi encantamiento si yo se lo pedía.

Le había prometido a papá que iría a la escuela, pero no que me quedaría en ella, así que podía marcharme cuando quisiera. Además, si me iba no tendría que obedecer las órdenes de Hattie. Areida continuaría pensando que éramos amigas, y si yo tenía éxito con Lucinda no tendría que romper nuestra amistad. ¿Estaba muy lejos la granja de Uaaxee? Faltaban menos de dos semanas para la boda. ¿Podría llegar a tiempo?

Pasé a toda velocidad las páginas de mi libro, esperando encontrar un mapa. Por fin hallé uno, que resultó ser el mismo que había visto cuando nos dirigíamos hacia la escuela, de modo que no me servía de nada.

«No importa. Encontraré la dirección como sea», me dije.

En cinco minutos mi maletín estuvo lleno con lo esencial: el tónico, el libro mágico, mi diccionario, un chal y alguna cosa más. Miré a Areida durante largo rato, mientras dormía, y después me fui. Me detuve en la puerta de la habitación «margarita» y entré. Me acerqué sigilosamente a la cama de Hattie. Fruncía el ceño y murmuraba algo. Sólo entendí una palabra: «real». Su peluca estaba ladeada. Como había aprendido a ser muy sigilosa pude quitársela sin despertarla. ¿Y entonces qué?, ¿qué haría con ella? Si la tiraba a las brasas el olor podría despertar a alguien. La podía poner sobre la cabeza del gato chino que adornaba la repisa de la chimenea, pero si Hattie se despertaba pronto la recuperaría sin que nadie la viese. Lo mejor era llevármela como trofeo.

Me deslicé como una sombra por la casa, que dormía en silencio. Una vez en el jardín, dije adiós con la mano a los árboles que también dormían. Mientras caminaba, fueron apareciendo los primeros destellos de luz en el cielo. A las afueras de Jenn hice la primera compra del día al panadero: dos pastelillos de grosella y dos rebanadas de pan del viajero. Todo a cambio de la peluca de Hattie, que le pareció la más bonita que jamás había visto. Dijo que no había oído hablar de Uaaxee, pero que creía que hacia el norte había varias granjas de gigantes.

—He oído que hacen unas galletas tan anchas como mi cintura —comentó.

Después dibujó un mapa con la harina que había sobre la tabla de amasar. El camino se bifurcaba después de Jenn. El de la derecha llevaba de vuelta a Frell y el de la izquierda era el que yo debía seguir para alcanzar mi primera meta: el bosque de los elfos. Después llegaría a otra encrucijada, donde no debía tomar el camino de la izquierda porque llevaba a la tierra de los ogros. El de la derecha era el que conducía a las granjas de los gigantes.

Cuando las vacas fueran más grandes que los establos significaría que ya estaría cerca de mi destino.

Según aquel mapa no parecía que la granja de Uaaxee estuviese muy lejos. Mis dedos podían recorrer la distancia en un periquete. El panadero calculó que el viaje debía de durar entre cinco y seis días en coche.

—¿Cuánto tiempo tardaré si voy andando?

—¿Andando? —dijo antes de soltar una carcajada—. ¿Andando? ¿Tú sola? ¿Con ogros y bandidos merodeando por los alrededores?

Pasado Jenn anduve paralela al camino para que nadie me descubriese. No temía que *Madame* Edith hubiera salido en mi busca, pues estaba segura de que ocultaría mi desaparición el mayor tiempo posible y que esperaría mi regreso. Me convencí de que el miedo del panadero a los ogros y a los bandidos era exagerado, y de que un viajero solitario no era una presa que realmente valiera la pena. Sin embargo, debía desconfiar de los extraños; era necesario a causa de mi hechizo.

Me preguntaba si me encontraría con Char, que seguramente iba de camino hacia los pantanos. Me gustaba pensar que él estaba cerca, aunque no tenía ni idea de si estaba por delante de mí, por detrás, o ni tan siquiera de si seguía la misma ruta que yo. Ya consultaría más adelante mi libro mágico, a ver si me proporcionaba alguna información.

El camino no estaba muy transitado, y me sentía tan feliz de haberme escapado que no tenía miedo. Estaba libre de órdenes. Si quería comer mi desayuno bajo un arce, y ver cómo crecía el día bajo sus ramas, podía hacerlo, y de hecho lo hice. Si quería saltar, brincar o correr, y deslizarme sobre las hojas mojadas por el rocío, podía hacerlo, y también lo hice. Y cuando me apetecía silbaba o recitaba poemas que inventaba sobre la marcha. Pasé dos días estupendos de aquella forma, los mejores

desde que había muerto mamá. Vi un ciervo y liebres, y un día, a la hora del crepúsculo, juraría haber visto un ave fénix elevándose dejando tras de sí una estela de humo.

Al tercer día empecé a perder la esperanza de llegar a la boda a tiempo, ya que ni siquiera había alcanzado el bosque de los elfos. Para tener alguna oportunidad de llegar a la boda debería haber pasado por el bosque el segundo día. Aunque existía la posibilidad de que el panadero se hubiera equivocado respecto a la distancia entre el bosque y la tierra de los gigantes. Quizá los dos lugares estaban más cerca entre sí de lo que él había calculado.

Al cuarto día terminé mi último bocado de pan. El paisaje había cambiado; grandes extensiones de arena y de matorral aparecieron ante mis ojos, y entonces empecé a perder la esperanza de llegar a tiempo. No estaría allí ni para cuando los esposos celebrasen su primer aniversario de boda.

Al quinto día temí estar condenada a vagar por aquellos desiertos hasta perecer; al sexto empecé a ver más árboles, pero estaba tan aturdida por el hambre que no me di cuenta de lo que aquello significaba. Estaba buscando zanahorias silvestres para comer cuando de pronto vi una sombra, algo que se movía entre los troncos. ¿Sería un ciervo? ¿Tal vez un arbusto andante? Al cabo de un instante pude verlo bien: ¡era un elfo!

—*Kummeck ims powd* —dije, que en élfico quiere decir «Sol y lluvia», o lo que es lo mismo: «Hola».

—*Kummeck ims powd* —contestó lo que resultó ser una elfa, que se acercó indecisa. Su traje estaba hecho de un tejido moteado, con un estampado que imitaba las hojas caídas—. ¿Hablas élfico?

—*Yun gar* («Un poco») —respondí tratando de sonreír, pero como su expresión era tan solemne no pude.

—*Affencb poelf* —preguntó.

—*Dok ench Ela, jort hux sir Peter hux Frell* —respondí, esperando que conociera a papá.

—Sir Peter. Watilllen —dijo en tono brusco. Se acercó y me miró fijamente.

Sostuve su mirada esperando no parecer demasiado *wattill*, es decir, «astuta».

Sus ojos me observaron con atención. Estuve segura de que podía averiguar cada uno de mis malos pensamientos, de que sabía que le había quitado la peluca a Hattie y sabía lo mal que me había portado con las profesoras, y también que no me había bañado desde que dejé Jenn.

—*Mund len* —dijo sonriendo y me tomó de la mano. Sus dedos eran como de cera, tenían el tacto de una hoja—. No eres como tu padre.

Me condujo ante Slannen, que era el jefe de los comerciantes y hablaba fluidamente mi idioma. Resultó ser el mismo elfo al que se refería papá en su carta. Él me confirmó que el mapa del panadero era correcto. Yo no hablé mucho, pero mi cara debía mostrar lo preocupada que estaba.

—¿Vas a encontrarte con tu padre en la granja de los gigantes? —preguntó.

—Sí. Pero no le busco a él.

—Buscas a otra persona entre los gigantes, ¿no es así? —dijo escrutando mi rostro con sus ojos de color ámbar.

—Sí, alguien a quien es necesario que vea. A quien debo encontrar.

Slannen me dio unas palmaditas en el brazo.

—Los elfos te ayudarán. Pero eso será mañana, hoy debes pasar la noche con nosotros. Serás nuestra invitada —concluyó mientras sonreía, mostrando sus dientes de color verde pálido.

Le devolví la sonrisa, ya más tranquila, y me pareció curioso que una sonrisa de color verde pudiera resultar tan reconfortante.

Los elfos eran más o menos de mi estatura. Su pelo era como el musgo, y su piel verde tenía tonos anaranjados a causa de la proximidad del otoño; era imposible que provocasen miedo a nadie.

—Y ahora, por favor, únete a nosotros para cenar.

Me senté a la mesa con doce elfos que sabían sólo un poco de kyrrian. Pero con mis escasos conocimientos de élfico, con gestos y con risas llegamos a entendernos.

La cena estaba compuesta exclusivamente por alimento líquido. El aperitivo consistía en una sopa de chirivía al limón, de primero tomamos una sopa de tortuga y cebada, de segundo una sopa de menestra de verduras crudas y de postre zumo de frutas. Todo estaba delicioso, a pesar de que mi mandíbula hubiera deseado algo más sólido. Cuando terminamos de comer, Slannen comentó que a los elfos les gustaba irse a dormir en cuanto se ponía el sol, y dijo que me acompañaba hasta mi lugar de descanso.

Pasamos junto a la guardería de los elfos, donde había grupos de pequeñas hamacas colgadas de los árboles, como si fueran racimos de uva. Dos elfos adultos, uno que tocaba la flauta y otro que cantaba, se dedicaban a pasar junto a los pequeños, y de vez en cuando el que cantaba mecía suavemente las hamacas.

Cuando llegamos al roble del que pendía mi hamaca pedí un farol para poder leer.

—¿Qué mejor libro que el sueño, cuando el sol se esconde? —comentó Slannen, mientras le traían una luz.

Desde que Hattie me había quitado el collar tenía miedo de enseñar el regalo de Mandy, pero en aquel caso no dudé. Lo saqué de mi maletín y se lo mostré.

Slannen lo abrió.

—*El carpintero y los elfos* —leyó. El libro había vuelto al primer cuento. Slannen soltó una carcajada y exclamó—: ¡Qué pequeñitos somos aquí! ¡Si cabemos dentro de un zapato!

Ojeó el resto del libro, admirando las ilustraciones y leyendo un poco de aquí y un poco de allá. Después volvió al principio, pero el cuento de los elfos ya había desaparecido; en su lugar encontró una historia de una morsa y un camello.

—¡Es mágico! —exclamó—. Es precioso, y debe de consolarte mucho —

comentó al devolvérmelo—. Pero no leas hasta muy tarde, mañana te espera un largo viaje.

Después de leer dos cuentos apagué la luz. La noche aparecía clara, mi techo era el cielo y la luna creciente. Me moví para que la hamaca se meciera y al rato me dormí.

Por la mañana Slannen me pidió que mostrara el libro a los demás elfos. Para ellos aparecía escrito en élfico. Estaban encantados, y se hubieran pasado todo el día leyéndolo, pero Slannen no les dejó.

—Ha sido un placer conocerte —dijo—. Ahora nosotros también queremos ofrecerte algo hermoso.

Colocó varios paquetes, envueltos en hojas de roble, sobre la mesa que usaba para mostrar las mercancías, y a continuación empezó a desenvolverlos.

—¿Los ha hecho Agulen? —pregunté al ver parte de una pieza de barro.

—De modo que has oído hablar de él —dijo Slannen complacido—. Sí, los ha hecho Agulen.

Lo primero que me mostró fue un plato de nuez. Tenía forma de centauro, y aunque estaba sobre la mesa parecía moverse. Más que moverse, el centauro era el movimiento mismo. Su cabeza contra el viento; sus patas delanteras acariciando el aire; su crin y su cola ondeando, y sin moverse (aquella era la técnica de Agulen) sus patas traseras parecían golpear el suelo.

Después me mostraron un cubo para el carbón con forma de dragón; sus colores naranja y dorado relucían, y la llama que había bajo sus pies hacía que brillara el aire a su alrededor. Tenía miedo de quemarme si lo tocaba.

Pero la pieza que más me gustó fue una copa cuya base tenía forma de busto de lobo, con la cabeza hacia arriba y la boca en forma de o, como si estuviese aullando. El animal estaba tan bien moldeado que se podía apreciar cada uno de los detalles de su pelaje. Allí donde terminaba la copa empezaba el fuerte lomo del lobo. Imaginé el resto del animal: sentado pero con todo el cuerpo en tensión, con una excitación que le recorría todo el cuerpo.

Me fascinó su aullido, era como si lo pudiera oír y sentir: largo y triste, desconsolado y doloroso, lleno de añoranza por lo que fue y no volvería ya a ser nunca más.

—Es precioso. Todas las piezas lo son. No parece que las haya creado nadie, sino que hayan nacido por sí mismas.

Slannen empezó a envolverlas de nuevo. Yo no quería que se las llevara.

—Por favor, envuelve esta copa la última —dije acariciando el hocico del lobo.

Cuando terminó, Slannen me ofreció el paquete que contenía aquella figura:

—Es para ti.

Papá me había explicado que un Agulen era algo muy valioso.

—No puedo aceptar este regalo tan preciado —respondí usando los buenos modales que había aprendido en la escuela, pero la verdad es que mis manos no

podían apartarse del paquete.

—Quédatelo —dijo Slannen sonriendo—. De vez en cuando regalamos piezas a la gente que sabe apreciar su valor.

—Gracias.

—No llores —me pidió ofreciéndome un pañuelo verde. Me miraba con aprecio—. *Sir Peter* es un hombre ingenioso y un negociante astuto, pero si hubiera admirado nuestras piezas como tú lo has hecho habríamos sido más espléndidos, y se las hubiéramos intercambiado por las suyas.

—Una vez me dijo que erais los mejores alfareros.

—Tendría que habérselo dicho. Solía preguntar: «¿Cómo puedo cambiar una olla de cobre gnómica por estas dos vasijas sin valor?». En lugar de eso tendría que haber dicho: «El artesano nunca compara», y hubiéramos sido más generosos.

¡Y pensar que papá creyó que Slannen era un mal negociante!

Cargaron un *pony* con mi regalo y con comida suficiente para llegar hasta mi destino. Aquello era otro ejemplo de generosidad élfica, aunque el *pony* sólo fuera prestado.

—*Vib olpess waddo* —dijo Slannen cuando me iba. Significaba «Ve por la sombra»—. Con un poco de suerte llegarás a la tierra de los gigantes en tres o cuatro días.

Pero si algo no tuve fue suerte.

A la mañana siguiente de haber dejado a los elfos, un ogro me despertó golpeándome con un palo.

—¡Despierta, desayuno! ¿Cómo quieres que te coma, un poco cruda, al punto o crujiente?

Me rodeaban ocho ogros.

—Sólo te dolerá un ratito —dijo el ogro que me había despertado con un golpe en la mejilla—. Suelo comer muy deprisa.

Miré a los otros, en un intento vano de encontrar una cara amable. Vi mis alforjas a pocos metros, junto a un montón de huesos. ¡Huesos! ¿De quién serían? No quería ni pensarlo, pero enseguida comprendí que eran del *pony*. Entonces tragué saliva, me entraron náuseas y me puse a devolver. Cuando terminé el ogro me escupió. Su saliva me quemaba la mejilla; me la quité con la mano y también ésta empezó a arderme.

—*forns uiv eMMong FFnOO ehfnushOOn* —gruñó. Significaba algo así como que yo tendría sabor amargo durante horas. Sabía suficiente ógrico como para entender casi todo lo que decían y para saber que no me trataban como a una persona sino como a una cosa.

Una de las mujeres intervino. Pensé que se trataba de una hembra porque tenía menos barba y era más baja que el otro, que parecía ser un macho. Le llamaba SEEf, y le preguntó si pensaba comerme él solo, a lo que el ogro respondió que él me había capturado y por lo tanto le pertenecía. De todas formas, añadió, no habría suficiente para todos. Y además ya había dejado que todos comieran del *pony*. Ella le respondió que el *pony* se lo habían comido la noche anterior y volvían a tener hambre, y que él siempre encontraba mil razones para no compartir nada. Que no le importaba si toda la tribu se moría de hambre, siempre y cuando él tuviera su recompensa especial.

Entonces la pareja de ogros se enzarzó en una pelea, y enseguida acabaron rodando por el suelo, mientras el resto los contemplaba.

Aproveché la confusión para buscar un lugar donde esconderme. No muy lejos de allí había un árbol bajo, todavía cubierto de hojas. Pensé que si podía llegar a él y encaramarme, quizá no se les ocurriría mirar hacia arriba cuando me buscasen.

Miré a ambos lados. Los combatientes se tiraban del pelo, se mordían y gritaban.

Cuando estaba a medio camino del árbol, uno de los ogros gritó:

—¡Se está escapando, SEEf!

La pelea terminó inmediatamente.

—¡Detente! —me ordenó SEEf en kyrrian.

Intenté avanzar unos pasos, pero mi hechizo no me dejó ir más allá.

SEEf se sacudió el polvo, aunque seguía igual de sucio, y dijo en ógrico:

—Mira qué obediente es. No hace falta ser persuasivo. Ella misma se metería en la cazuela si se lo mandase.

Estaba en lo cierto. Si me lo hubiera ordenado me habría metido en la sartén. Me

quedé quieta, simulando no entender qué decían.

Después de discutirlo, decidieron llevarme con ellos. Esperaban cazar otras presas en el camino, y entonces nos comerían a todos a la vez.

Permitieron que me llevara mis alforjas y mi maletín. SEEf preguntó si tenía algo de comer en ellas y se puso muy contento cuando le dije que sí. Pero cuando abrieron las fiambreras de los elfos escupieron asqueados.

—*lahlFFOOn! ruJJ!* («¡Verduras! ¡Pescado!»). —Los ogros hablaban de esas comidas como si fuesen venenosas.

SEEf se rascó la cabeza y dijo:

—No sé cómo puede comer esas cosas y seguir teniendo buen sabor.

—Quizá no sepa bien. De hecho, no nos la hemos comido todavía —comentó el ogro que había avisado de mi huida. Era más joven que los otros, aproximadamente de mi edad.

Nos pusimos en marcha. Avanzábamos deprisa, como si fuéramos a caballo. Yo iba montada en los hombros de SEEf, sujetándome a su pelo grasiento. Ibamos en dirección contraria a la granja de Uaaxee, por el camino por el que yo había venido. Pensé que los ogros trataban de llegar al cruce para luego seguir hasta sus pantanos. No importaba. ¿Qué diferencia había entre que me devorasen a diez o a cuarenta millas de mi destino?

No encontramos a nadie en el camino, las colinas que atravesábamos estaban deshabitadas y los ogros empezaron a quejarse.

—La chica se vuelve más pesada a medida que avanzamos.

—A lo mejor trae mala suerte.

—Deberíamos comérmola esta noche y buscar más presas mañana.

Me miraban con envidia mientras me tomaba la sopa de los elfos. Yo misma me sorprendía de que pudiera comer, pero estaba hambrienta. Les ofrecí un poco, y su respuesta fue un estremecimiento colectivo.

—A lo mejor os gusta —les dije—. A lo mejor os dais cuenta de que preferís el brócoli a la carne y las legumbres a las piernas.

Aquella idea les hizo reír. El más joven le dijo a SEEf en ógrico:

—Quizá tendríamos que conocer mejor a nuestras presas. Esta sabe contar chistes.

—No te encariñes con ella —le advirtió SEEf.

Después de cenar el joven ogro se sentó a mi lado:

—No debes tener miedo —dijo.

—¿No?

—Mi nombre es NiSSh. ¿Y el tuyo?

—Ela.

—Mi padre se llama SEEf. Él puede convencerte de que no te haremos daño; yo todavía no sé suficiente. No nos gusta que la gente esté preocupada —dijo tocando mi brazo amablemente.

Me sentí mejor. No podía remediarlo, pues su voz era muy reconfortante.

—Debes de estar muy cansada, después de un día tan horrible.

Bostecé.

—¿Por qué no te echas aquí mismo? Yo vigilaré que no te hagan daño mientras duermes.

Parecía que no me iban a atar, así que un resquicio de esperanza se abrió en mi mente.

—Pero no huyas.

La ilusión no había durado mucho.

Me desperté a medianoche. SEEf dormía muy cerca de mí, roncando y rechinando los dientes. Los ogros hacen mucho ruido cuando duermen. Me puse en pie y me subí a la montaña que formaban sus cuerpos. Tropecé con la pierna de uno, que me dio una patada sin despertarse. Al fondo del rellano encontré mis alforjas.

Intenté escapar, pero en cuanto di unos pasos empezó mi malestar. El corazón me latía deprisa, sentía opresión en el pecho, mareo. Al cabo de unos metros me encontré arrodillada, gateando en círculos. Volví hasta el lugar en el cual mi hechizo me permitía estar tranquila.

Los ogros no tardarían en matarme. Tenía que romper aquel hechizo de alguna forma.

—El hechizo está roto —dije en voz alta, pero suave—. No necesito obedecer, NiSSh. Voy a escaparme.

Pero al momento volvía a estar otra vez de rodillas, indefensa y sollozante.

Volví a intentarlo. Traté de imitar a los ogros, de hablar con una voz tan persuasiva como me fuera posible. «¿Qué es un hechizo? —me pregunté—. Sólo palabras. Puedo huir de los ogros. Puedo hacerlo. Ningún tipo de magia me detendrá». Me puse de pie y avancé segura. Estaba moviéndome rápido, sin miedo. ¡El hechizo se había roto!

Entonces vi a SEEf de nuevo ante mí. ¡Había estado avanzado en la dirección contraria! Contuve un grito de rabia. Iba a morir muy pronto, sin haber conocido a Lucinda, sin haber podido vivir ni un segundo libre del hechizo.

Volví hasta el final de mi invisible atadura e intenté no desesperarme. Mi voz había sonado persuasiva. ¿Podría usar aquella persuasión de otra forma? ¿Podría imitar a los ogros? ¿Podría hablar con su poder de convicción?

Mi voz había sonado demasiado áspera. Necesitaba miel para endulzarla y aceite para suavizarla. Imaginé que tomaba una mezcla de ambos que recubría mi garganta.

—SSyng labFFOOn, haZZ HMMOOn. lahlFFOOn eFFuth wAAth psySSahbuSS —dije para practicar. Lo que significaba «Es mejor comer verduras que humanos, porque las verduras son más buenas». Estaba convencida de que sonaba bastante persuasivo.

Practiqué durante un par de horas y me dormí.

Me despertó NiSSh. También estaba practicando.

—Levántate, querida. Has demostrado ser muy inteligente al no intentar escapar durante la noche. Estas tierras son peligrosas. Un elfo podría atraparte.

La imagen de un elfo feroz, empuñando una espada, me vino a la cabeza.

—Venga, comámosla ahora —dijo la ogra—. No puedes comértela tú solo, SEEf. Pronto conseguiremos más comida.

—¡De acuerdo! Pero yo me quedo con una pierna —dijo apoyándose en mis hombros.

Ella asintió:

—Vale, me conformo con un brazo y una oreja.

En un momento fueron asignadas todas las partes de mi cuerpo.

NiSSh quería mantenerme viva un rato más, pero cedió cuando le ofrecieron mi cuello.

—La mejor parte —dijo acercándose a mí y dándome unas palmaditas en el cuello.

—Quiero matarla yo —dijo SEEf apartándome de NiSSh.

—¡Eres...! —chillé en ógrico.

SEEf me mostró sus dientes. Le brillaban los colmillos y babeaba.

Volví a intentarlo:

—No estás realmente hambriento, sino todo lo contrario, estás lleno. —Mi voz sonaba áspera, necesitaba más miel, más aceite. Los ogros me miraron, tan sorprendidos como si hubieran oído hablar a una piedra.

—Ya sabía que era muy inteligente —comentó NiSSh, orgulloso de mí.

—Es una lástima que tengamos hambre —dijo SEEf agachándose—. Podía haber sido una buena mascota —continuó diciendo mientras tomaba mi pierna y bajaba la cabeza hasta poner sus dientes a unos milímetros de mi muslo.

«¡Miel y aceite!», pensé.

—¿Cómo podéis comerme, si estáis hartos de comida? No podéis más. Vuestros estómagos pesan como sacos de patatas.

SEEf se detuvo.

Yo seguí diciendo:

—Os acabáis de comer a ocho señoras gordas. Si ahora me coméis os encontraréis mal. Debéis volver a dormir, dormir después de vuestra comilona...

SEEf me soltó. Y me aparté un poco.

—Estáis muy cansados. El suelo es blando, comfortable.

NiSSh se frotó los ojos y se estiró. Yo continué, dulcemente.

—Es demasiado pronto para levantarse. El día apenas ha empezado, y será un día hermoso, perezoso, un día ideal para dormir.

SEEf se sentó. La cabeza le cayó sobre el pecho.

—Podéis dormir y tener felices sueños. Mientras dormís, yo buscaré muchas cosas para comer: cerditos, humanos, elfos, elefantes, caballos...

—Avispas no, por favor —musitó NiSSh medio dormido.

Habían caído en un sueño profundo, amontonados como solían dormir, gruñendo y roncando.

Sonreí. Había utilizado sus propias armas. ¿Quién daba las órdenes ahora?

Me calmé enseguida. ¿Qué iba a hacer con ellos? ¿Cómo llegaría a la granja de Uaaxee con ocho ogros a remolque?

Mi situación no había mejorado de una forma significativa. Aún estaba viva, pero quizá no por mucho tiempo. En algún momento tendría que dormir. Ellos entonces se despertarían y se acordarían de que estaban hambrientos.

Una ramita cayó detrás de mí. Me volví y vi algo extraordinario: seis caballeros que se acercaban, arrastrando una cuerda bajo las órdenes de un joven.

¡Char!

Me saludó, pero sus ojos estaban puestos en los ogros.

Desenrolló la cuerda, se arrodilló junto a SEEf y empezó a atarle los tobillos.

Los ogros dormían profundamente, aunque no estaban inconscientes del todo. Al sentir que lo ataban, SEEf se despertó con un bramido, que se convirtió en susurro en cuanto vio a Char.

—¡Qué honor, su majestad! Pero ¿por qué está atando a un amigo? —dijo. Se incorporó y empezó a desatar la cuerda.

«No es correcto que Char encadene a un amigo», pensé, hechizada por las palabras del ogro.

Pero el príncipe apartó las manos de SEEf, sin hacer caso a lo que decía, y volvió a apretar la cuerda. ¿Cómo podía ser tan cruel?

Los caballeros habían empezado a atar a los demás ogros, que también se resistían.

SEEf volvió al ataque:

—Príncipe, yo sacrificaría mi vida por ti, y tú me tratas rudamente.

Char seguía sin prestarle atención. Observé medio atontada que SEEf se desataba los pies y Char perdía el control de la cuerda.

El ogro se levantó y sacudió un pie para deshacerse de su atadura.

Los caballeros tampoco lograron atar a los ogros. Mirases donde mirases había pelea. Un ogro se arrodilló sobre un caballero que yacía en el suelo e intento hundirle los dientes en el hombro. El caballero rodó sobre su espalda y ganó unos segundos, pero el ogro volvió a atacarle.

Char se puso en pie, desenvainó su espada y se dispuso a enfrentarse a SEEf. A continuación me dijo, en voz muy alta:

—¿Puedes domarlos de nuevo, Ela? Si no, corre y sálvate.

La pregunta despertó mi ingenio.

—SEEf, NiSSh, queridos ogros —dije en su idioma—. ¿Por qué queréis destruir a vuestros benefactores? Tienen comida buena para vosotros, pero no os la pueden dar hasta que les obedezcáis.

Los ogros dejaron de arañar, morder, golpear, embestir y dar patadas y me miraron confiados.

—¿Querriáis saber de qué comida se trata? —pregunté.

—Sí, por favor —contestó SEEf.

—La recompensa que tienen para vosotros es una docena de bebés de gigante, de sólo seis meses de edad.

Los ogros se sonrieron los unos a los otros.

—Pero estos amigos no os pueden ofrecer un festín así si antes no os dejáis atar y amordazar. Cuando os traigan vuestra comida os quitarán las ataduras. Es mejor que os sentéis, y que mantengáis quietos brazos y piernas. No os harán daño.

Sólo NiSSh permaneció de pie, aturdido.

—Siéntate —le ordenó SEEf.

NiSSh obedeció. Maniatar y amordazar a los ogros llevó poco tiempo. Una vez atados, los ogros parecían contentos.

—Ela... —dijo Char haciendo una profunda reverencia. Parecía más alto que la última vez que le había visto—. ¿Cómo has conseguido amansar a los ogros? —preguntó en voz muy alta.

—He aprendido lenguas, y...

—No puedo oírte. Oh, lo había olvidado —dijo sacándose algo de los oídos. ¡Era cera de abeja!

—Ahora entiendo por qué no te afectaba la magia de los ogros.

—Siempre que vemos ogros nos ponemos cera en los oídos —añadió—. Lo peligroso es que nos pillen desprevenidos.

Char me contó que uno de los caballeros había ido a explorar y me había visto.

—Cuando volvió dijo que había encontrado un grupo de ogros que estaba a punto de comerse a una muchacha, y que cuando ella se puso a hablarles se quedaron dormidos. ¿Cómo lo hiciste?

—Les hablé de la escuela de señoritas y empezaron a roncar.

—¿De verdad? —dijo Char mirándome fijamente. Después se echó a reír.

Era fantástico hacerle reír. Mis bromas siempre le sorprendían.

—Pero ¿cómo lo lograste? —insistió.

—Les hablé en ógrico, imitando su manera dulce de hablar. No sabía si lo conseguiría. Ya se habían repartido cada una de las partes de mi cuerpo. Sabía quién iba a comerse cada una de ellas. SEEf, aquel de allí, quería mi pierna.

—¿Cómo te atraparon?

Le conté que había huido de la escuela.

—Me atraparon cuando dejé a los elfos. Se comieron al *pony* que me dieron —dije sintiendo un estremecimiento.

—¿Era tan aburrida la escuela como para que decidieras escaparte? —preguntó.

—Era aburridísima, y fíjate en qué me han convertido. Ya no puedo romper una vajilla por accidente. Ahora puedo llevarla sobre mi cabeza y pasear por todo Frell sin que se me caiga ni una pieza. He aprendido muchas cosas.

—¿Y estás contenta de haberlo hecho? —preguntó alarmado.

Asentí solemnemente. Quería hacerle reír otra vez.

—¿Quieres saber más cosas?

Él se encogió de hombros, no parecía gustarle mucho el tema.

Sin embargo yo seguí:

—Para empezar, puedo enseñarles a estos ogros palurdos cómo se come correctamente —dije al tiempo que me sentaba sobre una roca—. Mira. —Desplegué una servilleta imaginaria, la sacudí en el aire y la puse sobre mi falda.

—Muy propio de señoritas —dijo Char galantemente.

—Se debe sacudir la servilleta dos veces. Eso es esencial.

—¿Por qué?

—Por los ratones.

Char sonrió.

—No hay ratones en las servilletas de la corte. Quizás estés pensando en arañas.

—¡Oh, el príncipe llevando la contraria a una dama! —dije mientras levantaba un tenedor imaginario y empezaba a cortar un trozo de comida, también imaginario.

—Esa carne está dura. Tienes que aleccionar a los cocineros.

—No creas, ha de ser así. ¿Sabes por qué?

—No, dímelo tú.

—Porque es cordero. ¿No ves que estoy usando los cubiertos adecuados para ello? Nuestra profesora de buenos modales creerá que eres un impostor si no reconoces los cubiertos de cordero cuando...

—Cuando en realidad no veo ningún cordero —dijo Char riendo.

—¡Éstos sólo pueden ser cubiertos de cordero!

—¿Y por qué?

—Fíjate en cómo junto mis dedos al final del mango —dije tomando la mano de Char, que era grande y robusta. Extendí el dedo índice—. Imagina que mi dedo es el tenedor, y ahora pon la mano encima —dije colocando sus dedos alrededor del mío. Su apretón era firme—. Ésta es la única forma correcta de sostener un tenedor de cordero. El que se usa para la trucha se maneja de otra manera. —Di la vuelta a su mano para demostrárselo; entonces vi unas terribles señales que cruzaban su palma—. ¡Oh, la cuerda te ha lastimado!

Él apartó la mano.

—No es nada. Uno de los caballeros que me acompaña sabe curar heridas. Cuéntame, ¿qué más te ha enseñado la profesora de buenos modales?

Yo quería examinar sus heridas con más detenimiento, pero continué:

—Nuestra profesora conocía la opinión de tu padre sobre cualquier tema. Decía que hubiera exiliado a cualquiera que comiera natillas en un cuenco de sopa. Como resultado de sus enseñanzas, yo nunca cometería tal error.

—¿Tiene mi padre una cuchara especial para las frambuesas y otra para los arándanos?

—Pues claro que sí.

—¿Y por qué no he sido informado al respecto?

—Deberías contratar a la profesora de buenos modales. Se moriría de gusto si pudiera servir al príncipe —dije, y seguí contándole cosas de mis otras profesoras—: La profesora de lengua es la única que enseñaba cosas que valían la pena, aunque también es útil conocer la forma correcta de comportarse, y luego decidir si hacerlo o no.

Cuando terminé de hablar Char dijo:

—Hace rato que debería haberte presentado a mis caballeros. —Se volvió y se dirigió a ellos—: ¡Amigos!, John, Aubrey, Bertram, Percival, Martin, Stephan, os presento a la domadora de ogros. Es la chica de la que os hablé, la que sabe gnómico.

«¡Les ha hablado de mí!», pensé mientras les saludaba con una reverencia.

—Espero que os acordéis de vuestra promesa y os comportéis —les dijo Stephan a los ogros.

SEef intentó hablar, pero con la mordaza todo lo que decía resultaba ininteligible. Por un momento casi me había olvidado de él.

Char se acercó a los ogros y yo le seguí.

—Si os comportáis, nosotros os trataremos bien —les dijo—. No vamos a mataros, a no ser que nos obliguéis a ello.

SEef calló por un instante. Y luego siguió luchando para zafarse de sus ataduras. Los demás ogros le imitaron e intentaron gritar, a pesar de que estaban también amordazados.

Las cuerdas resistieron, y los ogros volvieron a calmarse poco a poco.

SEef me miró con tanta rabia y odio que me hizo retroceder, pero le sostuve la mirada.

—No creas que vas a comerme —le dije en ógrico—. Además no soy una cosa, y mucho menos una cosa comestible. ¿Cómo te sientes después de que te hayan tomado el pelo?

Tras decir aquello me sentí mejor. Sonreí a Char y él, por alguna razón, se sonrojó.

Mientras vigilábamos a los ogros los caballeros se encargaron de preparar la comida. Una vez que nos hubimos sentado todos para comer, esperamos a que Char tomara el primer bocado. Para él aquel acto de respeto era algo tan natural que creo que ni siquiera se dio cuenta. Comimos pan del viajero, queso y embutidos, y bebimos sidra dulce.

Mientras, Char me contaba la misión que le había encargado su padre.

—El rey se pondrá contento al ver el resultado: ocho ogros y ninguna baja entre los nuestros —dijo.

Sir Stephan señaló con la cabeza hacia los ogros, que volvían a agitarse al ver que comíamos.

—Quizá mi padre esté interesado en saber que los humanos pueden usar la magia contra ellos —dijo Char—. Al menos Ela sí que puede.

—Siempre que se dé cuenta —comentó *sir* Bertram frunciendo el ceño—. Por cierto, ¿cómo conseguiremos llevarlos hasta él?

—Ya pensaremos en algo —respondió Char.

—No se preocupe, *sir* Bertram —dijo *sir* John—. Con la ayuda de esta joven hemos atrapado a ocho ogros. Es la primera vez que seis caballeros realizan semejante hazaña.

—Tendremos que alimentarlos —dijo *sir* Bertram mientras se servía más pan.

—Vos sois el mejor cazador que tenemos, *sir* Bertram —dijo Char, y entonces la expresión del caballero se volvió más serena.

—Los ogros se mueven rápido —añadió *sir* Martin—. No nos llevará mucho tiempo entregárselos al rey.

—Se dice que pueden correr más rápido que un caballo —añadió *sir* Stephan—, más que un centauro e incluso más que un ciervo.

Mientras Char y los caballeros discutían la mejor forma de transportar a los ogros yo pensaba en la boda de los gigantes. Había perdido ya toda esperanza de llegar a tiempo. Estaba a tres días de camino, más lejos que cuando me habían capturado los ogros. Si iba caminando llegaría algunas semanas después de la celebración. Luego recordé la orden de NiSSh de no escapar. No podía irme.

La voz melancólica de *sir* Bertram me distrajo de mis pensamientos.

—Tendremos que cargarlos de alguna forma. Pero ¿cómo?

—La joven dama podría decirles que nos siguieran —comentó *sir* Aubrey—. Puede venir con nosotros y así no se desatarán.

—Dejad que sea el príncipe quien nos aconseje —comentó *sir* Stephan—. Él sabrá qué hacer.

Char habló con tono firme:

—Vos Stephan, escoltaréis a lady Ela hasta su destino, cualquiera que sea. Martin y Percival irán en busca de ayuda *Sir* Bertram, Aubrey, John y yo nos turnaremos en la vigilancia de los ogros. Nos pondremos cera en los oídos, por si se quitan las mordazas y es necesario acercarse a ellos.

—Yo prefiero quedarme con vos, señor —comentó *sir* Martin.

—Vos y Percival sois nuestros mejores exploradores. Dependemos de vosotros para lograr nuestro propósito lo antes posible.

Sir Martin asintió.

—La joven estará a salvo conmigo —dijo *sir* Stephan con una reverencia—. Yo...

—Siempre que no hable tanto como suele —interrumpió *sir* Aubrey—. Vos no lo conocéis, señorita; se callaría sólo si las estrellas brillasen durante el día.

—Pero será mejor compañero que los ogros —comentó Char—. Dime, Ela, ¿por qué no volviste a Frell al abandonar la escuela?

—Mi padre está en una granja de gigantes por motivos de trabajo. Pronto se celebrará allí una boda. Me escribió una carta en la que decía que esas celebraciones

son muy interesantes. Pensé que podía ir a verle.

Char estaba maravillado.

—¿Pusiste tu vida en peligro sólo para asistir a una boda?

Debía de pensar que era una idiota.

—Suerte que no todas las muchachas de Kyrria deciden viajar solas. Ya tenemos bastante trabajo como para además tener que rescatarlas —comentó *sir* Bertram.

—Si todas las chicas de Kyrria pudiesen domar ogros —dijo Char— tendríamos mucho menos trabajo.

Bueno, quizá pensase que no era tan tonta.

Después de comer *sir* Stephan montó en su caballo y Char me ayudó a subir detrás. En cuanto lo hubo hecho mi hechizo empezó a trastornarme. Estuve a punto de caer del caballo; el hechizo no me permitía abandonar a los ogros.

—No quiero dejarte en peligro —dije mientras desmontaba.

—Ve con *sir* Stephan —dijo Char—. No te preocupes por nosotros.

Era una orden; podía irme tranquila. Los síntomas desaparecieron al instante.

Char tomó la brida del caballo.

—¿Volverás pronto a Frell?

—Siempre que papá no me mande de nuevo a la escuela de señoritas, o no me obligue a viajar con él —respondí, preguntándome por qué querría saberlo. ¿Deseaba volver a verme?—. ¿Por qué lo preguntas?

Él no respondió.

—Yo estaré pronto de vuelta. Estas maniobras no durarán mucho —concluyó, como si ya fuera un experto en la materia.

—Quizá nos veamos pronto y puedas contarme cuántos ogros has capturado.

—Quizás entonces tú puedas enseñarme a domarlos.

—*ahthOOon SSyng!* —dije, que significaba «adiós» en ógrico.

—Suena horrible.

—Sí, es verdad —respondí, y partimos.

Sir Stephan era realmente hablador. Tenía una pequeña propiedad en Frell, mujer y cuatro hijas; además de dos perros. Estos últimos eran lo que más amaba. Eran más listos que los cerdos, los gatos y los dragones, y siempre andaban juntos, según decía. Mientras cabalgábamos me contaba, una tras otra, historias sobre la valentía y la astucia de sus perros.

—¿Cuándo cree que llegaremos a la granja de los gigantes? —pregunté cuando dejó de hablar para tomar aire.

—Dentro de tres días, creo.

¡Llegaríamos el día de la boda! Debíamos estar allí antes de que terminase la ceremonia.

—¿Podemos ir un poco más deprisa? Yo no necesito dormir mucho.

—Quizá tú no lo necesites, y yo, por mi parte, tengo ganas de volver con mis compañeros para ayudarles a custodiar a los ogros, pero el caballo sí que necesita descansar. Iremos tan rápido como él pueda aguantar.

Espoleé al caballo, esperando que *sir* Stephan no se diera cuenta. Pero el animal no se dio por aludido.

Sir Stephan empezó a contar un cuento sobre caballos agotados y una lucha contra un dragón. Cuando terminó me apresuré a cambiar de tema.

—¿Le gusta servir bajo las órdenes del príncipe?

—Quizás otro no respondería a una jovencita —dijo— pero yo le diré que soy un caballero de carrera.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que no soy caballero por nacimiento, y que he tenido que esforzarme mucho hasta llegar a serlo.

—¿Char también ha tenido que esforzarse para llegar a ser príncipe?

—Ésa es una buena observación, jovencita. Nunca he visto a ningún otro muchacho, fuese paje o príncipe, tan deseoso de aprender a hacer las cosas bien.

Según *sir* Stephan, Char era casi tan maravilloso como sus perros. No sólo tenía ganas de aprender, sino que lo hacía deprisa. Era extremadamente considerado, y buen ejemplo de ello era lo que había pasado cuando salieron de Frell. El carro de un comerciante, que llevaba frutas y verduras, volcó justo delante de ellos.

—Cuando el vendedor empezó a gritar a todo el mundo que no pisara sus preciosos tomates, melones y lechugas, Char nos condujo hasta el carro. Se pasó casi una hora arrodillado, recogiendo la mercancía.

—También fue muy amable cuando me rescató a mí.

—Tú vales mucho más que cualquier fruta aplastada, y además no necesitas ser rescatada. Nunca hubiésemos atrapado a los ogros sin tu ayuda. —Entonces desvió la conversación de nuevo hacia Char—. Es inteligente y juicioso —siguió diciendo—, quizá demasiado formal, incluso serio. Ríe cuando algo es gracioso, pero no se

divierte lo suficiente. Ha pasado demasiado tiempo junto a los cancilleres del rey. —*Sir* Stephan se quedó inmóvil por un momento—. Ha reído más en una mañana contigo que en dos semanas con nosotros. Debería bromear más con chicos de su edad, pero ellos se comportan con demasiada educación ante un príncipe. —Luego, volviendo la cabeza hacia mí, dijo—: Todos excepto vos, señorita.

Yo me asusté y pregunté:

—¿No me he comportado adecuadamente?

—Al contrario. Ha actuado con naturalidad, no como alguien que pertenece a la corte.

«La profesora de buenos modales me consideraría un producto fallido», pensé, y sonreí.

Normalmente dormíamos en posadas. La primera noche me retiré pronto después de cenar.

Coloqué mi lobo de Agulen sobre la mesilla, para que me cuidara mientras dormía, y después abrí mi libro mágico.

En la página izquierda aparecía una carta de Hattie dirigida a su madre. En la derecha una de Olive. Leí la primera:

Querida mamá:

¿No te parece que ha mejorado mi caligrafía? He estado practicando florituras. Quizá las palabras cuesten más de leer, y por eso la profesora de lenguaje se desespera con mi ortografía, pero cuando miras la página desde lejos, ¿verdad que resulta encantadora?

La hija de *sir* Peter ha desaparecido. *Madame* Edith dice que la llamaron por la noche. Sin embargo, sospecho que miente y que Ela se ha escapado. Siempre hubo algo enrevesado y engañoso en esa chica, a pesar de que su padre sea tan encantador y tan rico. Mi nueva peluca es divina, me la puse en cuanto llegó, de eso hace dos días. Sospecho que la otra desapareció con Ela. Una broma pesada que me gastó. A mí, que siempre la traté con amabilidad. No obstante, espero que no haya sufrido ningún daño, ni que se la haya comido un ogro, ni que haya sido capturada por los bandidos o se haya quemado. Ni cualquiera de las otras cosas terribles que a veces pienso.

El resto de la carta se refería a los cumplidos que había recibido por su vestido nuevo.

Terminaba con una despedida y una rúbrica florida con su nombre.

En la otra página aparecía la carta de Olive.

Kerida mama:

Menkontrado fatal todala semana. Tube muchos dolores de caveza,

espezialmente cuando leía. Tu siempre me dizes ke leer muchoes malo para mis hojos, pero la profesora de lengua no meaze kaso. Mea dicho ke soi tonta i ke no tengo ninguna esperanza paral futuro si noaprendo a leer mejor.

Hattie dize quEla sea portado mal dejádonos pero yo kreo kes peor ke se abia hido sin mi.

Ela acia todo lo ke Hattie le dezia. Me gustaría ke la jente iziera lo ke les mandase. No es justo.

Tu kerida ija,

Olive

La página estaba llena de borrones y tachaduras, y las letras estaban trazadas con mano insegura, como si quien las había escrito no supiera cómo sostener la pluma. ¡Pobre Olive!

La carta iba seguida de una versión muy triste de *Aladino y la lámpara maravillosa*. En ella Aladino había sido obligado por un falso tío suyo, el mago, a meterse en la lámpara. Y sólo tenía poder para otorgar deseos a los demás, a todos menos a sí mismo. Antes de ser capturado, se había enamorado de una muchachaganso. Había pasado varios años en el interior de la lámpara, suspirando y pensando si ella se habría casado, si sería vieja, si habría muerto...

Cerré el libro llorando. Yo no estaba atrapada en el interior de una lámpara, pero tampoco era libre.

El tamaño de las cosas aumentó a la tercera mañana después de nuestra partida. Antes, los objetos lejanos parecían más pequeños que los que estaban cerca. Pero ahora la regla tradicional se había invertido. Los árboles que estaban junto a nosotros parecían diminutos comparados con los que estaban lejos. A las diez en punto vi una calabaza tan grande como yo. A las once pasamos junto a una del tamaño de un carruaje.

Al mediodía topamos con un gigante. Estaba construyendo un muro de piedra con unos cantos rodados que eran el doble de grandes que yo, y me estremecí al pensar el ganado tan enorme que cabría allí.

Cuando el gigante nos vio lanzó un grito de alegría:

—*Oooayaagik!* —graznó. Tiró al suelo la roca que sostenía y se acercó a nosotros con una gran sonrisa de bienvenida.

Nuestro caballo se echó hacia atrás atemorizado mientras yo luchaba por no caer del sillín, y no se calmó hasta que el gigante le acarició dulcemente. Como respuesta, el caballo le devolvió la caricia con un movimiento de cabeza.

—*Aaaope! Aiiiee uuu knoobee ooob pyuiipe aaul* —grité en idioma abdegi

(«¡Hemos venido a la boda de la hija de Uaaxee!»). Luego añadí en lengua kyrrian—; ¿acaso llegamos tarde?

—¡Qué va! Llegáis justo a tiempo. —Y añadió—: Os acompañaré.

La granja estaba a dos horas de camino. Koopooduk, que así se llamaba el gigante, avanzaba junto a nuestro caballo.

—¿Uaaxee os espera? —preguntó.

—No —respondí—. ¿Crees que le importará que asistamos a la boda?

—¿Importarle? Nunca os estará lo suficientemente agradecida de que hayáis venido. A los gigantes les gustan mucho los forasteros. —Hizo una pausa—. Y los amigos también. Allí habrá muchos amigos y gente de fuera.

Viajamos en silencio durante un rato, y mientras Koopooduk no dejaba de sonreírnos.

—¿Estáis cansados, o acaso hambrientos? —preguntó cortésmente.

—No, gracias, estamos bien —respondió *sir* Stephan, a pesar de que estábamos muertos de hambre.

—Todo el mundo es educado excepto los gigantes. Nosotros cuando tenemos hambre lo decimos. Pero no importa, hay mucha comida en la granja.

La casa de Uaaxee ya se podía divisar una hora antes de llegar a ella.

—Aquella es su casa —anunció Koopooduk, señalándola—. Es bonita, ¿verdad?

—Parece enormemente agradable —comentó *sir* Stephan—. ¿No pensáis lo mismo, señorita?

Yo asentí. Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que creí que iba a salir disparada del caballo. Pronto encontraría a Lucinda, pronto sería libre.

Me agarré con fuerza a la cintura de *sir* Stephan.

—Oye, me has confundido con tu corsé —se quejó él.

Cuando ya estábamos cerca de la casa, Uaaxee abrió la puerta y salió a dar la bienvenida a los nuevos invitados. Todavía nos hallábamos a suficiente distancia como para poder verla entera. Vistos de cerca, los gigantes eran aquella parte de ellos que estaba junto a ti: la falda, el corpino, la pernera del pantalón, la cara...

Uaaxee era tres veces más alta que cualquier humano, pero no mucho más ancha. Todo en ella era largo y estrecho: la cabeza, el torso, los brazos, las piernas. Cuando nos vio, sin embargo, su cara larga y ovalada se transformó en una amplia sonrisa: sus mejillas parecían dos melocotones, y los ojos que asomaban detrás de sus gafas eran como dos rayas llenas de placer.

—*Aiiiee koobee!* —gritó—. *Deegu!* —silbó a continuación y agarró a *sir* Stephan y lo alzó del caballo. Luego me vio a mí y exclamó—: ¡Dos personas! *Oooayaa-gik!* ¡Bienvenidos ambos! La boda se celebrará dentro de poco. *Udabee!* —gritó entonces dirigiéndose a su hija, que era la novia—. ¡Mira quién ha venido!

La hija, rodeada de amigos, nos saludó con la mano desde el interior de la casa.

—Yo no puedo quedarme, señora. Sólo he venido para acompañar a esta joven que buscaba a su padre.

—¿Su padre?

—*Sir* Peter de Frell —dije yo.

Uaaxee sonrió.

—¡O sea que tú eres su hija! Nunca me ha hablado de ti —dijo volviendo la mirada hacia la casa—. ¿Dónde estará tu padre? Voy a buscarlo, seguro que se pone muy contento al verte.

—No se moleste, por favor —dije enseguida—. Quiero darle una sorpresa.

—¡Una sorpresa! ¡Me encantan las sorpresas! Entonces no le diré nada.

Sir Stephan montó en su caballo.

—Debo partir. Adiós, Ela. Adiós, señora.

—Pero no puede perderse la fiesta. ¡Ni siquiera ha entrado en casa!

Sir Stephan contempló la alargada cara de Uaaxee, que debido a la aflicción parecía aún más larga.

—Señora, siento mucho tener que irme —dijo—. Es un asunto de la mayor urgencia el que me obliga a partir —dijo guiñándome un ojo—. No se entristezca, mi único consuelo será verla feliz.

Uaaxee sonrió a través de las lágrimas.

—Por lo menos déjeme ofrecerle provisiones para el viaje —dijo, y corrió hacia el interior de la casa mientras gritaba—: Sólo será un momento.

—Los caballeros esforzados también saben ser diplomáticos —dije.

—Siempre que la situación lo requiere. Le diré al príncipe que te dejé en buenas y

grandes manos.

Uaaxee volvió con una cesta de la que sobresalía un ala de pollo tan grande como la de un pavo. *Sir Stephan* se fue al galope y Uaaxee volvió corriendo adentro, distraída por otros invitados.

Entré en la casa y me uní a la multitud. Sólo podía ver a la gente por los fragmentos de ella que tenía más cerca. Había un grupo de gnomos que discutía acerca de las técnicas mineras, y también vi las faldas de dos gigantas. ¿Cómo podría encontrar a un hada de talla humana? La única pista que tenía eran sus pies diminutos, aunque seguramente los mantendría ocultos bajo las faldas.

Los gigantes se agolpaban alrededor de una mesa tan alta que pude pasar por debajo sin golpearme la cabeza. Al otro lado había una mesilla para la gente pequeña, repleta de comida. Mientras buscaba a Lucinda aprovecharía para comer algo. Llené mi plato, que era grande como una bandeja, con una rodaja de patata, tres judías verdes de un palmo de longitud y un suflé de queso del tamaño de un balón.

Era casi imposible comer y desplazarse al mismo tiempo. Arrastrando una servilleta que llevaba colgada del brazo conseguí llegar hasta unos almohadones alineados junto a la pared del comedor, dispuestos a modo de sofás para uso de humanos, elfos y gnomos. Desde allí podía observar a la multitud mientras cenaba.

La cubertería de plata también era demasiado grande, así que observé cómo se las apañaban los otros. Algunos apenas podían agarrar los cuchillos y los tenedores, que eran pesados como hachas y palas, otros miraban perplejos su plato, otros comían directamente con las manos.

Las judías verdes y la rodaja de patata eran fáciles de manejar; las tomé entre las dos manos y me las comí. Pero el suflé se resistía. Acabó explotando cuando le di un mordisco, y entonces me quedó media cara cubierta de queso. Mientras me limpiaba sonó un gong que resonó en mi pecho. La boda estaba a punto de empezar.

Seguí a la multitud, que se fue agolpando fuera de la casa. En el exterior la gente estaba más dispersa y era más fácil distinguir a los invitados. Papá estaba a unos metros de mí, y también parecía buscar a alguien. Me quedé quieta y dejé que algunos gigantes se interpusieran entre nosotros. Después pasé entre ellos y me alejé sin que mi padre me viera.

Al cabo de media hora llegamos a un campo despejado donde se habían colocado unas tribunas para los gigantes y otras para la gente menuda. Unos cuantos humanos ya habían llegado y se habían sentado. Me deslicé y me acomodé detrás de un hombre alto, para que así no se me viese. Estaba junto al pasillo, en una excelente posición que me permitía escudriñar los pies de los que iban llegando. Además, las señoras tenían que levantarse la falda para subir a la tarima. Cada vez que asomaba una bota o un zapato me iba diciendo: «Pie normal, normal, largo, muy largo...».

Los bancos estaban casi llenos. Papá llegó y se sentó bastante lejos de donde yo estaba.

«Pie normal, pequeño, pero no lo suficiente; normal, normal, normal. ¡Diminuto!

¡Diminuto!».

Las dos hadas iban acompañadas por un caballero que debía de ser un mago. Se colocaron dos filas por delante de mí. El caballero tenía la espalda algo encorvada y una de las hadas era gordita. La otra, sin embargo, era la perfecta imagen de un hada: alta, elegante, ojos grandes, piel como la seda, labios encarnados como semillas de granada y mejillas del color del sol poniente.

Las tarimas estaban repletas, por lo que no podía acercarme a ellas. Sólo vigilar que no se fueran.

La boda comenzó.

Los novios entraron agarrados de la mano. Ella llevaba un saco y él una azada. Ambos lucían pantalones y camisa blanca. Los gigantes gritaban, gemían, gruñían y murmuraban que la novia era hermosa y el novio muy guapo, y que disfrutarían de buena salud, y que aquél iba a ser el día más feliz de sus vidas. La pareja sonreía abiertamente; parecía ignorar a la multitud y empezó a plantar una hilera de maíz. El novio preparó la tierra y la novia dejó caer las semillas de su saco y las cubrió después con tierra húmeda. Cuando hubieron terminado la operación aparecieron unas nubes en el cielo que dejaron caer una suave lluvia, a pesar de que el cielo estaba despejado al comenzar la ceremonia. Todos los gigantes extendieron los brazos e inclinaron la cabeza para recibir las gotas de lluvia.

Miré a las dos hadas. La gordita y el mago sonreían, pero la otra, la más hermosa, estaba extasiada. Parecía que cantase, y al mismo tiempo le caían lágrimas por la cara.

Los dos gigantes representaron su vida juntos. Cultivaron la tierra, construyeron una casa e hicieron entrar en ella a los niños de distintas edades que había entre los invitados, y luego a algunos bebés, para que figurasen ser sus nietos. Después se estiraron sobre la hierba para representar que morían juntos.

Al fin se levantaron. Algunos gigantes se abalanzaron sobre ellos para abrazarlos y tumbaron los bancos, dando así la ceremonia por concluida.

Yo me quedé en mi sitio, maravillada. Aquella pareja de gigantes tenía la suerte de poder ver su vida por anticipado, trazada de manera tan dulce. ¿Ayudaría a ello la representación que acababan de realizar? ¿Impedía ésta que los ogros les atacaran? ¿Les salvaría de sequías e inundaciones? ¿Les protegía de morir antes de que sus hijos hubiesen crecido?

Excepto el hada hermosa y algunos de los gigantes, el resto de los invitados, incluido mi padre, regresó a la casa. Yo me quedé observando al hada, esperando, rogando que se diera a conocer como Lucinda. Ella entonces se abrió paso en dirección a los recién casados, a través de una multitud de parientes y amigos. Los gigantes se apartaron de ella al instante, y la novia y el novio se abrazaron llorando al verla. Uaaxee pareció suplicarle. Se agachó ante el hada para estar a su misma altura y la miró fijamente.

El hada dio un golpecito de complicidad en el brazo de Uaaxee, pero ella se echó

atrás. Después los gigantes volvieron a la casa mientras el hada los miraba, riendo satisfecha.

Tenía que ser Lucinda. Todos los indicios así lo decían. Probablemente había otorgado un don a los recién casados, que había sido tan bien recibido como el mío.

—Señora —dije, mientras me latía el corazón a toda velocidad.

No me oyó. Mientras yo le hablaba desapareció sin dejar rastro. Nada, ni un poco de humo, ni una estela brillante en el aire. Ahora estaba totalmente segura de que se trataba de Lucinda, la única hada en el mundo que desaparecía a la vista de todos.

—¡Idiota! —me dije a mí misma—. ¡Tonta! Deberías haberle hablado en el momento en que sospechaste que era ella. Ahora podría estar ya en Ayorta, o volando sobre el océano.

Volví a la casa y encontré a los gigantes tristes, a pesar de que la gente menuda seguía contenta. Paseé por el vestíbulo, comiendo de aquí y de allá y buscando a papá. ¿Qué podía hacer a continuación? ¿Cómo continuaría mi búsqueda?

«La otra hada y el mago aún deben de andar por aquí, y seguro que saben dónde está Lucinda», pensé. Empecé a buscar y enseguida los vi. Estaban de pie, mirando apenados a los gigantes. Cuando ya casi los había alcanzado, Lucinda volvió a aparecer a su lado, todavía sonriente.

Intenté simular que estaba concentrada cascando una nuez gigante que había tomado de la mesa del banquete.

—No voy a cansarme de decirte que no debes aparecer y desaparecer de esa forma —le dijo el mago a Lucinda—. Espero que no vuelvas a repetirlo en presencia de toda esta gente.

—Claro que no, Cyril. ¿Cómo iba a abandonar el escenario de mi gran triunfo? —respondió Lucinda. Su voz era melodiosa, y desprendía un perfume de lilas.

—¿Qué castigo has infligido a esa pobre pareja? —preguntó el mago.

—¡No ha sido un castigo, sino un regalo!

—¿Qué regalo, pues? —preguntó la otra hada.

—¡Ay, Claudia! Les he otorgado compañerismo y unión feliz.

Cyril levantó las cejas.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Les he otorgado el regalo de estar siempre juntos. No pueden ir a ningún lugar el uno sin el otro. ¿No es fantástico?

La nuez me resbaló de las manos y cayó al suelo.

—¿Qué hay de malo en ello? —protestó Lucinda, desafiante.

—Dentro de un mes ya se odiarán el uno al otro —respondió Claudia.

Lucinda rio, con una risa que sonó como campanillas.

—No, no lo harán. Se amarán más que nunca.

Cyril sacudió la cabeza.

—Cuando se peleen, como suelen hacer todas las parejas que se quieren, no podrán estar a solas para buscar la forma de perdonarse el uno al otro.

—No sabes nada acerca de eso, no todas las parejas discuten. Y ésta no lo hará. Están muy enamorados.

—Imagina que él se muerde las uñas y a ella eso no le gusta —dijo Claudia—. O que ella se balancea cuando habla, y que a él eso no le gusta. No tendrán nunca un respiro para huir del defecto del otro. El desagrado se hará cada vez mayor, y cada uno verá en el otro sólo el defecto, y no la virtud.

—Mi regalo no tiene nada que ver con defectos y virtudes. Tiene que ver con el corazón, que siempre desea estar cerca del ser querido.

Olvidé mi nuez y miré fijamente al hada Lucinda, que parecía haber perdido la cabeza.

—Vuelve dentro de un año —la reto Cyril—, y ya verás lo que ha pasado.

—De ahora en adelante los gigantes preferirán huir —comentó Claudia— a arriesgarse a celebrar una boda con una invitada como tú.

—¡Yo volveré! Y ya verás como tengo razón y me lo agradecerán... ¿Y tú qué miras? ¡Si, tú, muchacha! —gritó Lucinda volviéndose hacia mí.

—Quizás es alguien que viene a suplicarte —dijo Cyril—, que viene a pedirte que levantes un encantamiento que le hiciste cuando nació.

—No la conviertas en ardilla. No podría soportarlo —dijo Claudia agarrando la muñeca de Lucinda—. No sabes si las ardillas llevan una vida feliz, y estoy segura de que ella preferirá seguir siendo una muchachita.

¡Una ardilla! Tenía que evitar por todos los medios que me convirtiera en una ardilla.

—*Abensa eke ubassu inouxi Akyrria* —dije esperando que hablara ayortano, pues acababa de decirle que no entendía el kyrrian.

La expresión de Lucinda se suavizó.

—Lo siento, cariño —respondió en ayortano—. Te pregunté por qué me mirabas.

—Eres tan hermosa —dije, esperando que pensara que yo era un poco boba.

—¡Qué criatura más encantadora! ¿Cómo te llamas, guapa?

—Ela.

—La belleza no es lo más importante, Ela. Lo que cuenta es lo que hay en tu corazón. ¿Lo entiendes?

—Sí. Siento haberla mirado tan fijamente.

—No es necesario que te disculpes, pequeña. No has hecho nada malo —dijo con una sonrisa deslumbradora.

—Gracias, señora —respondí haciendo una reverencia.

—Puedes llamarme Lucinda —contestó levantándome la barbilla—. Aunque no me dejan decirlo... —comentó señalando a Cyril y a Claudia— resulta que soy un hada.

—¡Un hada! Por eso sois tan hermosa.

—Mis amigos...

—Somos vendedores —dijo Cyril en ayortano, con firmeza—. Vendemos zapatos.

—Para pies pequeños —dijo Lucinda riendo.

—Para niños —corrigió Claudia.

—¡Oh! —exclamé—. Yo no necesito zapatos, pero sí algo de ayuda mágica. ¿Puedes ayudarme, Lucinda?

—No necesitas su ayuda —declaró Claudia—. Es mejor que te vayas, ahora que aún puedes.

—Estaré encantada de ayudarte —respondió Lucinda—. ¿Ves, Claudia? Nos necesitan de verdad. Dime, Ela.

—Necesito más valor, si puede ser, señora. Hago cualquier cosa que me ordenen, tanto si quiero como si no. Siempre he sido así, pero me gustaría ser de otra forma.

—La muchacha es obediente por naturaleza —dijo Cyril—. ¿Es uno de tus regalos? Parece que no le gusta ser así.

—Supe lo dulce que eras en cuanto te vi. La obediencia es un don maravilloso, Ela, y por eso a veces lo regalo a los recién nacidos. Así que no voy a quitártelo. Sé feliz por haber sido bendecida con esa fantástica cualidad.

—Pero... —empecé a decir. Luego me detuve como si la orden de Lucinda no me dejara seguir. Mi humor cambió, y entonces sonreí feliz. El hechizo se había convertido en una bendición—. ¡Gracias, señora! ¡Gracias! —exclamé olvidando hablar en ayortano. Después le besé la mano.

—Venga, venga, no tienes por qué darme las gracias. Lo único que necesitabas era ver las cosas correctamente —dijo dándome unos golpecitos en la cabeza—. Y ahora vete, Ela.

Era la primera orden que recibía en mi nuevo estado. Estaba contenta de obedecer y me fui enseguida.

Sabía que era feliz sólo porque se me había ordenado que lo fuese, pero aquella felicidad era absoluta. Era feliz, aunque todavía recordaba que siempre había odiado el regalo de Lucinda. Imaginaba futuras órdenes, algunas horribles, incluso peligrosas, y me llenaba de placer la idea de cumplirlas.

Por primera vez, desde que mamá murió, no tenía miedo. Podía soportar cualquier cosa. Me sentía ligera como una nube.

Decidí buscar a mi padre. Si alguien podía tener alguna orden para mí, ése era papá. Lo encontré fuera de la granja, a punto de subir a su carruaje. Se volvió cuando oyó mi voz, y me quedé sorprendida de que estuviera contento de verme. Hasta entonces nunca le había visto sonreír tan francamente.

—¡Éla, querida!

No me importaba si lo que le iba a decir le enfadaría.

—Me he escapado de la escuela de señoritas.

Él rio.

—Sabía que eras valiente. ¿Qué eres ahora, una señorita o todavía un torpe pinche de cocina?

—¿Cómo puedo demostrártelo?

—Haz una reverencia.

Intenté hacerla de forma elegante.

—Excelente —dijo volviendo a su talante de siempre—. Eres bastante guapa. Soy un estúpido de no haber pensado antes en ti. Sube al coche, Ela. Estoy seguro de que esta vez no estropearás tu vestido.

—¿No tendríamos que despedirnos de Uaaxee? —pregunté, mientras subía.

—No nos echará de menos. Está demasiado preocupada con el regalo del hada —dijo frunciendo el ceño—. Dijeron que había varias hadas, pero no he conseguido ver a ninguna.

El carruaje se puso en marcha. No me importaba hacia dónde íbamos.

—Llegas justo a tiempo de poner en práctica tus conocimientos —dijo papá.

—Dime qué debo hacer.

Sus cejas se alzaron.

—Esto es más de lo que esperaba de ti —dijo, y luego calló durante un largo rato. Poco a poco empecé a sentir sueño.

—Me he arruinado.

El tono de su voz me alarmó:

—¿Qué has dicho?

—Lo que oyes. Vendí una hacienda que no me pertenecía y los gnomos que la compraron se han dado cuenta. Cuando lleguemos a Frell tendré que devolverles el dinero, y eso implica vender todo lo que tengo: nuestra finca, los muebles, el coche. Y, de alguna forma, también tendré que venderte a ti. Deberás casarte para que volvamos a ser ricos.

«Para que tú vuelvas a ser rico», pensé.

—De acuerdo, papá. Estaré encantada. ¿Cuándo será?

—Me preguntas cuándo y no con quién. ¿Tan ansiosa estás por casarte?

—No, padre. Sólo deseo cumplir tus órdenes.

—¿Qué te han hecho en esa escuela? No me extraña que hayas huido.

Cuando llegamos a casa papá se quedó fuera, hablando con el cochero, mientras yo corría a buscar a Mandy. La encontré limpiando verdura, con un loro en el hombro.

Me abrazó con tanta fuerza que apenas pude respirar.

—¡Ela, cariño!

El loro graznó en gnómico:

—*chochH! choe echachoed dh zchoaK! chochH!*

Me hubiera gustado que Mandy no dejara nunca de estrujarme. Me hubiera gustado pasar el resto de mi vida como un niño, siendo abrazada por alguien que me amaba.

Papá dijo desde el umbral:

—Estaré fuera esta tarde, pero mañana pasaremos el día juntos. Por cierto, Mandy, traerán unos champiñones élficos del mercado. Son una exquisitez. Sírvelos como primer plato para lady Estela y su invitado.

—Mi futuro marido, quizá —dije—. ¡Soy tan feliz, Mandy!

Del susto se le cayó al fregadero la cazuela que había estado limpiando, pero luego volvió a sus manos por arte de magia.

—¿Tu qué?

El loro graznó de nuevo:

—*chochH!*

Mandy le había llamado *Chock*, ya que parecía ser su palabra favorita. En gnómico significaba «¡oh!», o «¡uy!», que probablemente era lo que el animal quería decir.

—Mi marido. Papá ha perdido su fortuna y tengo que casarme para que vuelva a

ser rico.

—¡Eso es el colmo! —gruñó Mandy enfurecida—. ¿Qué se ha creído? ¿Cómo puede querer casar a una chica como tú? ¿Y por qué estás tan contenta?

—No estoy sólo contenta —dije buscando la palabra correcta—, sino también deseosa de hacer felices tanto a mi padre como a mi futuro marido.

Mandy me tomó por la barbilla y me miró fijamente:

—¿Qué te ha pasado, pequeña?

—Encontré a Lucinda, y ella hizo que ser obediente me hiciera feliz.

—Dime que no, cielo —murmuró Mandy palideciendo—. Dime que no lo hizo.

—Es mejor así, y no me siento hechizada. No te entristezcas —le dije sonriendo—. Haz como yo, si haces lo que te digo también tú serás feliz.

—Ha hecho de ti no ya media marioneta, como eras antes, sino una marioneta completa. ¿Y quieres que esté contenta por ello?

No respondí. Mandy permaneció callada un rato. Miré a mi alrededor, reconociendo todos aquellos objetos de la cocina que me eran tan familiares.

Al fin Mandy murmuró:

—Lucinda está haciendo otras vez de las tuyas. —Y luego, dirigiéndose a mí dijo—: Estoy hambrienta; ¿estás lista para cenar, cariño?

Cenamos juntas en la cocina, sólo nosotras dos y el loro, porque papá había despedido al resto de los criados.

—Le gusta demasiado mi comida como para echarme a mí también —comentó Mandy mientras comíamos alas de pollo frías y pan caliente.

No volvió a hablar de mi obediencia, aunque supuse que no dejaba de pensar en ello. Había cambiado de actitud hacia mí; ya no me mandaba que hiciera nada. Pensé que no quería dar a Lucinda la satisfacción de abusar de mi nuevo estado. Sin embargo, el hada no iba a saber si lo hacía o no, mientras que yo, por mi parte, estaba privada de la felicidad de obedecer.

La tarde siguiente preparamos un caldo con cebollas silvestres, para hacer luego un guiso de pescado que serviría para agasajar a mi invitado. Yo estaba cortando las cebollas cuando llegó un muchacho que traía una caja de champiñones que papá había encargado.

El envoltorio llevaba una etiqueta: *Torlin kerru*. *Kerru* significaba «champiñones», pero yo no sabía qué quería decir *torlin*.

Mientras examinaba la caja, Mandy frunció el ceño y dijo:

—Cariño, ¿podrías mirar qué quiere decir «torlin»?

—«*Torlin*: justicia; imparcialidad —leí en el diccionario—. *Torlin kerru*: champiñones de la justicia. Provocan sentimientos de amor en aquellos que los comen; utilizados en los tribunales élficos para resolver disputas civiles».

—¡Yo sí que voy a darle *torlin kerru* a él! —exclamó Mandy.

—Oye, no importa —respondí.

—A mí sí me importa —dijo Mandy tras ponerse las botas y echarse una capa sobre los hombros—. Estaré de vuelta enseguida. Por favor, vigila que el caldo no se estropee.

Removí la sopa mientras imaginaba cómo sería nuestro invitado. Yo sería feliz casándome con él, pero ¿y después? A lo mejor era un hombre cruel, tonto o incluso loco. A papá no le importaba mi felicidad, sino sólo la suya.

Si era alguien terrible Mandy podía ordenarme que me contentara con él. O quizá persuadiera a mi marido para que me diera la orden de ser feliz.

Chock aterrizó sobre mi hombro y me picó suavemente en la oreja.

—*chocH! jdgumkwu azzoogH!* —graznó.

¡Fantástico, una orden!, quería que le besara. Volví la cabeza y conseguí besarle un ala, pero él voló hacia una estantería más alta.

—*jd gumkwu azzoogH!* —graznó de nuevo.

Intenté llegar a la estantería y atraparlo con la mano. El pájaro saltó ágilmente sobre mi hombro. Lo acerqué a mi cara, pero antes de que mis labios pudieran besarle una pluma voló hasta una de las contraventanas. Fui a buscar una silla para poder encaramarme hasta donde él estaba, pero cuando casi lo había logrado voló hacia otro sitio.

Cuando volvió Mandy, media hora más tarde, yo sostenía un cucharón en una mano y un colador en la otra para atrapar a *Chock*. Estaba exhausta tras ir de un lado a otro. El hechizo debía de saber que intentaba obedecer las órdenes, porque no apareció el típico malestar. No estaba mareada ni sentía dolor, pero lloraba porque *Chock* no me dejaba obedecerle y estar contenta a la vez.

—¡Ela!, ¿qué demonios pasa aquí?

—Qué loros pasa aquí, querrás decir —la corregí, mientras reía y lloraba a la vez—. *Chock* no me deja que le dé un beso.

—¡No beses a esa criatura asquerosa! —me ordenó, liberándome con su contraorden.

—*jd gumkwu azzoogH* —volvió a decir *Chock*.

—Me ha vuelto a dar la orden —exclamé.

—No le beses —gritó Mandy.

—*pwoch ech jdgumkwu azzoogH* —le dije a *Chock*, esperando que me imitara—. *pwoch ech jdgumkwu azzoogH* —repetí.

Le gustó mi frase y la repitió:

—*pwoch ech jdgumkwu azzoogH*. —Significaba «no me beses».

Una vez ordenada la cocina nos pusimos a sustituir los *torlin kerru* por champiñones corrientes.

—Tal vez debería comer los que encargó papá —dije.

—No estoy dispuesta a que te atrapen así, aunque a ti no te importe.

Entonces papá entró en la cocina.

—¿Cómo va la cena? —preguntó amablemente. Luego su rostro se ensombreció

—. Mandy, ¿por qué no usas los champiñones que encargué?

—Nunca he cocinado con estos champiñones élficos, quizá no estén lo suficientemente frescos —respondió Mandy mientras hacía una reverencia.

—Fui yo quien le dije que no los usara si no estaba segura —dije para que no la culpara.

—Te volveré a enviar a la escuela de señoritas para que no sigas haciendo de pinche, Ela. ¡Usa esos champiñones, Mandy!

El nombre de mi invitado me era familiar. Se llamaba Edmund, era conde de Wolleck y tío de Blossom, la amiga de Hattie, que temía que se casara y la dejara sin herencia. Aquella situación tendría que haberme divertido, pero estaba demasiado preocupada por si el tío era tan antipático como la sobrina.

Le esperé en el estudio mientras bordaba una pieza sobre mi regazo. Hacía poco que me había sentado cuando papá abrió la puerta.

—Esta es mi hija Estela —dijo presentándose.

El conde hizo una reverencia y yo me levanté y se la devolví. Era mayor que papá, y lucía una melena gris que le llegaba hasta los hombros. Su cara era delgada como la de un galgo, con una larga nariz y un bigote caído. Tenía los ojos tristes de un perro, de color marrón, con un ribete blanco en el párpado inferior, y prominentes ojeras.

Me volví a sentar y proseguí mi labor.

—Tus puntadas son limpias y muy pequeñas. Mi madre solía hacerlas así. Eran casi invisibles.

Cuando habló vi sus dientes, que eran tan pequeños como los de un bebé, como si todavía tuviese los de leche. Podía imaginarme al conde de pequeño, encaramándose a la falda de su madre, entre cuyos exquisitos bordados brillarían sus diminutos dientes. Cuando nos casáramos trataría de imaginar que él era tan joven como sus dientes.

Luego se dirigió, ansioso, a papá:

—No pretenderá sostener la opinión que le oí manifestar ayer, querido amigo —dijo el conde—. Espero que hoy se explique mejor.

Discutían sobre los castigos que debían aplicarse a los bandidos. El conde pensaba que tenían que ser perdonados. Papá pensaba que debían ser tratados duramente, en algunos casos incluso ejecutados, para que ello sirviera de ejemplo.

—Si un bandido viniera aquí y se llevara todas estas cosas de valor —dijo papá señalando con la mano todo aquello que quería vender—, sería antinatural que yo no me enfureciera. Y también lo sería si no actuara en consecuencia.

—Quizá no podría evitar enfadarse —respondió el conde—, pero en cambio también podría contenerse, y no pagar con la misma moneda.

Yo estaba de acuerdo con el conde y se me ocurrió un argumento que se ajustaba al caso de papá como anillo al dedo.

—Supon que el ladrón no robara abiertamente, sino que lo hiciera mediante un engaño —dije—. ¿Merecería el mismo castigo que otro?

—Eso es muy diferente —contestó papá—. Si yo dejara que un canalla me engañara me lo tendría merecido. Quizás él también debería tener su castigo, aunque no tendría que ser excesivamente severo. Yo hubiera sido demasiado tonto, y por tanto no merecería mi riqueza.

El conde asintió mientras me miraba.

—No son casos muy distintos —dijo—. Si un bandido armado huyera con sus posesiones usted tendría la culpa, por no haber sabido proteger su hogar. Por tanto, usted tampoco merecería su fortuna. ¿Por qué iba un ladrón a sacrificar su vida como consecuencia de su descuido?

—Su lógica es irrefutable, aunque se funda en premisas poco sólidas —dijo papá sonriendo—. No puedo oponerme a dos adversarios a la vez. Usted tiene muchas cosas en común con mi hija, Wolleck. Ambos tienen demasiado buen corazón.

«Muy bien hecho, papá. Has conseguido hacer de nosotros una pareja», pensé.

La cena fue anunciada. Papá se dirigió hacia el comedor y el conde me ofreció su brazo.

Los *torlin kerru* estaban preparados en ensalada como acompañamiento al primer plato, que consistía en huevos de codorniz fríos.

—Los champiñones han sido cultivados por los elfos —comentó papá—. Nuestra cocinera los compró en el mercado y quise que los preparara para usted, a pesar de que yo, francamente, odio todo tipo de setas. Pruébalos, Ela.

Los champiñones tenían un sabor muy suave. De ellos emergía el aroma del limón y de la salvia que Mandy había esparcido por encima.

—Lo siento, *sir Peter* —se disculpó el conde—. Me sienta mal cualquier clase de champiñones, sin embargo me encantan los huevos de codorniz.

El efecto de los *torlin kerru* era rápido. Cuando Mandy me retiró el plato me estaba preguntando por qué antes había pensado que el conde se parecía a un sabueso, si en realidad ahora lo encontraba muy atractivo. También estaba a gusto con papá. Cuando llegó la hora de la sopa, en mis pensamientos ya llamaba al conde «dulce Edmund», y le sonreía a cada cucharada. Empezamos a tomar el pescado y le sugerí a Mandy que le sirviera una ración extra al conde.

Papá se esforzaba para no reír.

Incluso sin champiñones, me pareció que al conde yo le iba gustando cada vez más.

—Su hija es encantadora, *sir Peter* —comento cuando llegamos al postre.

—No sabía que se había convertido en una mujer tan deliciosa —respondió él—. Debo casarla pronto, o pasaré el resto de mis días admirando su belleza.

Una vez de vuelta en el estudio, después de cenar, acerqué mi silla a la del conde. Luego tomé mi bordado, e intenté hacer las puntadas tan pequeñas que fueran casi invisibles.

Edmund y papá discutían sobre la campaña del rey Jerrold contra los ogros. Papá pensaba que los caballeros del rey no eran lo suficientemente agresivos; el conde, en cambio, creía que eran valientes y dignos de elogio. No podía concentrarme, a pesar de que intentaba prestar atención a mi labor. Cada vez que papá o el conde expresaban su opinión yo asentía, aunque entre ellos no estuvieran de acuerdo.

Entonces empecé a notar que en la habitación hacía frío, y me recliné en mi silla

para calentarme.

—Quizá deberíamos avivar el fuego, papá. No desearía que nuestro invitado se enfriara.

—Nunca había visto a Ela tan solícita —comento papá mientras añadía otro tronco al fuego—. Parece enamorada de usted, Wolleck.

—Lo estoy —murmuré.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó papá.

¿Por qué no podía conocer mis sentimientos? Quería que lo supiera y lo dije de nuevo:

—Estoy enamorada de él, papá —confesé, sonriendo a mi dulce Edmund, que me devolvió la sonrisa.

—No es la primera vez que gozo de la hospitalidad de *Sir Peter* y de su excelente mesa, pero tú nunca habías estado aquí antes —dijo el conde, inclinándose hacia mí.

—Ela estaba en la escuela de señoritas —explicó papá—. En la de *Madame Edith*, en Jenn.

—Fue tiempo perdido —dije—, ha retrasado nuestro encuentro.

Papá se sonrojó.

—Mi sobrina Blossom va a esa escuela. ¿Erais amigas?

Los champiñones élficos no me afectaban la memoria, pero odiaba decir nada que pudiera molestar a mi dulce Edmund.

—Es varios años mayor que yo.

—Blossom tiene casi dieciocho, creo. Tú no puedes ser mucho más joven.

—Cumpliré quince en septiembre.

—Eres todavía una niña —dijo reclinándose en su silla—. No puedo permitir...

—No soy tan niña —respondí—. Mi madre se casó cuando tenía dieciséis. Si tengo que morir joven como ella, preferiría haber vivido y haber amado antes.

El conde volvió a inclinarse hacia mí.

—Tienes un corazón tierno, más de mujer que de niña.

Papá tosió y le ofreció al conde un coñac. También me sirvió un poco a mí.

Edmund brindó conmigo.

—Por la impaciencia de la juventud —dijo—, que consigue siempre lo que desea. Cuando ya se disponía a marchar tomó mi mano y dijo:

—Esta noche había venido a visitar a tu padre. ¿Puedo volver otro día a verte a ti?

—Será siempre bienvenido —respondí.

Cuando Mandy vino a darme un beso de buenas noches le conté, palabra por palabra, lo que había dicho el conde después de que comiéramos los champiñones.

—¿No te parece que es adorable? —pregunté, con la esperanza de que Mandy compartiera mi felicidad.

—Parece bastante agradable —dijo de mala gana—. No es como tu padre, el envenenador.

—Pero papá también es fantástico —protesté.

—Sí, ¡fantástico! —exclamó antes de salir y dar un portazo.

Me dormí contándome a mí misma historias en las que yo era la heroína y Edmund el héroe. Pero mi último pensamiento consciente fue la imagen del príncipe Char cuando tomó la rienda del caballo de *sir* Stephan. Su cara estaba junto a la mía. Dos rizos le caían sobre la frente y algunas pecas salpicaban su nariz. Sus ojos expresaban tristeza por mi partida.

Mandy me despertó cuando terminó de recoger lo de la noche anterior. Me costó despertarme; todavía no se me había pasado el efecto de los *torlin kerru*.

—He estado pensando, cariño. A ver si lo recuerdas: ¿Lucinda te otorgó un nuevo don cuando te hizo feliz por ser obediente?

—No, eso no lo dijo. —Cerré los ojos para recordar nuestro encuentro—. Dijo: «La obediencia es un don maravilloso... Sé feliz por estar bendecida con esa cualidad tan encantadora». ¿Por qué lo preguntas?

—Pues..., en realidad no es un nuevo don, sino una orden común y corriente. No estés contenta de ser obediente, Ela. Escucha tus verdaderos sentimientos.

«Estaba feliz de poder obedecer. ¡No, no lo estaba!», me dije.

La habitación empezó a dar vueltas. Rompí a llorar, aliviada y triste a la vez. Había sido como una marioneta, como una esclava. No me había vuelto a sentir hechizada desde el último encuentro con Lucinda. Pero en aquel momento volví a sentirlo.

Después de que Mandy se fuera me volví a dormir, hasta muy tarde. Cuando desperté sentía la cabeza tan pesada que parecía que se iba a hundir en el colchón. ¡Los champiñones! Los vomité sobre la cama. Las sienes me palpitaban. Cada uno de los momentos de la noche anterior aparecieron ante mí. Golpeé la almohada, de rabia contra papá por haberme hecho actuar como una tonta.

Entonces encontré una nota en la mesilla:

Querida Ela:

Eres una coqueta encantadora. Wolleck vino al alba a pedirme permiso para declarársete.

Dejé caer la nota, temía seguir leyéndola. Si papá me ordenaba casarme con el conde tendría que hacerlo. Cuando volviera a casa y me lo dijera no tendría más remedio que obedecer. Pero antes de que llegara tenía tiempo de actuar. Mandy podía leerme lo que decía carta sin que ello supusiese una orden.

La encontré en el gallinero, hablando con las gallinas.

—¡Arriba, *Secki*!

Una de las gallinas saltó de su percha y Mandy recogió tres huevos.

—Gracias —dijo mientras se dirigía a la siguiente gallina—. ¡Arriba, *Ackol*! Sólo

necesito que me des un huevo. —Luego, me preguntó—: ¿Te apetece una tortilla?

Yo sostuve los huevos mientras ella leía la carta.

—Es típica de su señoría —dijo una vez que la hubo terminado—. Pero no conlleva peligro si te la leo.

Papá había rechazado como pretendiente al conde. Cuando se entrevistaron éste le confesó que gran parte de su propiedad había sido devastada por el fuego. Así que no era lo suficientemente rico para lo que necesitaba papá.

¡Pobre Blossom! Su herencia no valía mucho, tanto si el conde se casaba como si no.

Papá seguía diciendo:

No tengo suficiente tiempo para buscarte otro pretendiente. Pero no te preocupes, pronto te buscaré uno muy rico. Mientras, será mi cuello, en lugar del tuyo, el que probará el collar.

Hay una señora que quiere casarse conmigo, si no ando equivocado. He ido a ofrecerle mi mano y a decirle que mi corazón será siempre suyo. Si mi propuesta de matrimonio tiene éxito mandaré a buscarte para que te familiarices con mi nueva esposa.

¿Familiarizarme?

Ahórrale detalles sobre nuestra pobreza, aunque me congratulo de que no hay ni pizca de avaricia en el cariño que *Madame Olga* tiene por mí.

Te veré pronto, como un pretendiente aceptado o como un amante desengañado. Hasta entonces y hasta siempre.

TU PADRE

¡*Madame Olga*! ¡Hattie sería mi hermana!

Madame Olga aceptó la oferta de papá, y cuando expresó la satisfacción que le causaba tener una nueva hija casi me ahoga con su abrazo.

—Querida, debes llamarme mami. ¡Mami Olga suena tan agradable!

La boda iba a celebrarse en una semana, en cuanto estuviesen hechos los preparativos y Hattie y Olive hubieran vuelto de la escuela de señoritas.

—No querrán volver a la escuela después de la boda —dijo mami Olga—. Ya han aprendido lo suficiente. Viviremos aquí, juntos, y entre todas haréis más ligera mi tristeza cuando mi marido esté fuera de viaje.

Siguió con la mirada a papá, que atravesaba el salón para asomarse a la ventana.

—¿Y quién me consolará a mí? —preguntó él sin volverse.

Las encarnadas mejillas de *Madame* Olga se sonrojaron. Estaba totalmente loca por él.

Él era la solicitud personificada, la ternura en persona. Ella era pícara, coqueta y algo empalagosa. No podía pasar mucho rato en su compañía sin empezar a sentir unos horribles deseos de gritar. Por suerte, mi presencia no era requerida muy a menudo. Casi nunca me invitaban a casa de *Madame* Olga, y papá la mantenía lejos de la nuestra, que día a día iba vaciándose para poder pagar su deuda.

A mí no me importaban demasiado los muebles. Exceptuando la alfombra mágica, que Mandy y yo escondimos una tarde en que papá estaba con su futura esposa. También rescatamos el mejor de los vestidos de mamá, porque Mandy aseguraba que yo crecería pronto y me lo podría poner. Sin embargo, no nos atrevimos a tocar sus joyas. Papá se habría dado cuenta si hubiese faltado una sola pieza. Además, ninguna podía igualarse al collar que Hattie me había quitado.

La semana transcurrió tranquila. Pasé aquellos días y aquellas noches con Mandy. Durante el día la ayudaba a cocinar y a limpiar. Por la noche le leía mi libro mágico, o conversábamos las dos en la cocina, delante del hogar.

Mis únicas salidas eran a los prados reales, para ver a *Manzana*. Esperaba encontrar allí a Char, pero los mozos de cuadra me dijeron que todavía estaba fuera persiguiendo ogros.

La primera vez que había ido a ver a *Manzana* fue el día después de volver a Frell. Estaba bajo un árbol, con la vista fija en tres hojas marrones que pendían de una rama baja. Mientras lo observaba retrocedió, levantó la cabeza y fue a por una hoja que estaba lejos de su alcance.

Era magnífico, desde los prietos músculos de su patas traseras hasta la tensa línea que iba de la cadera a las pezuñas. Si Agulen lo hubiese visto habría modelado una de sus piezas inspirándose en su imagen.

Silbé. Él se giró y me miró. Le tendí una zanahoria y silbé una canción que hablaba de sirenas, las primas lejanas de *Manzana*. Cuando vio lo que le había traído sonrió y trotó hacia mí.

A los pocos días me dejó ya acariciarle la melena, y después siempre se acercaba cuando silbaba, aunque no tuviera ninguna golosina para darle. Poco después, en cuanto me veía se ponía tan contento como si le regalara una zanahoria. Empecé a confiar en él. Sus ojos grandes y atentos eran toda una invitación a la confianza, y la gracia que tenía al ladear la cabeza cuando le hablaba me hacía sentir que cada una de mis palabras era una revelación para él, a pesar de que no me entendiese.

—Hattie me odia, y me hace cumplir la primera orden que se le ocurre. A Olive le gusto, lo cual es una ventaja. Mami Olga es odiosa. Tú y Mandy sois los únicos que me amáis, y tú el único que nunca me ordenarás nada.

Manzana observaba mi rostro, sus dulces y vacíos ojos se clavaban en los míos y sus labios se curvaban formando una sonrisa.

La boda tuvo lugar en el viejo castillo. *Madame* Olga quería que se celebrara en nuestra casa, pero papá la convenció de que en el castillo todo resultaría más romántico. Ella no pudo oponerse a aquel argumento.

Cuando llegamos, papá se fue a supervisar los detalles de la ceremonia y del baile de máscaras que se iba a celebrar después. Yo salí al jardín para ver los árboles-candelabro, que estaban desprovistos de ramas y parecían hileras de huesos.

El día era frío. Seguí adelante por la avenida de olmos, procurando no congelarme, y me coloqué la máscara en un intento infructuoso de mantener la nariz caliente. No me importaba el frío, estaba decidida a permanecer fuera hasta que hubiesen llegado los invitados.

Tenía ya los dedos de los pies y de las manos entumecidos cuando me lo replanteé y decidí que sería mejor entrar. En cuanto crucé la puerta, Hattie se abalanzó sobre mí, al tiempo que sus falsas trenzas se balanceaban.

—¡Ela, te he echado mucho de menos!

Estuvo a punto de abrazarme, y temí que también a punto de susurrarme alguna orden al oído. Me aparté y la amenacé:

—Si hoy te atreves a dirigirme la palabra, Hattie, te arrancaré la peluca y se la enseñaré a todos los invitados.

—Pero...

—Ni una palabra —dije quitándome la capa. Me acerqué al fuego y permanecí junto a él mientras crecía el murmullo de la conversación a mis espaldas. No había nada que me tentara a volverme. Las llamas eran mucho más interesantes que la conversación. Me pregunté qué hacía que el fuego brillara de tal forma.

—¿No vas a presenciar la boda? —me dijo alguien. Era Olive, que me tocó el hombro y luego preguntó—: ¿Puedo quedarme aquí, contigo?

El vestíbulo estaba silencioso y le respondí:

—¿No quieres ver la boda de tu madre? —Yo sí quería ver aquel horrible acontecimiento.

—No me interesa, prefiero estar contigo.

—Pues yo voy hacia allí.

Olive me siguió y nos sentamos en la última fila de sillas.

Papá y *Madame Olga* estaban de pie ante el canciller Thomas, que ya había dado inicio a la ceremonia. Su discurso me resultó familiar, porque usaba casi las mismas frases que pronunció en el funeral de mamá. Los presentes se las sabían casi de memoria. Algunos tosían, aburridos, y una señora que había al fondo roncaba plácidamente. Olive se durmió enseguida. Un hombre que había en nuestra fila desenfundó una navaja y empezó a limpiarse las uñas.

Sólo uno de los invitados estaba absorto, quieto en su silla, asintiendo ante cualquier afirmación trivial y sonriendo mientras se secaba las lágrimas de los ojos. Olí un perfume de lilas... ¡Era Lucinda!

No debía verme. Yo era la hija del novio, así que no podía seguir fingiendo ante ella que sólo sabía hablar ayortano. Lucinda se enfurecería si llegaba a saber que la había engañado. Decidí ponerme la máscara. Una vez terminada la ceremonia podría escabullirme aprovechando la confusión de las felicitaciones. Miré de nuevo hada, preparada para disimular si se volvía.

En cuanto *sir Thomas* hubo concluido Lucinda dio un salto y dijo:

—Queridos amigos —anunció mientras avanzaba hacia papá y *Madame Olga*—, nunca había asistido a una ceremonia tan conmovedora.

Sir Thomas sonrió.

—No lo digo por el discurso monótono de ese hombre... —se oyeron risas—, sino por el amor que ha unido a esta pareja, que ya no está precisamente en su primera juventud.

—¡Señora! —intervino *Madame Olga*.

Lucinda no la escuchó y siguió hablando:

—Soy Lucinda, el hada, y voy a otorgaros un don maravilloso.

Entonces *Madame Olga* pasó del enfado al placer; exclamó:

—¡Oh! ¡Un regalo mágico, y delante de toda esta gente! ¡Oh, querido Peter, qué divino!, ¿no?

Yo estaba a punto de escapar, pero al oír lo que dijo el hada me quedé paralizada.

Papá hizo una reverencia:

—Nos honra tu presencia.

—¡Es el regalo más maravilloso que puedo otorgar! Nadie puede decirme que es dañino o tonto —exclamó asintiendo con la cabeza, con gesto desafiante—. El amor eterno. En tanto viváis os amaréis el uno al otro.

Papá se había quedado boquiabierto.

—¡Es tan romántico, querido Peter! —suspiró mami Olga mientras le tomaba del brazo.

La expresión de él cambió, y a continuación le acarició suavemente la barbilla y dijo:

—Si a ti te gusta, querida, mi vida... —Se quedó un momento perplejo—. Mi amor...

Olive se levantó de su asiento proclamando:

—¡Un hada de verdad! —Y se dirigió a donde estaba Lucinda.

Varios de los invitados rodeaban a papá y a *Madame* Olga, pero ninguno había sido tan temerario como Olive. El hada pronto empezaría a mirar a su alrededor, así que abandoné la sala.

Afuera hacía demasiado frío para esconderse, por lo que decidí subir por las escaleras. La baranda formaba una espiral abierta, ideal para bajar por ella. Resistí el loco impulso de deslizarme hasta... ¡Los brazos de Lucinda, sin duda! Oí su voz y subí corriendo las escaleras que quedaban, y cuando llegué arriba abrí una puerta y entré en un oscuro pasillo. Cerré la puerta tras de mí, me dejé caer y apoyé la espalda en ella, con las piernas estiradas sobre las baldosas de mármol.

¿Sería más feliz papá ahora, después del hechizo? ¿Habría Lucinda otorgado por fin un don que beneficiara a quienes lo recibían? Intenté imaginar aquel matrimonio. ¿Haría el amor que papá pasara por alto los defectos de *Madame* Olga?

Ensimismada como estaba, no oí unos pasos que se acercaban. La puerta contra la que me apoyaba se abrió y me arrastró con ella. Miré hacia arriba... ¡Era Char!

—¿Estás bien? —preguntó preocupado mientras se arrodillaba a mi lado.

Me incorporé, le agarré de la manga, le arrastré conmigo al interior del pasillo y volví a cerrar la puerta.

—Sí, estoy bien —dije.

—Bueno —respondió, poniéndose de pie.

No estaba segura de si sonreía o si tenía el ceño fruncido. El pasillo estaba demasiado oscuro como para saberlo a ciencia cierta. ¿Cómo podría explicarle mi comportamiento? ¿De qué creería él que me estaba escondiendo?

—Pensé que todavía estarías defendiendo las fronteras. No te vi en la boda.

—Volvimos esta mañana. Llegué justo cuando subías corriendo las escaleras. —Hizo una pausa, esperando quizá que yo me explicara. No lo hice, pero él era tan amable que no me preguntó nada al respecto—. Mi padre pasó aquí su infancia, antes de que se construyera el nuevo palacio. Solía explicarme que había un pasadizo secreto en esta planta.

—¿Y dónde desemboca?

—Se supone que tiene la salida en un túnel que hay bajo el foso. Papá solía

buscar ese pasadizo, pero nunca lo encontró.

—¿Qué te parece si lo intentamos nosotros?

—¿Te apetecería? —preguntó con entusiasmo—. Si no te importa perderte el baile...

—Me encantaría perderme el baile —respondí mientras abría una de las puertas del pasillo.

La luz inundó la estancia, y entonces me di cuenta de que Char no podía haber tenido el ceño fruncido, pues sonreía tanto que me recordó a *Manzana*.

Estábamos en una habitación en la que había un armario vacío y dos ventanales. Golpeamos las paredes en busca de algún sonido hueco, buscamos juntas ocultas y revisamos las tablas del suelo, preguntándonos quién habría usado el pasadizo y para qué.

—Para avisar a Frell del peligro —sugirió Char.

—Para escapar de un hada loca.

—Para huir de un castigo.

—Para abandonar una fiesta aburrida.

—¡Eso es! —exclamó Char.

Pero los medios permanecían ocultos, cualquiera que hubiese sido la razón para huir. Examinamos el resto de las habitaciones de forma cada vez menos exhaustiva, hasta que nuestra búsqueda acabó siendo como un paseo. Ibamos por el pasillo abriendo puertas y asomando la cabeza. Sólo buscábamos algún indicio prometedor.

Mientras, tuve tiempo de pensar una excusa tonta que explicara mi presencia en el piso de arriba.

—¿Sabes por qué me he encerrado aquí? —pregunté.

—No tengo ni la menor idea —dijo Char abriendo una puerta—. Aquí tampoco hay nada que valga la pena.

—Para huir de la tentación.

—¿Qué tentación? —dijo sonriendo, anticipándose a mi respuesta. Ya me conocía y sabía que sería divertido. Tuve que ingeniármelas para sorprenderle.

—¿A que no lo adivinas?

Negó con la cabeza.

—La tentación de bajar por la barandilla de la escalera, por supuesto.

Entonces rio, sorprendido.

—¿Y por qué estabas en el suelo, bloqueando la puerta?

—En realidad estaba sentada.

—¿Y por qué estabas sentada?

—Me imaginaba que me deslizaba por la barandilla.

Volvió a reír.

—Pues tendrías que haberlo hecho, yo te hubiera esperado al final de la escalera.

Entonces los compases de una alemanda que tocaba la orquesta llegaron hasta nosotros.

El pasillo donde nos encontrábamos terminaba en una escalera, llena de puertas que desembocaban en otros pasillos, más o menos parecidos.

—Si no tenemos cuidado volveremos a pasar por aquí —dijo Char—. Parece un laberinto.

—Hansel y Gretel utilizaron piedrecitas y migas de pan para encontrar el camino de vuelta. Nosotros no tenemos nada.

—Tenemos más de lo que ellos tenían. Hansel y Gretel eran muy pobres. Debe de haber algo... —dijo mirándose el traje. Entonces arrancó un botón de marfil de su jubón. Un poco de forro de seda asomó por el lugar donde antes había estado el botón. Observé maravillada que Char lo colocaba sobre una de las baldosas del vestíbulo que acabábamos de abandonar—. Esto servirá para señalar el camino —dijo, y a continuación añadió con una risa sofocada—: Estoy destruyendo mi dignidad al destruir el traje, y tal vez sea para nada.

Después de buscar a lo largo de seis pasillos, sin encontrar el pasadizo secreto, y después de que a Char ya no le quedaran botones, subimos por la escalera trasera. Terminaba en un pasillo al aire libre que conducía a una torre, y lo atravesamos bajo un viento helado.

La habitación de la torre había sido un jardín interior con pequeños árboles plantados en macetas de madera. Me senté en un banco de piedra. Hacía mucho frío, pero al menos estábamos resguardados del viento.

—¿Venían hasta aquí los jardineros del rey? —pregunté—. ¿Están muertos estos árboles?

—No lo sé —respondió Char mientras miraba fijamente el banco donde yo me sentaba—. Levántate.

Obedecí, claro. Lo empujó con su pie y el banco cedió.

—Parece que se puede levantar —exclamo.

—Aquí seguramente sólo habrá herramientas de jardinero —dije mientras le ayudaba.

Lo que yo pensaba era cierto, pero no del todo. Encontramos una pala, un cubo y un pequeño rastrillo. También había telarañas, e indicios de la presencia de ratones, a pesar de que era imposible saber cómo entraban y salían. En un rincón había un delantal de cuero.

Char retiró el delantal y halló debajo un par de zapatillas y un par de guantes. Los guantes estaban manchados y repletos de agujeros, pero las zapatillas resplandecían como si fueran nuevas. Char las levantó con cuidado.

—Creo que son de cristal. Ven.

Quería que las tomara, pero yo sólo logré asir una y la otra cayó al suelo. Antes de que se rompiera en pedazos ya sentí la pérdida de aquella maravilla.

¡Pero no se rompió, la zapatilla era irrompible! La levanté y le di unos golpecitos. El sonido era como el de una copa de cristal.

—Pruébatelas.

Me quedaban perfectas. Alcé los pies para que Char pudiera verlas.

—Ahora levántate.

—Seguro que se rompen si lo hago —dije, pero no podía eludir la orden.

—Quizá no.

Me puse de pie y di un paso. Las zapatillas se adaptaban del todo a mi movimiento. Me volví, perpleja, hacia Char. Entonces se oyeron los lejanos acordes de la orquesta. Di otro paso y giré sobre mí misma.

Char hizo una reverencia.

—La joven dama no puede bailar sola.

Yo hasta entonces sólo había bailado en la escuela, con otra compañera o con una profesora como pareja.

Char posó su mano sobre mi cintura y mi corazón empezó a latir a un ritmo aún más fuerte que el de la música. Levanté mi falda con una mano y Char me tomó de la otra. Su tacto era cálido, a la vez que perturbador y desconcertante.

Empezamos a bailar. Char nombraba cada una de las danzas: gavota, zarabanda lenta, courante, alemanda...

Bailamos mientras duró la música. Una vez, en el intermedio entre dos danzas, me preguntó si quería volver a la fiesta.

—¿No te estarán buscando?

—Quizá —dije, e imaginé que Hattie y Olive preguntarían dónde estaba, y que papá y *Madame* Olga ni se darían cuenta de mi ausencia. Pero no podía volver. Lucinda podría estar aún allí—. ¿Tú quieres que volvamos?

—No, no. Yo sólo he venido para verte a ti. —Y añadió—: Para comprobar que habías llegado a casa sana y salva.

—*Sir* Stephan me cuidó muy bien, y los gigantes también. Por cierto, ¿atrapaste a más ogros?

—*szah, suSSfyng mOOngpsySSahbuSS* («Sí, estaban riquísimos»)-respondió él.

Me reí; su acento era atroz. Char se encogió de hombros apenado.

—Se reían y no me escuchaban. Bertram era el mejor. Los ogros le obedecían casi siempre.

La música empezó de nuevo, una majestuosa pavana. Casi no podíamos hablar mientras bailábamos.

—Un hada le concedió a papá y a *Madame* Olga un regalo especial: amor eterno —comenté—. ¿Qué piensas de ese regalo?

—No me gustaría tener que estar bajo un hechizo para amar a alguien.

Recordé el plan de papá para casarme y dije:

—A veces la gente se ve forzada a contraer matrimonio. Si tienen que casarse por obligación, al menos es mejor que se amen.

Char frunció el ceño.

—¿De verdad crees eso? Yo no.

Había hablado sin pensarlo demasiado.

—A ti no te concierne, pues puedes casarte con quien quieras —dije.

—¿Y tú no puedes?

Me puse colorada, furiosa conmigo misma por haber estado a punto de revelar mi hechizo.

—Creo que sí —murmuré—. De todas formas, los dos somos aún demasiado jóvenes para casarnos.

—¿Lo somos? —preguntó sonriendo—. Yo soy mayor que tú.

—Bueno, yo también soy mayor —dije desafiante—. El regalo del hada ha sido horrible. Odiaría estar obligada a amar a alguien.

—Estoy de acuerdo. El amor no tendría que ser impuesto.

—¡Nada tendría que serlo! —exclamé. Un comentario algo absurdo para decírselo a un futuro rey, pero lo dije pensando en Lucinda.

Él respondió muy serio:

—Se debería dictar lo menos posible.

Cuando la orquesta dejó de tocar nos sentamos juntos en el banco y contemplamos el cielo, que se oscurecía lentamente. A veces hablábamos, otras estábamos en silencio. Él me explicó más de su aventura con los ogros. Luego me contó que tenía que volver a irse dentro de dos días, para pasar un año en la corte de Ayorta.

—¡Un año!

Ya sabía que los futuros mandatarios de Ayorta pasaban largos periodos en la corte de Kyrria, y viceversa. Esa costumbre había hecho que se conservara la paz durante dos siglos. Pero ¿por qué ahora, precisamente?

Char sonrió ante mi consternación.

—Mi padre dice que ya es hora de que lo haga. Te escribiré; sabrás todo lo que hago. ¿Me escribirás tú también?

—Claro que sí, pero yo no tendré hazañas que contarte. Usaré la imaginación y tú tendrás que decidir qué es lo real y qué lo imaginado.

Nos llegó el ruido de unos caballos y un carruaje, lo cual significaba el final de la fiesta. Me acerqué a una ventana y miré hacia abajo. Papá y *Madame* Olga despedían a los invitados, mientras Hattie y Olive rondaban por allí. Lucinda estaba junto a *Madame* Olga.

—El hada aún está aquí —comenté—, junto a la novia.

Char se acercó también.

—Quizá quiere observar los efectos de su hechizo.

—¿Tú crees?

—No sé —dijo observándome—. Si quieres puedo decirle que se vaya. No creo que le guste desobedecer a un príncipe y tenerle por enemigo.

—¡No lo hagas! —exclamé, pensando que en realidad un príncipe no causaría ningún efecto sobre Lucinda—. Limitémonos a mirar.

Después de que se fueran los últimos invitados, Lucinda besó a papá y a *Madame*

Olga en la frente. Luego alzó los brazos y miró hacia el cielo estrellado. Por un momento creí que me veía, pero no, sólo sonrió con su deslumbradora sonrisa y... desapareció.

Char dio un paso hacia atrás, y yo suspiré tranquila. Tendríamos que bajar —dije—. Pronto empezarán a buscarme.

Todavía había suficiente luz. En pocos minutos estuvimos en la planta superior del vestíbulo, frente a las escaleras.

—Aquí no hay nadie —comentó Char—. No es necesario que resistas más la tentación.

—Lo haré si tú también lo haces.

—Yo iré primero, y así te podré esperar al final de la barandilla.

Char se deslizó tan atrevidamente que pensé que debía haber practicado mucho en su castillo.

Llegó mi turno. Aquella bajada fue como un sueño, mucho más larga y empinada que por la baranda de casa. Pareció que el vestíbulo se acercara para esperarme. Y Char estaba allí; me tomó entre sus brazos y empezó a dar vueltas.

—¡Otra vez! —exclamó. Subimos corriendo mientras me decía—: Verás cuando pruebes la de casa.

¡Su casa! ¿Cuándo podría hacerlo?

—¡Allá voy! —gritó mientras salía disparado.

Le seguí. Cuando ya casi estaba llegando al final se abrió la puerta. Aterricé en los brazos de Char mientras los rostros atónitos de papá y de mi nueva familia me miraban.

El príncipe, de espaldas, no los vio y empezó a dar vueltas como antes, hasta que se dio cuenta de que no estábamos solos y me dejó suavemente en el suelo. Hizo una reverencia a papá y a *Madame Olga*, con su jubón sin botones ondeando. Reía tanto que casi no podía hablar.

Papá forzó una sonrisa y *Madame Olga* también, mientras que Olive y Hattie tenían el ceño fruncido.

Como estaban absortos me apresuré a ocultar las zapatillas de cristal bajo los pliegues de mi falda.

—Gracias por honrarnos con su presencia —dijo papá tras dar tiempo a Char para sosegar, aunque no fue el suficiente.

—Les deseo... —dijo antes de un estallido de risa—. Mis mejores deseos de felicidad... —Risas—. Perdónenme, no me río... —volvió a reír— de ustedes. Por favor comprendan que... —Y poco a poco se le fue la risa.

Papá se rio entre dientes. Yo también reía sin poder parar, agarrándome a la baranda para no caerme. No pude remediarlo, a pesar de que sabía que Hattie me lo haría pagar de alguna manera.

Tras una torpe y última reverencia, Char se marchó.

—Veo que has hecho una nueva conquista, Ela —comentó papá.

—El príncipe no... —empezó a decir Hattie.

—No he hecho ninguna conquista —interrumpí—. Tus champiñones ya hicieron una por mí. Además, pronto Cha..., el príncipe, se irá para pasar un año en Ayorta.

—Querido, ¿tenemos que quedarnos en este vestíbulo? —dijo *Madame Olga*, alargando su labio inferior como si hiciera pucheritos.

—¡Cariño, estás helada! Nos vamos enseguida —respondió papá colocando su capa sobre los hombros de su nueva esposa.

En el coche estaba apretujada entre Hattie y Olive, incómoda pero al menos caliente. *Madame Olga* casi me aplastó cuando se volvió, ansiosa, hacia papá y dijo:

—Antes me pareció poco apropiado preguntártelo, pero ahora, querido, ¿me dirías a cuánto asciende nuestra fortuna?

—¿Por qué lo preguntas? Somos igual de ricos que antes, tontita. ¿Piensas que las bodas hacen que se llenen las arcas? —respondió él poniendo un brazo alrededor de su hombro.

—No, cariño —murmuró ella—. Tan sólo quería saberlo.

—Pues ya sabes...

—Seré una tontita, pero no lo sé. Quiero decir que sé cuánto tengo yo, pero no cuánto tenemos entre los dos.

Papá se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Querida, tienes que ser valiente.

Me preparé para lo que iba a venir.

—Vine a ti como un hombre pobre, ofreciéndote tan sólo mi persona. Esperaba que eso fuera suficiente.

Ella le acarició la mejilla.

—Claro que eres suficiente para mí. —Pero de repente pareció entender las palabras de papá y exclamó—: ¿Pobre? ¿Qué quieres decir con eso de pobre? ¿Es sólo una forma de hablar o realmente quieres decir que no tienes dinero?

—De mi ruina pude salvar mi ropa, a Ela y poco más.

—¡Mamá! —chilló Hattie—. Ya te había avisado. ¿Qué le diremos ahora a la gente? Conozco a Ela y...

Los gritos de Hattie quedaron ahogados por los lamentos histéricos de *Madame Olga*:

—¡No me amas! ¡Me has decepcionado, amor!

Papá la atrajo hacia sí. Ella sollozó sobre su hombro.

—¿Somos pobres? —preguntó Olive con expresión de pánico—. ¿Nos hemos quedado sin dinero? ¿Vamos a morir de hambre?

—Cállate, Olive —cortó Hattie—. No somos pobres, pero Ela sí lo es. Tenemos

que compadecemos de ella, aunque...

Madame Olga volvió a interrumpirla; había dejado de llorar y se zafó de los brazos de papá. Se abalanzó sobre mí y me arrancó el bolso.

—¿Qué llevas ahí? —gruñó volcando el contenido sobre su falda—. ¿Monedas? ¿Joyas?

Sólo llevaba un pañuelo y un peine, que examinó con detalle.

—Filigrana de plata; me lo quedo —dijo lanzándome el bolso y arremetiéndome otra vez contra mí. El coche se movía mientras *Madame Olga* forcejeaba para arrancarme la pulsera que llevaba. Intenté apartarla pero se aferró con más fuerza a mi brazo.

Papá la apartó y tomándola de las manos le dijo:

—Olga, tú y yo nos amamos. ¿Qué más importa? Además, cuando vuelva a mis negocios recuperaré el dinero que he perdido, y ganaré mucho más aún.

Ella no le prestó atención.

—No quiero tener a esta pobretona en mi casa. Tendrá que ganarse el sustento.

—Olga, cariño, espero que Ela sea tratada con respeto —dijo papá—. No va a ser una criada en su propia casa. ¿Lo entiendes, cariño?

Madame Olga asintió, pero me dirigió una mirada envenenada. Hattie dijo:

—Mamá, espero que cuando seamos más ricas podamos...

Entonces un lacayo abrió la puerta del carruaje: habíamos llegado a mi nuevo hogar.

Mi baúl fue arrastrado a través de oscuros pasillos hasta la habitación de los invitados, que estaba del todo amueblada pero era terriblemente oscura. La doncella encendió las lámparas, que iluminaron un poco pero no suavizaron aquella sensación de oscuridad. Abrió la cama y me dejó sola.

Deseé que Mandy pudiera venir a darme las buenas noches, pero no llegaba hasta el día siguiente. Estaba sola con mis miedos. ¿Qué pasaría después? ¿Cómo intentaría castigarme *Madame Olga* para traicionar a papá? ¿Cuánto tardaría Hattie en reanudar su tiranía sobre mí?

No tuve que esperar mucho para saberlo. Al día siguiente me dio su primera orden, cuando uno de los criados anunció que había venido Char y que preguntaba por mí.

Hattie me ordenó que permaneciera en mi habitación mientras ella le recibía.

—No estorbes, querida.

—Él quiere verme a mí. Eres tú quien estorba.

—Ve a tu habitación, Ela —dijo acariciando el collar de mamá—. El príncipe también me pertenece.

Una vez en mi habitación golpeé el suelo, esperando que Char pudiera oírlo y tratara de saber de dónde provenía el ruido. Pero las paredes y los suelos de aquella casa eran demasiado gruesos para que los atravesase el sonido de los golpes.

—Al principio Char insistía en verte, pero yo le convencí de que no estabas. Cuando nos despedimos me dijo que nunca olvidaría nuestra conversación.

El príncipe volvió al día siguiente, y tampoco me fue posible salir de mi habitación. Pasé casi todo el tiempo que duró su visita de pie ante la puerta, tratando de vencer el hechizo y salir. El resto del tiempo estuve junto a la ventana, esperando verle. Cuando ya se iba echó un último vistazo a la casa. Le saludé con la mano, pero él dio media vuelta y se marchó.

Un fragmento de su diario apareció en mi libro mágico, la noche en que partía para Ayorta. Me había visto.

Ela me está esquivando. He ido dos veces a su casa y me han dicho que no estaba. Su hermanastra Hattie dijo que volvería enseguida, y por eso esperé durante horas, pero Ela no apareció.

Ayer, cuando al fin me di por vencido, eché una última mirada a la casa mientras me alejaba. Y allí estaba ella, de pie tras una ventana del piso superior.

Podía haber entrado de nuevo e insistir en verla, pero me sentí confuso. ¿Qué hacía allí? ¿Se escondía? ¿Estaba enfadada? Si lo estaba tendría que haber bajado al salón y habérmelo dicho. Creía que teníamos la suficiente confianza como para eso.

Al fin decidí volver por la tarde y preguntar por ella, pero cuando llegué a casa me encontré con que mamá había preparado una fiesta familiar sorpresa para despedirme, así que no pude. Esta mañana hubiera ido, pero papá estaba impaciente por partir y no podía hacerle esperar.

Quizás esté avergonzada por haberse deslizado por la barandilla, y me culpe por haberla incitado a hacerlo. Quizá su padre y su nueva esposa estén disgustados con ella.

Pero me hubiera gustado hablarle de aquella tarde, de lo bien que lo pasamos juntos deslizándonos por la barandilla. ¡No nos dimos cuenta de que mis pantalones se iban rasgando poco a poco!

Eso la haría reír. Ela me hace reír a mí con mucha facilidad, y tengo ganas de devolverle alguna vez ese favor.

Y en lugar de hablar con ella tuve que escuchar el inacabable parloteo de Hattie. No sé cómo puede pronunciar las palabras esa chica mientras sonrío, enseñando los dientes más largos que jamás he visto.

Debe de ser muy hábil cascando nueces, aunque no es muy cortés que diga eso. Sus dientes tampoco son tan largos.

La hermanastra más joven, Olive, casi no hablaba, pero lo poco que decía era alucinante. Quería saber, por ejemplo, si la gente tenía que darme su dinero si yo se lo pedía. Cuando le pregunté por qué razón querría yo apoderarme del dinero de mis súbditos se sorprendió y dijo, como si fuera la cosa más normal del mundo: «Para ser más rico».

Eso fue lo que tuve que soportar mientras Ela permanecía escondida, y

ahora ya no la podré ver hasta dentro de un año.

Tenía que escribirle. Si pensaba que estaba enfadada con él no me escribiría. Pero ¿cómo podía explicarle lo que pasaba?

En la habitación de los invitados que ocupaba había papel, tinta y pluma. Afilé la pluma y a continuación me di cuenta de que no sabía cómo empezar. No podía llamarle «Char» a secas, pero «Querido Char» sonaba irrespetuoso. «Querido príncipe Charmont» o «Su Majestad» era demasiado formal. Y tampoco sabía cómo iba a despedirme: «Tuya, sinceramente», parecía demasiado seco, pero «Tu amiga» era demasiado infantil.

Opté por omitir el encabezamiento y empecé a escribir. Pondría su nombre en el sobre, con lo cual no habría duda de a quién iba dirigida la carta.

He estado confinada en mi habitación. Vi cómo venías a casa y cómo te marchabas. Te saludé, pero quizá no me viste. Papá está enfadado conmigo. No tiene nada que ver contigo. Se molestó porque abandoné la ceremonia demasiado pronto.

Me quedan dos días más de enclaustramiento. Ahora que te has ido y he perdido la esperanza de decirte adiós me siento muy mal. Espero que me escribas, y no sólo para contarme cosas sobre Ayorta. Tengo muchas preguntas que hacerte, y algunas son algo impertinentes. Cuando eras pequeño, ¿estudiabas con otros niños, o tenías un tutor para ti solo? Supongo que eras muy brillante en todas las asignaturas, ¿es eso cierto? ¿Quién cuidaba de ti? ¿Cuándo descubriste que eras un príncipe y que llegarías a ser rey? ¿Qué supuso para ti saberlo?

Por favor, si mis preguntas te ofenden, no las respondas.

A continuación le conté cosas de mi pasado. La muerte de mamá, los juegos a los que jugaba con ella y con Mandy, el sabor del tónico, las historias de hadas... Omití sólo los dos hechos más relevantes: el hechizo de Lucinda y que Mandy era un hada.

Luego le prometía lo siguiente:

En mi próxima carta te contaré más cosas de la escuela de señoritas, de los elfos y de Areida, mi amiga de Ayorta. Si me escribes pronto te mandaré una receta de Mandy y mía para el pudíng en forma de rollo. (La cocina es otra de mis habilidades, y no la aprendí en la escuela). Así podrás hacer la receta para impresionar a tus huéspedes.

Si me escribes, por favor no me dirijas las cartas a mí, ni pongas tu nombre en el remite. Dirígelas a Mandy; ella encontrará la forma de hacérmelas llegar.

No te extrañes si te pido todo esto. Mi única esperanza es que alguien que se desliza por una barandilla tan hábilmente como tú no tendrá ningún escrúpulo en cumplir esta petición.

Como diría mi amiga de Ayorta: «*Adumma ubensu enusse onsordo!*», o «¡Por favor, escribe pronto!».

Terminaba con «Tu impaciente amiga Ela». Aquel adjetivo, de alguna forma, hacía que lo demás no pareciese tan infantil. Volví al principio y encabecé la carta con «Querido Char».

Pero ¿cómo iba a enviar la carta? No tenía ni idea de adonde dirigirla.

Al fin la dirigí a la familia real de Ayorta, con la esperanza de que no cayera en otras manos que no fueran las de Char.

Ya sólo podía esperar su respuesta. Mientras, ¿qué haría para soportar a mi nueva familia?

Tres días después de que Char se fuera, papá se marchó también de viaje. Antes de irse habló conmigo en privado, en el pequeño salón que había convertido en su estudio.

—Partiré al mediodía —dijo—. Gracias al cielo el hada me dejó intacto el deseo y la razón y así puedo irme con tranquilidad, a pesar de que echaré de menos a mi Olga cuando esté fuera. ¡Vaya regalo! Si pudiera agarrar este cuchillo —exclamó acariciando la vaina que pendía de su cintura— y separar la parte de mi corazón que pertenece a mi esposa, sin duda lo haría.

Yo estaba segura de que mi padre nunca se haría daño a sí mismo, y cambiando de tema pregunté:

—¿Por qué debo quedarme con ellas?

—¿Adónde irías si no? Recuerda que te escapaste de la escuela de señoritas, y aquí estarás en mejor compañía que si vienes conmigo. No te vuelvas a escapar, por favor.

—Tú eres mejor compañía que ellas —dije. Y era verdad; en papá aún quedaba un poco de honestidad, algo de lo que carecían por completo Hattie y *Madame* Olga.

—Eso sí que es un cumplido. Ven y despídete de tu padre.

—Adiós.

—Te echaré de menos, pequeña —dijo besándome la frente—. La verdad es que prefiero amar a mi esposa en la distancia. Has de saber que tardaré en volver.

—No me importa —respondí, aunque más tarde descubriría que sí me importaba.

En cuanto el carruaje de papá desapareció por el camino *Madame* Olga se secó las lágrimas y ordenó a un criado que trasladara mis pertenencias a una habitación del ala del servicio.

Aquella estancia con una ventana minúscula, y sin chimenea, parecía más una celda que un dormitorio. Sólo había espacio para un jergón en el suelo y para un pequeño armario. Hacía mucho frío, pues ya estábamos a finales de noviembre. Allí, en diciembre, me convertiría en un auténtico témpano.

Después de que mis cosas fueran trasladadas *Madame* Olga me mandó llamar. Hattie y Olive estaban con ella, en el salón trasero que daba al jardín. Me senté junto a la puerta.

—No debes sentarte en presencia de tus superiores, Ela.

Sin embargo, no me moví.

—Tú... —murmuró *Madame* Olga.

—Ponte de pie, Ela —me ordenó Hattie.

Me resistí durante unos instantes, pero luego me levanté.

Hattie me puso un brazo alrededor de los hombros y dijo:

—Ela será obediente, mamá. Dile a mamá lo obediente que serás.

—Seré muy obediente —refunfuñé mientras pisaba con mi tacón el pie de Hattie,

que chilló de dolor.

—¿Qué significa esto? —preguntó *Madame Olga*.

—Significa que Ela hace cualquier cosa que se le ordene. No sé por qué, pero lo hace.

—¿De verdad?

Hattie asintió con la cabeza.

—¿Quieres decir que también me obedecerá a mí? —preguntó entonces Olive.

—Da tres palmadas, Ela —me ordenó *Madame Olga*.

Sujeté los costados de mi falda con las manos bien apretadas.

—Sólo tardará un momento —dijo Hattie—. Intenta resistirse, mira qué colorada se ha puesto.

Al fin di las palmadas.

—¡Qué hija más inteligente tengo! —exclamó *Madame Olga* sonriendo a Hattie.

—Sí, tan inteligente como guapa —comenté.

Ambas intentaron contestar a la vez, y entonces se callaron confundidas.

—Hattie no es guapa —dijo Olive.

Madame Olga hizo sonar la campanilla. En unos minutos aparecieron dos criadas, seguidas de Mandy y el resto del servicio.

—De ahora en adelante Ela será parte del servicio —sentenció *Madame Olga*—. Enseñadle a ser una buena criada.

—Yo la tomaré como ayudante —dijo la lavandera.

Reprimí un grito. El primer día en casa de *Madame Olga* vi que la lavandera le puso un ojo morado a una doncella.

—Necesito alguien en la cocina para que friegue los platos —dijo Mandy—. Conozco a esta muchacha. Es tozuda pero aprenderá pronto. ¿Puedo tomarla como ayudante, señora?

Desde su boda, *Madame Olga* había estado comiendo los guisos de Mandy, en raciones cada vez mayores. En aquel momento hubiera concedido a Mandy cincuenta ayudantes con tal de tenerla contenta.

—¿Estás segura de que la quieres? ¿No es demasiado obstinada?

—Estoy segura —respondió Mandy—. No le tengo ningún cariño especial a la chica. A su madre sí que la quería mucho. Le enseñaré a cocinar, pero la señora la podrá utilizar también para otros menesteres. Aunque no dejaré que nadie le haga daño, espero que me comprenda.

Madame Olga se irguió cuan larga y ancha era y dijo:

—¿Estás tratando de amedrentarme, Mandy?

—Por supuesto que no, señora. Sólo trato de mantener mi situación. Todas las grandes cocineras de Kyrria son amigas mías, y si algo le pasara a la chica no sé quién cocinaría para usted.

—Lo que no quiero es que se desperdicie.

—¿Desperdiciarse? La haré trabajar más duramente de lo que nunca ha trabajado

en su vida, y con el trato usted gana una buena cocinera.

La propuesta era irresistible.

A media mañana de mi segundo día de sirvienta apareció Olive en la cocina.

—Tengo hambre —gruñó, a pesar de que hacía sólo una hora que había desayunado—. Hazme un pastel de nata.

Mandy empezó a preparar los ingredientes.

—Quiero que lo haga Ela —dijo colocándose junto a mí, que estaba preparando la mezcla—. Y además que me hable.

—¿Qué tengo que decirte?

—No sé. Cualquier cosa.

Le narré un cuento de hadas, acerca de un príncipe con una larga nariz que amaba a una princesa que tenía la nariz muy pequeña. Era un cuento divertido y triste a la vez, y me gustaba contarlo. Mandy, mientras cocinaba, sonreía o suspiraba en los momentos precisos. Olive sin embargo, permanecía en silencio, con los ojos clavados en mí.

—Cuéntame otro —ordenó cuando anuncié que ya había llegado al final. Sospeché que no se había enterado de nada, pero le hice caso y seguí con *La Bella y la Bestia*. Se me estaba quedando la boca seca, así que me serví un poco de agua.

—Dame a mí también —pidió. Volví a llenar la copa y me pregunté si el resto de mi vida lo pasaría dándole de comer a aquel..., aquel pozo sin fondo.

—Otro cuento —exigió Olive cuando hubo terminado de beber. Y volvió a repetirlo después de que le contara *Rapunzel*, y después de *Hansel y Gretel*. Antes de que pudiera ordenarme que siguiera con los cuentos, cuando hube terminado de contar *El rey Midas*, le pregunté con la poca voz que me quedaba si le había gustado.

Ella asintió con la cabeza, y entonces le dije que me repitiera lo que acababa de contarle.

—Pues se trata de un rey que convierte en oro todo lo que toca y que vive feliz para siempre. Quiero otro.

Ya le había contado todos los que sabía.

—Quiero dinero —dijo entonces, sin duda pensando en la historia del rey Midas—. Dame tu dinero.

Yo sólo tenía unos pocos KJs que papá me había dado antes de irse. Los guardaba para una emergencia.

—¿No quieres que Ela termine el pastel? —sugirió Mandy—. Creía que estabas hambrienta.

—¡No! —chilló Olive—. Quiero su dinero.

Mandy volvió a intentarlo y preguntó:

—¿Cómo puede ser que una muchacha tan rica como tú quiera apoderarse de los escasos ahorros de una criada?

—Para hacerme más rica —murmuró Olive—. Mamá y Hattie tienen mucho más

dinero que yo. ¡No es justo!

Me dolía la cabeza, debido a la resistencia que oponía al hechizo y a los gritos de mi hermanastra. Aparté el cuenco donde estaba mezclando los ingredientes del pastel y le dije:

—Ven conmigo.

Tenía los ahorros en mi habitación, en el fondo de mi maletín. Los busqué sin dejar que Olive viera mis tesoros: el lobo de Agulen y las zapatillas de cristal. Si las hubiera visto no habría reconocido el valor que tenían, pero podía contarle a su madre y a Hattie lo que había encontrado.

Sólo tenía tres KJs de plata, lo justo para comprar algo de comer o pasar una noche en una posada. Olive los contó varias veces.

—Tengo que esconderlos —dijo mientras cerraba el puño. Luego se fue.

Me había quedado sin un céntimo, desposeída del poco poder que unas cuantas monedas podían darme.

Permanecí sentada en la cama durante un cuarto de hora, gozando de un poco de tranquilidad y tratando sin éxito de encontrar alguna forma de romper el hechizo. Luego volví a la cocina para ayudar a Mandy con la comida. Allí estaba Olive.

—Sigue hablando —ordenó.

Por la noche se iba a celebrar una cena especial, para consolar a *Madame Olga* por la partida de papá. Me ordenaron que fregase el suelo del vestíbulo, que era donde tendría lugar el evento. *Madame Olga* venía cada dos por tres a supervisar.

—Tienes que fregar arrodillada, y añadir lejía al agua para que quede más limpio.

En cuanto sumergí las manos en el agua sentí un fuerte dolor, como una quemazón. Las saqué del cubo enseguida.

—No te detengas antes de empezar. La cena es esta noche, no la semana que viene.

Me llevó tres horas hacer el trabajo, y los nudillos me empezaron a sangrar al cuarto de hora de haber empezado. A veces pasaba algún criado junto a mí. Algunos se burlaban, otros parecían comprensivos. Nancy, la camarera, vino durante una de las inspecciones de *Madame Olga*. Se colocó detrás de ella e hizo ver que le echaba un cubo de agua sobre la cabeza.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —preguntó *Madame Olga*.

Negué con la cabeza y dejé de sonreír.

Por fin terminé. Además de sangrarme las manos, tenía las rodillas magulladas y me dolían los brazos. Me hubiera gustado ser una criada de verdad, para poder dejar aquel empleo y buscarme otro.

Volví a la cocina a ayudar a Mandy. Por suerte estaba sola. En cuanto me vio fue corriendo a buscar hierbas, ungüentos y su tónico, para curarme.

—Siéntate, cariño. Te pondrás bien enseguida.

Aunque sus remedios hicieron milagros me sentí mucho mejor cuando pude

vengarme, a la hora de la cena. Mandy había echado perejil sobre las truchas y Nancy estaba a punto de servírselas a los invitados.

—Espera —le dije. Fui corriendo al estante de las especias y rocié con pasiflora uno de los platos—. Dale éste a mi madrastra.

—¿Qué? —exclamó Nancy, atónita.

—No lo hagas —replicó Mandy—. No quiero que la señora me eche la culpa después si empieza a roncar delante de sus invitados.

—¿Sólo por eso? Ahora mismo se lo llevo —dijo Nancy marchándose con el plato.

—Buena chica, Nancy —comentó Mandy con una sonrisa maliciosa.

Antes de que finalizara la cena, dos criados tuvieron que acompañar a *Madame Olga* a la cama. Pero la fiesta continuó, y terminó en un baile que pude presenciar gracias a que Hattie me había ordenado que vigilara el fuego. Aquella noche todos me vieron sucia, cubierta de grasa y de hollín.

Después, mientras me desvestía en mi habitación, pensé en escapar. Pero Mandy sólo usaba magia menor, lo cual no me servía para nada, y Char estaba muy lejos y no sabía nada de mis problemas.

¡Papá! Odiaba tener que pedirle ayuda, pero era el único que podía echarme una mano. Le escribiría.

Intenté despertar el orgullo de papá en mi carta, así que le describí los detalles más deshonrosos acerca de mi condición de criada. Estaba segura de que se pondría furioso, por ejemplo, cuando leyera que tuve que vigilar el fuego ante la presencia de todos los cortesanos.

¿Cómo se atreven a tratarme así? Además lo hacen en contra de tus deseos. Me obligan a trabajar, y cuanto más ruda es la tarea, mejor.

Te ruego que vuelvas a casa. Aquí, en Frell, trabajan muchos comerciantes, ¿por qué no puedes ser tú uno de ellos? Ven, por favor. Te necesito mucho. Sabes que no te pediría ayuda si no fuese tan necesario. Ven pronto. Cuento los días que pasan hasta que vuelvas.

Tu hija,

Ela

Le di la carta a Mandy para que ella se la diera al cochero del correo, que conocía a papá. Si le alcanzaba en el camino quizá podría entregársela, antes de que le llegara a Char mi carta anterior. Papá podría estar pronto de vuelta.

Yo resistiría hasta entonces, mientras no le viera o no supiera de él. Me mantuve lo más alejada que pude de mi nueva familia, y cuanto más trabajaba de fregona y más sucia estaba, menos me molestaban Hattie y *Madame* Olga. Creo que veían en mi miseria la prueba de su triunfo.

Olive, en cambio, no me dejaba ni un momento de descanso, y para escapar de ella tenía que esconderme. El lugar más seguro era la biblioteca. Aunque no me atrevía a permanecer mucho tiempo en ella, conseguía pasar algunos ratos leyendo los polvorientos libros de *Madame* Olga. A nadie se le ocurriría buscarme allí, ni visitar la biblioteca por placer.

No sé si estaba más ansiosa por tener noticias de papá o de Char. Seguí pensando en el príncipe y deseaba poder hablar pronto con él. Si pensaba en algo divertido me imaginaba contándoselo. Cuando lo que pensaba era serio hubiera querido conocer su opinión.

A pesar de que pasaron varias semanas sin tener respuesta de papá, la primera carta de Char llegó sólo diez días después de haberle mandado yo la mía. A ésta le siguieron otras muchas, a lo largo de los seis primeros meses de su ausencia. Durante aquel tiempo no tuve noticia alguna de papá.

Tal como le había sido indicado, Char mandaba sus cartas a Mandy, que fingía

tener un admirador. A Hattie y a *Madame* Olga les divertía el romance de Mandy, aunque yo no entendía por qué les hacía tanta gracia, pues no había nada más absurdo que el amor de papá y su nueva esposa.

La caligrafía de Char era grande y redonda, las letras estaban uniformemente espaciadas y perfectamente delineadas. Todo lo contrario de la mía, que era condensada, puntiaguda y casi indescifrable. Su letra mostraba un carácter armonioso y una naturaleza honesta, mientras que la mía, según decía Areida, pertenecía a un carácter imaginativo, impulsivo e impaciente.

Querida Ela:

Aquí me han cambiado el nombre, me llaman Echarmote, que suena más como un estornudo que a nombre propio. No saben pronunciar Char, y no hay forma de convencerles de que me llamen Echare. Son demasiado ceremoniosos. Su expresión favorita es «Con su permiso».

Los ayortanos piensan mucho antes de hablar, y a veces llegan, tras una larga meditación, a la conclusión de que no es necesario decir nada. Los seres más ruidosos de Ayorta son las moscas. Y si alguna abeja se cuele en el reino resulta totalmente ensordecedora.

Echo de menos la conversación. La gente común de Ayorta es habladora, pero los nobles no. Son amables, y sonríen con facilidad, pero hablar significa para ellos pronunciar una sola palabra, o como mucho una frase. Una vez por semana dicen una oración completa. Sólo el día de su cumpleaños regalan al mundo un párrafo.

Al principio, yo les hablaba para llenar el silencio. Por toda respuesta recibía sonrisas, reverencias, expresiones meditabundas, encogimiento de hombros y, ocasionalmente, el consabido «Quizá, con vuestro permiso». Por eso ahora guardo mis discursos para mí mismo.

Esta mañana, en el jardín, he encontrado al duque de Andona. Le he saludado tocándole el hombro y él me ha devuelto amablemente el saludo, asintiendo con la cabeza. Me he dicho a mí mismo: «Las flores son maravillosas. Esta también crece en Kyrria, pero aquella no la había visto jamás. ¿Cómo se llamará?».

Me he imaginado que me respondía con el nombre de la flor, explicándome que era la favorita de la reina y que estaría encantado de poder ofrecerme algunas semillas.

Pero si realmente hubiera preguntado por la flor, el duque habría seguido paseando y habría pensado: «¿Por qué el príncipe quiere estropear este hermoso día hablando? Si no le respondo, respirará el dulce aroma del aire, sentirá los amables rayos de sol, escuchará el susurro de las hojas. Quizá se arrepiente de haberme hecho esa pregunta. O quizá piense que ha sido de mala educación por mi parte no responderle. Si hablo ahora, sin embargo,

puedo dejarle perplejo. ¿Cuál de las dos posturas es peor? Creo que lo peor es que piense que he sido descortés. Debo hablarle». Pero él, agotado después de esa larga meditación, sólo tendría energía para decir una palabra: el nombre de la flor.

Bueno, estoy escribiendo tonterías. Esperaba impresionarte en esta primera carta con mi brillante prosa, pero tendrás que esperar a la segunda.

Casi ninguna de mis conversaciones imaginadas las acabo teniendo con el duque. Casi siempre hablo contigo.

Sé lo que te diría si estuviera en Frell. Repetiría al menos tres veces lo contento que estoy de volver a verte. Hablaría de Ayorta (con menos quejas), y te describiría el viaje hasta aquí, especialmente nuestra aventura cuando uno de los caballos de carga tropezó con un conejo y se cayó. Pero ahora debo comportarme como un habitante de Ayorta, guardar silencio y obsequiarte con una sonrisa.

El problema es que no puedo adivinar cuál será tu respuesta. ¡Me sorprendes tan a menudo! Me gusta que lo hagas, pero si pudiese saber con seguridad lo que me dirías te echaría menos en falta. El remedio es sencillo. Tienes que escribirme de nuevo, lo antes posible. Y luego volver a escribirme, enseguida.

Tu sincero amigo,

Char

En mi respuesta intenté darle conversación:

¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras hoy? Un tiempo maravilloso, ¿no crees? Aunque los granjeros predicen lluvia. Dicen que los cuervos están alborotados. La lluvia nos hará bien, me parece. No podemos tener siempre días soleados. La vida no es así, ¿verdad? Me gustaría que lo fuese. ¿No sería maravilloso? Ningún problema, ninguna palabra áspera. ¿No estás de acuerdo? Una persona tan inteligente como tú tendría que saber que las cosas no funcionan así.

Espero haberte curado un poco de tu necesidad de conversación.

Me detuve. ¿Qué más podía contarle? No podía decirle que trabajaba como criada sin explicarle también lo del hechizo. Entonces recordé que *Madame Olga* había celebrado una fiesta. Se la describí, omitiendo el hecho de que mi participación se limitó a retirar los platos sucios de la mesa.

La respuesta de Char fue que en Ayorta no se celebraban bailes.

Aquí hacen unas «cantadas» que tienen lugar cada mes. Tres o cuatro ayortanos se juntan en el escenario y cantan, por turnos, largas y tristes baladas, o también alegres y divertidas melodías. Las voces del coro se unen a ellos. Todos conocen cientos de canciones, y es imposible encontrar una voz mediocre entre ellos.

El sonido nace de algún lugar profundo de su alma. La última canción, un himno al sol naciente (ya que estas celebraciones duran toda la noche) reúne a todos los familiares de los cantantes. Maridos, esposas y niños se toman de la mano, dirigen sus miradas al cielo y elevan su cántico.

Yo permanezco sentado, junto a los otros extranjeros, y añado mi débil voz a la de los demás; tarareo las canciones cuando no conozco la letra, deseando que alguien me tome de la mano.

Quizá podamos asistir a las cantadas juntos, alguna vez.

Por cierto, eres un mes mayor desde la última vez que te vi. ¿Todavía eres demasiado joven para casarte?

Me hizo gracia su broma. Luego traté de imaginar qué aspecto tendría una novia con un vestido roto y sucio que apestaba a aceite.

Char me hacía la misma pregunta en cada una de sus cartas. Probablemente porque mis respuestas eran tan divertidas que le hacían gracia. Si no me casaba era por ser demasiado joven, o por estar demasiado cansada, o empapada, o de mal humor, o hambrienta. Una vez le escribí: «Si mis años se midieran por centímetros soy demasiado joven. La hija de una conocida, que tiene once años, es mucho más alta que yo».

Hablaba de Nancy, la criada.

Otro día le escribía: «Hoy soy demasiado vieja ya para casarme. Tengo por lo menos cien años y he pasado los últimos ochenta escuchando a una señora que me describía la genealogía de cada uno de los invitados de esta noche».

La señora a la que me refería era Hattie, por supuesto, y como es lógico yo no había asistido a la cena.

Luego seguí, en un tono más serio: «No he encontrado a nadie entre el círculo de amistades de mi madrastra en quien poder confiar. Mis hermanastras y yo nunca estamos de acuerdo en nada. Es una suerte poder tener papel, pluma y un amigo».

Char me respondió: «Mi lengua se está secando por el desuso. Mientras pueda escribirte no perderé mi vocabulario».

A veces me preguntaba qué pasaría si le decía a Char que tenía edad suficiente para casarme. Cada vez que recibía una carta suya me sentía más enamorada de él. Pero no podía decírselo. Si le decía que era lo bastante mayor para casarme, y luego resultaba que él sólo me lo preguntaba en broma, entonces se sentiría confuso y nuestra amistad terminaría. Dejaría de escribirme. Y aquello sí que no lo podría soportar. Si en realidad no bromeaba, tendría que ser él quien lo dejara claro.

Mientras, conservaría nuestra correspondencia como un tesoro.

En la siguiente carta decía:

No sé cuándo me di cuenta de que iba a ser rey. Tengo la sensación de que siempre lo he sabido. Hay dos anécdotas que hacen referencia a ello, y que he oído contar tantas veces que me parecen recuerdos propios. En una de las historias aparezco casi como un héroe, y la otra no es tan agradable.

Cuando tenía yo seis años, y mi hermana Cecilia cuatro, me regalaron un laúd. A ella le gustaba mucho y lo tocaba siempre que podía. Un día decidí regalárselo, acto que los sirvientes calificaron como propio de la generosidad de un rey. Nunca pensaron que en realidad no me entusiasmaba la música. Yo protesté, diciendo que no era un gran sacrificio para mí desprenderme de algo que no apreciaba demasiado. Entonces mi postura se entendió como modestia, otra de las cualidades propias de un buen rey.

No creo que sea modestia por mi parte contarte esto. Lo hago para que sepas que tengo cualidades dignas de admiración. Pero no sé cuál será la conclusión que extraerás de lo que voy a contarte a continuación. Un día paseaba por las calles de Frell con mi padre cuando de repente un hombre le arrojó un tomate podrido. Mientras limpiaba su ropa, papá se dirigió con amabilidad a aquel hombre y pudieron resolver su problema hablando. Después de que se fuera el hombre, le pregunté a mi padre por qué no le había castigado. Papá me dijo que cuando fuese rey lo comprendería. Yo le respondí que no me gustaría ser rey si eso significaba que la gente me arrojara tomates por la calle, y que parecía un cometido muy arduo y poco reconocido.

Papá se reía cada vez que recordaba la anécdota. Ahora comprendo por qué; ser rey es muy duro, pero que te tiren tomates es una nimiedad comparado con otras cosas que hay que soportar.

La conclusión que extraje de aquella historia fue que Char no trataba de burlarse de sí mismo, sino que, simplemente, no era perfecto. En sus cartas, tanto deseaba compartir sus conocimientos que no se preocupaba por saber qué interés éstos pudieran suscitar en mí. Me seguía contando cosas de Ayorta que no me interesaban en absoluto: cómo se estructuraban los gremios, el número de galones de leche que producía al año una vaca de Ayorta, cómo se construían las casas, y muchas otras cosas.

Aquél era un defecto menor, pues luego me confesó uno más importante:

Eres la única a quien he confiado lo que viene a continuación. Bueno, si exceptuamos mi caballo, a quien le cuento todo porque no puede criticarme ni aconsejarme. Te escribo porque creo que lo tienes que saber todo, y confío en

ti porque quiero que halles lo mejor de mí, pero también para que conozcas mis defectos.

No es fácil hacerme enfadar, pero una vez enfadado no perdono. Te lo explicaré con un ejemplo: el tutor que me enseñaba idiomas siempre me ponía en ridículo. Yo soportaba su actitud, aunque ello supusiera aprender menos de lo que habría aprendido si su postura hubiera sido estimulante. Cecilia, que fue su alumna después de mí, recibía el mismo trato. La primera vez que la encontré llorando amenacé al tutor. La segunda vez le despedí. Papá confió en mí y respetó mi decisión.

Pero fui aún más allá. Aunque era todavía pequeño, tomé medidas para asegurarme de que aquel tutor no ejerciera nunca más. Pero a pesar de que mi victoria fue completa y arruiné la vida de aquel hombre, y de eso hace ya seis años, cada vez que me acuerdo de él me pongo furioso. Incluso ahora, cuando escribo sobre lo que pasó.

Tienes que perdonarme por aquello, ya que lo hice como deber del buen hermano que creo que soy. Sin embargo, a veces me preguntó cuál fue la causa de mi ira, y si mi actitud contra el tutor era en el fondo una forma de no dejar que nadie arrojara ningún tomate más a un miembro de mi familia.

Como respuesta escribí lo siguiente:

Mandy siempre dice que hay dos tipos de personas en el mundo: las que culpan a los demás y las que se culpan a sí mismas. Yo me incluyo en una tercera categoría; las que no saben quién tiene la culpa de las cosas. Tu falta tal vez fue poner demasiado celo en la protección de aquellos a quien amas. ¿Es eso un error o una virtud?

A pesar de que me has revelado tus defectos, yo no me siento obligada a hacer lo mismo. Debes ser tú quien los descubra y encuentre la forma de perdonármelos.

Recuerdo perfectamente la fecha de la siguiente carta de Char: jueves, 24 de mayo. Llevaba medio año fuera de Kyrria. A pesar de que la carta llegó por la mañana, no pude leerla en todo el día. Al atardecer tuve que fregar las losas del patio. Luego Olive me hizo contar infinidad de veces las monedas que tenía, porque pensaba que me equivocaba. Por la noche, Hattie me ordenó que la ayudase a vestirse para un baile. Tuve que depilarle ese vello que le crece sobre el labio superior.

Cuando Hattie se hubo marchado era ya demasiado tarde para ayudar a Mandy a limpiar la cocina. Tenía el resto de la noche para hacer lo que quisiera. Una vez en mi habitación, abrí la pequeña ventana y dejé entrar un poco de aire fresco. Encendí una vela que Mandy me había proporcionado a escondidas, la coloqué de forma que el

viento no la apagase, me senté en mi camastro y abrí la carta.

Querida Ela:

La impaciencia no suele ser una de mis debilidades, pero la verdad es que tus cartas me causan tormento. Me dan ganas de ensillar mi caballo y galopar hasta Frell para poder hablar contigo, tranquilamente.

Tus cartas son divertidas, interesantes, profundas, y a veces incluso serias. Me alegra muchísimo recibirlas, aunque luego me pongan triste. Cuentas muy poco sobre tu vida cotidiana; no tengo ni idea de como pasas el tiempo. A menudo no me importa, pues disfruto intentando adivinar el misterio, pero lo que realmente echo en falta es saber más sobre tus sentimientos, a pesar de que me das indicios...

Te gusto. Si no, no perderías tiempo y papel contando cosas a alguien a quien no aprecias. Creo que yo te amé desde la primera vez que te vi, en el funeral de tu madre. Quiero estar contigo para siempre, pero tú me dices que eres demasiado joven, o demasiado vieja, o demasiado baja, o que tienes mucha hambre. A veces estrujo tus cartas, desesperado, y luego las vuelvo a alisar para leerlas una y otra vez en busca de significados ocultos.

Papá me pregunta a menudo, en sus cartas, si hay alguna chica de Ayorta que me guste, o alguna conocida de la familia. Siempre le digo que no. Supongo que ahora estoy confesándote otro de mis defectos: el orgullo. No quiero decirle que estoy enamorado sin estar antes seguro de ser correspondido.

Papá y mamá te gustarán, y tú a ellos. Te tratarán como si fueses su hija.

¡Qué novia tan hermosa serás, con cualquiera que te cases y a cualquier edad! Y qué reina, si soy yo el afortunado. ¿Quién más tiene tu gracia, tu expresión, tu voz? Podría enumerar tus virtudes hasta el infinito, pero me gustaría que terminases de leer esta carta y respondieras enseguida.

Hoy no puedo hablar de Ayorta ni de mis quehaceres, ni de ninguna otra cosa. Sólo puedo mandar esta carta y esperar.

Amor (qué placer escribir esta palabra), amor, amor...

Char

Acerqué la carta a la vela y la volví a leer. Era tal mi aturdimiento que no me di cuenta de que mi dedo, sucio de hollín, había dejado marcas sobre el papel.

Me amaba. ¡Me había amado desde el momento en que me conoció!

Quizá yo no me enamoré entonces, pero ahora le quería igual o más que él a mí. Amaba su risa, su letra, su mirada, su honradez, sus pecas, su aprecio por mis bromas, sus manos, su determinación a que yo conociera sus defectos. Y aunque me dé vergüenza admitirlo, lo que más amaba era su amor por mí.

Coloqué con cuidado el candelabro y bailé dando vueltas por la pequeña habitación.

Podía casarme con Char, y vivir con mi amor. Podía abandonar a Madanie Olga y a sus odiosas hijas. Nadie me volvería a dar órdenes.

Aquella era una solución inesperada a mis problemas. Lucinda me odiaría por haberme saltado mi obediencia. Incluso Mandy se sorprendería de aquella forma de romper el hechizo.

Saqué papel del escondite secreto que tenía en el fondo del armario. Debía contarle a mi amado Char lo que sentía. Sin embargo, el cabo de la vela vaciló y se apagó en cuanto empezaba a escribir: «Querido Char, amado Char, adorado Char».

Me acosté pensando en levantarme tan pronto como hubiera suficiente luz para escribir, y luego me dormí pensando en la carta.

A medianoche me desperté; mi felicidad se había desvanecido. No podría escapar del encantamiento casándome con Char, sino todo lo contrario. El hechizo pesaría aún más sobre mí, y su influjo le alcanzaría también a él.

Imaginé que mi necesidad de cumplir órdenes fuera descubierta. La familia de Char lo sabría tarde o temprano, y se aprovecharía de ello para acrecentar su fortuna y su posición social. Pero aquello no sería lo peor. Algún enemigo de Kyrria podría usar mi hechizo para propósitos malignos. En manos desalmadas, yo podía convertirme en un arma poderosa. Podrían obligarme a revelar secretos de Estado, incluso podrían ordenarme que matara al príncipe.

Y yo estaba completamente convencida de que mi secreto se iba a descubrir. En la corte habría ojos y oídos alerta ante cualquier indicio. Sería imposible engañar a todo el mundo.

¿Qué podía hacer? Mamá me había ordenado que no contara lo del hechizo a nadie, pero Mandy podía darme la orden contraria para que se lo dijera todo a Char. Él podría entonces tomar sus precauciones. Sí. Se lo contaría a Mandy. La tenía que despertar enseguida. Me incorporé en la cama, feliz de nuevo.

Pero al momento volví a caer en la desesperación. ¿Qué clase de precauciones podría tomar Char? Podría hacer que nadie me hablase ni me escribiera. Y podría encerrarme, eso quizá funcionase. Pero entonces tendrían que darme de comer, vestirme, traerme leña para el fuego... Sería una carga similar a uno de los hechizos

de Lucinda. ¿Y qué pensarían los habitantes de Kyrria de tener una reina ermitaña? ¿Cómo me sentiría yo, encerrada como Rapunzel en su torre? Además, cualquier precaución sería insuficiente.

Podía pedirle a Char que renunciase a la corona en favor de su hermana. Si no fuese rey no tendría problemas por mi culpa. Pero ¿cómo podía pedirle algo así?, ¿cómo iba él a aceptarlo? Además, el problema seguiría existiendo, y su hermana estaría también amenazada.

Otra posibilidad era mantener el matrimonio en secreto. Pero era absurdo intentar guardar un secreto así.

Intenté buscar otras soluciones, pero no se me ocurrió ninguna. Mientras estuviera hechizada no podía casarme con Char. Si consiguiera romper el encantamiento, aunque tardase un mes o veinte años, iría en su busca, si aún estaba a tiempo. No me importaba cuánto tiempo hubiera de pasar, ni lo que tardara en conseguirlo. Pero en aquel momento mi única opción era convencer a Char de que me olvidara.

Cuando por fin hube decidido qué decir empecé la carta. Estropeé tres hojas de papel con mis lágrimas, y una cuarta porque olvidé escribir con una caligrafía distinta a la mía.

Querido príncipe Charmont:

Tu última carta a mi hermanastra la recibimos *Madame Olga*, mi madre y yo. Ela y la cocinera, Mandy, ya no estaban aquí.

Ela se fugó y se llevó a la cocinera consigo. Dejó una nota que adjunto para que la leas.

Te ha defraudado. Solía leernos tus cartas en voz alta y se jactaba del triunfo que suponía para ella que le escribiera un príncipe como tú.

Durante algún tiempo tuvo la ambición de ser reina, pero luego la rechazó por otra oferta. Caería en uno de sus ataques de furia si supiera el contenido de tu última carta. Creo que no le gustaba vivir de nuestra generosidad, y que deseaba estar muy por encima de nosotras.

Tu carta llegó cuatro días después de su partida. Lo sé porque una amiga ofreció un baile aquella noche y todos echaron de menos a Ela. Le di el mismo consejo que te doy a ti: no pienses más en esa bruja, porque te ha olvidado.

Siento decepcionarte, pero espero que te consuelen los buenos deseos de tu admiradora.

Tu ángel salvador,

Hattie

Después usé media cuartilla para incluir un texto escrito con mi propia letra.

Éstas son las primeras palabras que escribo como casada. Conoces a mi marido, aunque no diré su nombre. Sólo puedo decir que es muy mayor y muy rico, que vive lejos de Frell y que está tan loco por mí que me ha hecho su esposa.

Algún día no muy lejano seré la única dueña de un gran Estado. No volveré a escribirte, pero búscame si quieres. Cuando mi marido muera visitaré Frell. Si ves el mejor carruaje de todos mira en su interior; allí me encontrarás, sonriendo a mis joyas y al mundo...

Ela

Su odio por aquel tutor que tuvo no iba a ser nada comparado con el que me tendría a mí. Me odiaría para siempre.

Por la mañana, Mandy despachó la correspondencia pensando que era una carta normal. No le dije nada de la propuesta de Char, porque temí que pensara que la había aceptado. Aunque creí hacer bien, dudé si podría resistir cualquier argumento en contra de mi decisión.

En cuanto se marchó para tirar el correo caí de rodillas ante la chimenea, llorando. Cuando volvió, al cabo de media hora, seguía todavía allí.

Me tomó entre sus brazos y me preguntó:

—¿Qué te preocupa, cariño?

Seguí llorando durante unos minutos, con tal desconsuelo que me fue imposible hablar. Cuando me serené se lo conté todo.

—¿He hecho bien? —pregunté.

—Ven conmigo, lady —dijo Mandy, tomándome de la mano y arrastrándome hasta su habitación, ante las miradas de varios criados. Una vez allí, cerró la puerta y se volvió hacia mí—. Has hecho bien, lady. Y ahora yo también haré algo que hacía mucho que tenía que haber hecho. Escóndete tras las cortinas, cariño.

Dudé por un instante intentando huir de la necesidad de obedecer.

—¿Porqué?

—Voy a ponerle a Lucinda los puntos sobre las íes, y quiero que tú lo veas. Pero no que ella te vea a ti.

Me escondí.

—Lucinda, te necesito —dijo Mandy.

Un perfume de lilas inundó la habitación. Sofoqué un grito; de pronto pude ver el perfil de Lucinda a través del denso tejido de las cortinas.

—Nunca pensé que llegaría un día en que un hada de cocina me llamaría. Estoy entusiasmada. ¿Cómo puedo ayudarte, querida?

—No me llames querida —murmuró Mandy—. Aunque estás en lo cierto; te necesito.

—Y yo estoy encantada de poder ayudarte.

Esbocé una sonrisa, a salvo en mi escondite.

—Desde que nos vimos en aquel baile de hadas, he ido juntando todo mi coraje para hacerte una pregunta.

—Pues hazla.

Mandy parecía recelosa.

—En el baile tuve una discusión con Kirby.

—No tenías que haber discutido, yo nunca lo hago.

—Pues yo sí, y hablábamos sobre ti. Kirby decía que podíamos sugerirte que te convirtieras en una ardilla, y que probaras así qué se siente siendo obediente. Si haces esa prueba mágica, tres meses siendo una ardilla, y tres más como persona obediente, te darás cuenta de que tus regalos no son tan maravillosos como crees.

—No me hace falta probar mis regalos para darme cuenta de que son magníficos.

—Eso es lo que le dije a Kirby. Por lo tanto, puedo afirmar que gané yo la apuesta, pues dije que tendrías miedo de saber si estabas equivocada, y que no querrías hacer la prueba.

Lucinda desapareció. Debía de estar demasiado enfadada como para continuar. Pero luego oí a Mandy reír mientras decía:

—No olvides ser obediente, pequeña. Aquí tienes una nuez. Te enviaré a un parque acogedor. —Se detuvo un momento y luego me llamó—: Ya puedes salir, lady.

¿Era posible que hubiera convertido a Lucinda en una ardilla? Salí de mi escondite con precaución. En efecto, lo había hecho y reía contenta.

—¿Tú crees que aprenderá la lección? —pregunté.

—Si no lo hace es más tonta de lo que pensaba.

—¿Y si le hace daño otro animal?

—Si eso ocurre, temo por el pobre —rio Mandy—. Le provocará un horrible dolor de estómago.

—Y si aprende la lección, ¿deshará sus hechizos?

—No lo sé. Lo único que he conseguido es evitar que siguiera haciendo daño. Quizá puedas romper tú misma el hechizo.

—Pero si descubre lo equivocada que estaba, seguro que deshace el encantamiento.

—Quizá. Pero eso sería utilizar magia mayor —dijo Mandy mientras me abrazaba—. ¡Oh, cariño, ya sé lo mal que te sientes!

Me zafé de sus brazos y grité:

—¡No, no lo sabes! ¿Cómo puedes hablar mal de la magia mayor, cuando acabas

de convocar a Lucinda?

—Las relaciones entre hadas no son magia mayor, lady.

—¡Deja de llamarme «lady»! Así era como llamabas a mamá.

—Ahora tú también eres una señorita. Si sólo hubieras tenido en cuenta tus deseos, y te hubieras casado con el príncipe, seguro que habría caído una maldición sobre Kyrria. Eres una heroína, cariño.

—Preferiría ser su esposa —sollocé echándome sobre la cama de Mandy.

Ella se sentó junto a mí, acariciando mi espalda mientras susurraba:

—Cielo, mi nena. A lo mejor todo se soluciona. —Oí un crujido de papel, y Mandy exclamó—: ¿Qué es esto? ¡Ah, lo olvidaba! Cuando fui a enviar tu carta llegó ésta para ti. —Y sacó la carta del bolsillo de su delantal.

Me incorporé de inmediato.

—No es la letra del príncipe, querida —comentó.

Era una carta de papá, en la que decía que no podía venir. Estaba desolado por el trato que recibía, pero no lo suficiente como para volver a los brazos de su amada pero odiosa esposa. «Cuando encuentre un marido para ti que sea lo bastante rico te librarás de *Madame Olga* —decía—. Mientras, te ruego que seas, como siempre, mi valiente hija».

Volví a caer sobre la cama, riendo desesperadamente. Papá haría que la carta que le mandara a Char se convirtiese en realidad. Quería que me casase con un viejo que muriera pronto y que me dejara una enorme fortuna. ¡Qué ironía! Apenas podía respirar, las lágrimas me caían mejilla abajo y ya no sabía si lloraba o reía.

Mandy me abrazó hasta que me calmé. Mientras me mecía, pensé que Lucinda todavía podía salvarme. Quizá Mandy estuviera equivocada. Una vez que Lucinda supiera lo que era ser obediente, ya no sería capaz de mantenerme hechizada. Tenía que ayudarme.

Una semana más tarde vi en mi libro mágico que Char había recibido mi mensaje. Lo abrí por una ilustración en la que se le veía quemando mis cartas. Estaba contenta al poder contemplar su imagen, a pesar de todo. Después de mirarlo largo rato y pasar los dedos sobre su figura, volví la página y encontré un fragmento de su diario.

No he perdido nada. Ela no ha sido nunca como yo pensé que era, por tanto no he perdido nada. Todo lo contrario, soy afortunado, y Kyrria bendita de que se haya ido antes de recibir mi carta.

Cuando llegó el mensaje de su hermana pensé que era una treta para que odiara a Ela, y decidí no tenerlo en cuenta. Por un momento consideré la posibilidad de dejar Ayorta para descubrir la verdad. Pero poco a poco me di cuenta de que la verdad la tenía en mis manos.

Su hermana no tenía ningún motivo para mentirme. Si Ela y yo nos hubiéramos casado, Hattie sólo habría obtenido ventajas. Pero la nota acabó

de convencerme. Era su letra, y la última frase, sobre las joyas y todo aquello, era realmente de su cosecha.

Me hechizó tan fácilmente como lo hizo con los ogros. Nunca logré descubrir por qué se ocultaba, el día de la boda de su padre con *Madame Olga*. Seguramente estaba evadiéndose de un pretendiente enamorado, alguien que no era lo suficientemente rico para lo que ella deseaba. Su manera de esquivarme después de la boda fue otro truco, cuyo significado es demasiado oscuro para que lo entienda.

Pero sus cartas fueron lo peor de todo. ¡Parecía tener tan buen corazón! Supongo que es la forma en que actúa ese tipo de mujeres; no serían tan pícaras si no fueran maestras del artificio y del fraude. ¡Cómo debe de haberse reído cuando le confesé mis defectos!

Había más. Además de pícara, me llamaba coqueta, arpía, sirena, encantadora, tentadora e incluso monstruo. Terminaba diciendo:

Me gustaría no estar en Ayorta, el silencio que me rodea me proporciona demasiado tiempo para pensar. Juro una y mil veces al día que no pensaré en ella, y me comprometo a no escribirle ni hablarle nunca más; obligaré a mi pluma y a mi voz a silenciar mis palabras.

Sufrí durante seis meses la presencia de Hattie, Olive y *Madame Olga*, con la única esperanza de que Lucinda me liberara de mi encantamiento.

No dejé de escribir a Char, aunque nunca mandaba las cartas. En ellas le explicaba toda la verdad acerca de mi vida en casa de *Madame Olga*. Cuando Hattie me contaba que un conde o un duque la amaba, yo le explicaba a Char lo absurdo de la situación. Cuando Olive me hacía contar una y otra vez su dinero, también se lo escribía. «Cada día busca nuevos escondites para sus riquezas. Lleva monedas en el dobladillo del vestido, en el fajín, en el relleno de su cinturilla. Con todo ese metal encima sería mejor que no pusiese el pie en una barca».

Cuando *Madame Olga* me mandó limpiar la bodega del sótano encontré una gata atigrada con su carnada, y también le conté a Char mi maravilloso descubrimiento. Y cuando Mandy me enseñaba sus secretos de cocina yo los compartía todos con él.

También le contaba cómo imaginaba que sería mi futuro sin el encantamiento.

«Lo primero que haré —escribía—, será confesarte mi amor. Te pediré perdón cientos de veces por haberte causado tanta tristeza, y haré todo lo que me pidas para hacerte reír millones de veces».

La noche antes de que Lucinda apareciera de nuevo, Hattie me despertó cuando volvió de una fiesta. Dijo que la ayudase a desnudarse. Nunca antes me lo había pedido, y deseé conocer la razón que la llevaba a hacerlo.

—Esta noche sólo se hablaba del retorno del príncipe Charmont, el próximo mes —comenzó a decir Hattie, mientras la ayudaba a desvestirse. Yo sabía exactamente cuándo iba a volver Char, y no me explicaba por qué me latía tan fuerte el corazón—. Dicen que el rey Jerrold va a organizar tres bailes de bienvenida. Dicen que el príncipe elegirá a su esposa entre las asistentes. ¡Uy! Ten cuidado. —Había pellizcado a Hattie con un broche. Por una vez, no lo había hecho intencionadamente—. Mamá dice que si...

No escuché lo que me decía. ¿Eran los bailes idea de Char? ¿Iba a elegir prometida entre las asistentes? ¿Me había olvidado? ¿Podría hacerle volver cuando Lucinda me hubiese liberado?

Hattie me despachó por fin y pasé las horas que faltaban hasta el amanecer imaginando que estaba libre de mi hechizo, pensando cómo sería mi reencuentro con Char. No podía decidir entre robar uno de los caballos de *Madame Olga* para galopar hasta Ayorta, y así darle una sorpresa a Char, o esperar y sorprenderle en el baile.

Por la mañana desperté a Mandy e intenté convencerla de que fingiera estar enferma para poder llamar a Lucinda enseguida, pero no quiso hacerlo. Primero tenía que preparar el desayuno de *Madame Olga* y luego lavar los platos. Y no estaba dispuesta a utilizar la magia para acelerar el proceso.

Cuando por fin terminamos de hacer aquellos trabajos, Mandy se dirigió a su habitación y yo me escondí como la otra vez. Pero en esta ocasión la habitación no se llenó del característico perfume de lilas. Desde mi escondite tras las cortinas oí un crujido y después un llanto.

—Deja de lloriquear ya —ordenó Mandy.

El llanto bajó de intensidad, pero pareció volverse más desesperado antes de decir:

—No puedo. —La música y la armonía habían desaparecido de la voz de Lucinda. La oí jadear, luchando por tomar aire—. Si todavía fuera obediente —gimió— dejaría de llorar sólo con que me lo ordenases. —Más llanto—. ¿Por qué hechicé a esa pobre gente inocente? ¿Cómo pude utilizar magia mayor? ¡Y encima de forma tan temeraria!

—Tus regalos no beneficiaban a nadie —sentenció Mandy con sarcasmo.

—¡Eran horrorosos, terribles! —gritó Lucinda.

Me pregunté si sus experiencias habían sido parecidas a las mías.

—¿Qué pasó? —inquirió Mandy, con una voz ahora más amable.

—Fue mucho peor ser obediente, aunque ser una ardilla no era nada agradable. La mitad del tiempo tenía frío y la otra mitad estaba empapada y siempre tenía hambre. Nunca podía dormir tranquila porque estaba demasiado incómoda, acurrucada en algún agujero. Una vez un águila me apresó con sus garras. Me salvé gracias a una violenta tormenta que me hizo caer sobre un árbol.

—¿Y cuando estuviste obligada a ser obediente?

—Me convertí en una niña de ocho años, la hija de unos tenderos. Pensé que era hermoso ser pequeño, por eso siempre había otorgado obediencia a los niños. Yo suponía que aquellos padres siempre querrían lo mejor para mí, pero insistían en que comiera cosas horribles, y en que me fuera a la cama antes de tener sueño. No me dejaban que les llevase nunca la contraria. A mi padre le encantaba leer refranes en voz alta, y yo tenía que escucharlos de principio a fin. Después me obligaba a pensar sobre la moraleja de cada una de las historias, y también entonces se me ordenaba lo que tenía que pensar. Y todo ello suponiendo que vivía con gente buena, que me quería. Si les hubiera pasado algo, y me hubieran dado otros padres, no sé qué habría sido de mí.

—Entonces supongo que no otorgarás más dones de ese tipo.

—Nunca más. Y desearía poder librar de ellos a todas las personas a las que he causado mal.

Al oír aquello salí de mi escondite, a pesar de que había prometido no hacerlo.

—Por favor, líbrame de mi hechizo.

Lucinda soltó un grito. Yo hice lo mismo. Aquélla no era Lucinda, ¿o sí lo era? Sus enormes ojos no eran los mismos. El hada aparecía encorvada a causa de la edad; su piel, antes perfecta, estaba ahora llena de arrugas, y tenía una verruga en la nariz. Lo que estaba viendo era la Lucinda real, una vez despojada de su magia.

—Mandy, ¿quién es ésta? ¡Has traído un humano para espiarme! —Se irguió un momento, y entonces vi el antiguo resplandor de la joven Lucinda que yo conocía. A continuación susurró—: Tú me resultas familiar. ¿Eres acaso una de mis víctimas?

Aquélla era mi oportunidad, la oportunidad de lograr la libertad que siempre había deseado; la oportunidad de escapar de mi nueva familia; la oportunidad de recuperar a Char. Pero estaba tan nerviosa que no podía hablar, sólo asentir con la cabeza.

—¿Qué te hice, pequeña? —susurró, temerosa de mi respuesta.

Al fin pude hablar:

—Me obligaste a ser obediente. Y ahora ya sabes lo que eso significa.

—Sí que lo sé, pequeña.

Me acarició la mejilla, y entonces mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Pero ahora no puedo ayudarte, porque he renunciado a practicar la magia mayor.

—¡Oh, señora! —supliqué—. Sería un regalo maravilloso, y le estaría siempre agradecida.

—Ela... —me reprendió Mandy.

—Sólo por esta vez. ¿No crees, Mandy?

Lucinda negó con la cabeza y sus grises mechones de pelo ondearon.

—No debo hacerlo. Pero si alguna vez necesitas magia menor llámame. Sólo tienes que decir «Lucinda, ven en mi ayuda». —Me besó la frente—. Ahora ya me acuerdo de ti. Creí que sólo sabías hablar ayortano.

Yo le supliqué, le conté mis problemas, lloré. Ella lloró conmigo, incluso aún más fuerte, pero permaneció firme en su decisión. Le pedí a Mandy que la persuadiera, pero mi hada madrina rehusó.

—No puedo, lady —dijo—. El hechizo se realizó con magia mayor, y sólo con la misma magia puede romperse. Pero quién sabe qué pasaría si la usáramos.

—Sólo cosas buenas, sólo buenas... —dije yo.

—¡No puedo resistirlo más! —gritó Lucinda retorciéndose las manos—. No puedo resistir tu pena, pequeña. —Y dicho esto desapareció.

Salí de la habitación de Mandy a toda velocidad y corrí hacia la biblioteca, el único lugar donde podía estar realmente sola, donde nadie podía ordenarme que fregara, que cosiera, que lavara.

No podía ir a los bailes de Char. Hattie y Olive irían con *Madame Olga*. Ellas podrían bailar con él, igual que el resto de las chicas de Frell. Y alguna le atraería. Su

naturaleza le inclinaba hacia el amor, y seguro que encontraría alguien a quien amar.

En cuanto a mí, siempre sería feliz sólo con verle por la calle, aunque él no me reconociera. Mi disfraz de sirvienta me ocultaría en la distancia, y nunca permitiría que Char estuviera tan cerca de mí como para reconocirme.

No podía ir a los bailes pero tampoco podía olvidarme de ellos. Hattie y *Madame Olga* no hablaban de otra cosa en todo el día. Incluso Olive estaba interesada, hasta el punto de sentir preocupación por su atuendo.

—Cose mi vestido con hilo dorado —le ordenó a su criada—. No voy a ser menos que Hattie.

Y yo, ¿no tenía el mismo derecho que ellas a asistir? Cocinaba, fregaba y las servía contra mi voluntad.

No pude dirigirle la palabra a Mandy en dos semanas. Los únicos sonidos que se oían en la cocina eran los que yo hacía al golpear las cazuelas y las sartenes.

Pero de repente se me ocurrió algo. ¿Por qué no? ¿Qué me impedía ir? Char no tenía por qué saber que yo estaba allí. Todos lucirían máscaras, por lo menos al principio del baile. Claro que algunas chicas se la quitarían en cuanto tuviesen ocasión de que el príncipe admirase su belleza. Pero yo no lo haría. Podría verle, pero él no podría verme a mí.

¿Qué mal podía causarle si no me reconocía? Decidí llevar a cabo mi plan. Al menos me llenaría los ojos con su presencia. Y si podía aproximarme lo suficiente llenaría mis oídos con su voz. Si alguien me preguntaba, yo no sería Ela, me inventaría otro nombre. Sería feliz con sólo verle, con aquello me conformaba.

Pero debía tener cuidado con Hattie, Olive y *Madame Olga*. Aunque seguramente no me reconocerían con una máscara y un traje elegante, sería mejor mantenerme alejada de ellas, especialmente de Hattie.

Me reconcilé con Mandy y le conté mi plan. No dijo nada sobre el riesgo que suponía, se limitó a preguntar:

—Cariño, ¿por qué quieres ir y destrozar aún más tu corazón?

Mi corazón ya estaba roto; vería a Char y eso me haría bien. Sólo cuando le dejase volvería a partírseme el corazón. Iban a ser tres bailes, tres veces el corazón partido.

Ya había crecido lo suficiente como para poder llevar los vestidos de mamá. Mandy eligió los tres mejores, los retocó para adaptarlos a la moda y les añadió una cola que me seguía a todas partes. «Magia menor», dijo. También encontró la máscara que había llevado para la boda de papá, que era blanca, con unas pequeñas cuentas en los lados.

Los días anteriores al primer baile, sólo cuando dormía dejaba de imaginarme allí. Cuando estaba despierta me imaginaba radiante, bella, subiendo las escaleras de palacio. Llegaba tarde y la corte entera ya estaba allí. Un viejo criado murmuraba:

—Por fin, una dama digna de su alteza.

La gente se volvería para mirarme y suspiraría, de envidia o de admiración, y un susurro se elevaría entre los asistentes. Char se apresuraría a...

No. No dejaría que me viera. El viejo criado se fijaría en mí, pero yo bajaría las escaleras sin que nadie más se diese cuenta. Una vez dentro, los caballeros me pedirían que bailase con ellos. Les complacería y mis pasos me llevarían cerca de Char. Él se fijaría en mí y se preguntaría quién era yo. Después de la primera daijza intentaría buscarme, pero yo escaparía. La siguiente vez que me viera estaría ya en brazos de otro. Mientras sonreía a mi pareja, Char se sentiría atraído y...

Aquellos pensamientos eran absurdos. Vería a Char, sí, pero él no podría verme. Como mucho sería testigo de cómo se enamoraba de alguna chica.

Por la noche busqué en mi libro mágico alguna ilustración de Char, o algo que él hubiera escrito. Pero el libro se abrió por una página escrita en ayortano por Areida, en su diario. Leí con impaciencia.

La posada nunca tuvo un huésped tan importante. ¡El príncipe Charmont, y sus caballeros, pasaron aquí la noche! Mamá estaba tan nerviosa que tropezó con la mesa de caballetes cuando hizo su reverencia. El jarrón de tía Enepe se rompió en pedazos. Mamá, papá, Olio, Uflimu, Isti, yo, e incluso Ettime, nos arrodillamos para recoger los fragmentos, para que el príncipe no se cortara. Había tanta gente en el suelo que tropecé con el hombro de alguien. Cuando me volví para pedir disculpas me encontré cara a cara con el príncipe, que estaba a cuatro patas como el resto de nosotros.

Insistió en pagar el jarrón. Dijo que se había roto por su culpa. Luego se disculpó por haber chocado conmigo. No pude responderle, las palabras no acudían a mi boca. Me limité a sonreír y a asentir con la cabeza, esperando no parecer una palurda.

Durante la cena, cuando le llevé una cerveza, me atreví a hablar con él, quizá porque tenía una pregunta importante que hacerle, y no sólo el deseo de impresionarle. Le dije que estaba en la escuela de señoritas cuando Ela se marchó, y le pregunté si sabía si estaba bien.

Cuando pronuncié su nombre, uno de los caballeros la llamó «La encantadora de ogros», y se preguntó qué habría sido de ella.

El príncipe permaneció mucho tiempo callado, sin responder, y pensé que le había ofendido mi pregunta. Pero cuando por fin habló no parecía estar enfadado.

«¿Era amiga tuya?» —preguntó—. «¿Te gustaba?».

Le dije que Ela era la mejor amiga que había tenido nunca. Él volvió a quedarse callado, y temí que fuera a decirme que estaba muerta. Pero al fin respondió que creía que estaba bien, y que se había casado con un caballero rico. Añadió. «Es feliz, creo. Es rica, por lo tanto debe de ser feliz».

Sin pensarlo mucho le dije. «A Ela no le importaban las riquezas».

Luego me di cuenta de que había llevado la contraria a un príncipe.

«¿Cómo lo sabes?», preguntó.

Respondí que en la escuela todo el mundo me odiaba porque no era rica, y porque hablaba con acento de Ayorta. Ela era la única que era amable conmigo.

«Quizás ha cambiado», dijo el príncipe.

«No lo creo, su majestad». ¡Era la segunda vez que le llevaba la contraria!

Aquél fue el final de nuestra conversación, la cual recordaré mientras viva. Después me fijé en él durante toda la tarde, y no le volví a ver hablando con nadie.

¡Ela casada! ¿Cómo puede ser? Me gustaría volver a verla pronto.

Desearía poder ver de nuevo a Areida. Me gustaría haber visto la cara de Char cuando ella me defendió, pero en el libro no aparecía ninguna ilustración.

Llegó el 12 de diciembre, el día del primer baile. Amaneció despejado y apacible, pero al mediodía aparecieron nubes y el viento se volvió helado.

Mis vestidos estaban colgados en el armario de Mandy. Las zapatillas de cristal que Char y yo habíamos encontrado permanecían escondidas en el fondo de mi maletín. Como quedarían ocultas bajo mis faldas sería muy difícil que el príncipe las viera.

Los preparativos de Hattie comenzaron después del desayuno, y parecían no tener fin.

—No está lo bastante tenso, Ela. Tira más fuerte.

—¿Está bien así? —Mis dedos estaban entumecidos de tanto estirar los cordones del corpiño. Si luego Hattie no podía respirar cómodamente no sería culpa mía.

—Déjame ver —dijo haciendo una reverencia ante el espejo, mientras jadeaba y se dedicaba una sonrisa—. «Estaré desolada si no me recuerda, príncipe». —Luego, dirigiéndose a mí, preguntó—: ¿No estoy maravillosa, Ela? ¿No te gustaría estar tan guapa como yo y poder ir al baile?

—Estás magnífica, encantadora. Sí, claro que me gustaría ir. —Le hubiera dicho cualquier cosa con tal de que desapareciera de mi vista.

—Las perlas favorecerán mi cabello. Ve buscarlas, sé buena chica.

Dos horas más tarde, *Madame Olga* la llamó tres veces y la amenazó con irse sin ella. Al poco, Hattie anunció que estaba lista y se marcharon.

Por fin estaba libre para bañarme y vestirme. En lugar del jabón de cocina que solía usar, acudí al armario de Hattie, que estaba siempre repleto de aceites y fragantes geles de baño. Mandy me proporcionó una toalla limpia y un cepillo muy suave.

—Esta noche seré tu doncella —dijo, mientras llenaba la bañera con agua

caliente.

Cuando tu criada es también tu hada madrina es imposible que te quemes, o que el agua se enfríe. Estás resplandeciente, y el agua nunca queda sucia. Me deshice de un año de cenizas y mugre; de órdenes de *Madame* Olga, de Hattie y de Olive. Cuando salí del baño y me puse el albornoz que Mandy sostenía ya no era una fregona, sino alguien que merecía asistir al baile real.

Mi vestido era de color verde primavera, con hojas bordadas de un verde más oscuro y brotes amarillos. Mandy había hecho bien su trabajo. Mi cinturilla tenía forma cónica, y arrastraba una cola de dos pies de largo, tal como dictaba la última moda. A través del espejo vi cómo Mandy me hacía una reverencia.

—Estás preciosa, lady. —Parecía a punto de llorar. La abracé y sentí el dulce aroma del pan recién hecho.

Me volví hacia el espejo y me puse la máscara que me cubría la frente y me llegaba hasta media mejilla, y sólo tenía unos pequeños orificios para los ojos, mitad superior de la cara cubierta, mi boca me parecí extraña incluso a mí. La transformación era completa. Con la máscara no era Ela.

Pero mi atuendo no estaba completo, ya que no llevaba ninguna joya. Mi cuello aparecía desnudo, no había más remedio. Aunque no tenía por qué ser la muchacha más elegante de la fiesta, mi único propósito era poder ver a Char.

Corrí hacia la puerta de salida y descubrí una lluvia helada que caía a raudales. Si iba andando hasta el castillo me empaparía. Podía ir al baile sin joyas, pero no mojada y temblorosa.

—Mandy, ¿qué puedo hacer?

—¡Oh, cariño! Puedes quedarte en casa.

Sabía que habría dos bailes más, y que quizás al día siguiente no llovería, o quizá sí, pero ya me había hecho la idea de ir aquella noche.

—¿Existe algún truco de magia menor? Un paraguas, por ejemplo, que me proteja de la lluvia.

—No, querida, nada de magia.

Era tan estúpido que el mal tiempo me separara de Char. Mandy no había provocado la lluvia, pero podía hacer que amainara.

—Me gustaría que fueras un hada de verdad, de las que no tienen miedo a nada. —De repente tuve una idea descabellada y actué sin pensármelo dos veces. Dije las palabras que Lucinda me había enseñado—: Lucinda, acude en mi ayuda. —Si había alguien que pensaría que ayudarme en aquel momento no era magia mayor, esa era Lucinda.

—Ela —protestó Mandy—, no lo hagas.

La orden llegó demasiado tarde; Lucinda ya se encontraba entre nosotras.

Todavía parecía una vieja, pero se mantenía más erguida que la última vez que la vi, y muchas de sus arrugas habían desaparecido.

—¡Ay, pequeña! Veo que necesitas mi ayuda —dijo sonriendo, y entonces volvió

a parecer la joven Lucinda de siempre—. Si no es algo demasiado difícil, lo haré encantada.

Se lo expliqué.

—¿Ir al baile? ¿Así? No, yo no lo haría —dijo tocando mi cuello. Apareció un collar tan cargado de joyas que me hubiera hecho falta practicar toda la vida en la escuela de señoritas para mantenerme erguida con aquel peso.

Mandy dio un bufido.

—Quizás es demasiado para ser magia menor —comentó Lucinda. Entonces el collar fue reemplazado por una cadena de plata de la que pendía un lirio blanco, hecho del mismo cristal que mis zapatillas. Sentí una leve presión en la cabeza, y me di cuenta de que llevaba una hermosa diadema en forma de guirnalda, con unas flores idénticas a las de la cadena.

—Es bellísima.

Lucinda sonrió y dijo:

—Ahora necesitas un carruaje. Eso no será muy difícil.

—¿Cómo vas a hacer un carruaje usando magia menor? —protestó Mandy—. Y los caballos, el cochero, los lacayos... ¡Personas y animales! ¿Acaso has olvidado tu lección?

—No, no la he olvidado. No pienso sacarlos de la nada; transformaré cosas reales. ¿Así estarás contenta, querida?

Mandy gruñó, en señal de desacuerdo, pero Lucinda continuó su tarea.

—Esta tarde vi en Frell un carro de gigantes repleto de calabazas. Un carruaje de color naranja sería fantástico.

Entonces se oyó un estruendo. A lo lejos surgió un objeto más oscuro que la tormenta, que tomó forma y se fue haciendo cada vez más grande. Era una calabaza de casi dos metros de altura, que rodó hasta nosotros y se detuvo justo delante de la puerta de la casa. Vi que Lucinda murmuraba sus encantamientos y blandía su varita frente a la calabaza. Por un instante su mirada cambió, y pareció ausente del todo. Luego me guiñó un ojo y dijo:

—Mira, pequeña.

La calabaza se había transformado en un flamante carruaje, con manecillas de latón para abrir las puertas y cortinas de volantes que asomaban por las ventanillas.

—Los ratones se convertirán en hermosos caballos —anunció Lucinda.

Seis rechonchos ratones que corrían por el vestíbulo desaparecieron de pronto y ocuparon su lugar seis caballos que tiraban del coche. Una rata blanca se transformó en cochero, y seis lagartijas pasaron a ser lacayos.

—¡Esto es fantástico! —exclame—. ¡Gracias!

Lucinda sonrió complacida.

Mandy frunció el ceño y exclamó:

—¡Puede pasar cualquier desgracia!

—¿Qué puede pasar? Ya lo he pensado todo. Ela, cariño, tendrás que abandonar

el baile pronto. A medianoche el carruaje volverá a ser una calabaza y los animales adoptarán su forma primitiva. La diadema y el collar desaparecerán.

Sólo tenía tres horas para estar con Char, pero serían suficientes.

—¡Qué maravilloso es ser joven y poder ir al baile! —exclamó Lucinda. Luego desapareció.

¡Maravilloso, sí! Sería maravilloso volver a ver a Char.

—Bueno, Mandy, hasta luego.

—¡Espera! —gritó, y corrió hacia la cocina.

Esperé con impaciencia, mirando a mi alrededor. Mientras, una alfombra naranja se extendió desde la puerta hasta el carruaje. Si esperaba demasiado se mojaría, y entonces no serviría para nada.

Mandy volvió con su paraguas negro, que tenía dos varillas dobladas.

—Toma, cariño. Espero que no te arrepientas. No te abrazo para no arrugarte el vestido. —Me besó—. Ahora vete.

Pisé la alfombra y abrí el paraguas. El cochero bajó de un salto y me abrió la puerta del carruaje.

Aún seguían llegando invitados cuando mi carruaje se detuvo ante el castillo. Antes de salir, me aseguré de tener la máscara bien sujeta.

Sólo había estado una vez en palacio, cuando de bebé me llevaron para presentarme ante el rey, pero desde entonces no había vuelto. El vestíbulo era dos veces más alto que el de *Madame Olga*. Las paredes estaban cubiertas de tapices con escenas cortesanas, de cacería o pastoriles. A lo largo de las paredes, a izquierda y derecha, se alineaban columnas que llegaban hasta el fondo de la sala. Yo intentaba no parecer una boba, pero me sorprendí a mí misma contando las ventanas.

—Señorita —dijo un joven escudero que me ofrecía un vaso de vino. Me sentía feliz de no parecer una criada—. El príncipe está saludando a sus invitados. Aquí está la fila —indicó mostrándome una hilera de cortesanos, en su mayoría mujeres, que tenía su principio en la enorme puerta y terminaba al fondo, donde se hallaba el príncipe, que no era más que una figura lejana. Muchas de las mujeres se habían quitado la máscara, para que Char pudiera admirar sus hermosos ojos o sus perfiles clásicos—. Todas planean proponerle al príncipe que se case con ellas —añadió. Y finalmente, con una reverencia, dijo—: Baile conmigo, *Madame*. La fila puede esperar.

Era una orden.

Un grupo de músicos tocaba cerca de donde se hallaba el príncipe, y tan sólo una docena de invitados había empezado a bailar.

—Encantada —respondí, intentando hablar en un tono de voz más grave del que era habitual en mí.

Mis ojos permanecieron lejos de los de mi pareja. Char sonreía a cada invitado dedicándole una reverencia, saludando con la cabeza o hablando con él. En una ocasión incluso rio. Hacerle reír era una de mis habilidades. La damisela que lo consiguió era de mediana estatura, delgada, rubia, con una melena ondulada que le llegaba hasta la cintura. Se había quitado la máscara, pero estaba de espaldas a mí y no pude verle la cara.

Hattie, Olive y *Madame Olga* no estaban en la fila. Quizá se hallaban en algún otro lugar de la estancia, comiendo. Pero estaba segura de que Hattie volvería pronto. No quería estar lejos de Char durante mucho tiempo.

La danza terminó justo cuando el reloj daba las diez menos cuarto.

—Gracias —le dije a mi pareja.

—Ningún paje o escudero puede acaparar esta noche la atención de una señorita —dijo él al despedirse.

Quedaban cerca de dos horas. Me senté en una silla junto a un rincón del vestíbulo, tan cerca de Char como me atreví.

Tres caballeros me invitaron a bailar, pero en las tres ocasiones decliné sus ofertas. Me había convertido en un par de ojos, que a través de la máscara observaban

al príncipe. No necesitaba oídos, pues estaba a demasiada distancia como para oír su voz; ni palabras, porque estaba lejos también para hablar con él; ni tan siquiera pensamientos, los guardaba para más tarde.

Char inclinó la cabeza; yo adoraba aquel cabello peinado hacia atrás. Movié los labios y admiré su forma cambiante. Dio la mano a un invitado, y bendije sus dedos. Una vez, el poder de mi mirada atrajo la suya. La aparté enseguida, y me di cuenta de que Hattie merodeaba cerca de la fila de invitados, sus labios contraídos ya en una sonrisa adulatora.

Char habló con el último invitado.

¡El último! Mi decisión de pasar inadvertida se acababa de esfumar. La última en saludar al príncipe sería yo. Me levanté y me acerqué deprisa, antes de que Hattie lo abordara. Hice una reverencia y él me la devolvió. Una vez erguidos, me di cuenta de que durante los últimos meses yo había crecido, y que ya no había tanta diferencia de altura entre los dos.

—¿Cómo se llama, señorita? —me preguntó con una sonrisa cortés.

No me salían las palabras, pero finalmente dije:

—Dela.

Permanecimos en silencio.

—¿Vive en Frell, lady Dela?

—No, vivo en Bast, alteza. —Era una ciudad cercana al bosque de los elfos.

Cuando se disponía a marcharse me dijo:

—Espero que disfrute del baile y de su estancia en Frell.

No pude dejar que se alejara...

—*Abensa obudo. Isseni imi essete urebu amouffd* —dije en ayortano, aunque conservando un marcado acento de Kyrria.

—¡Oh, habla usted ayortano! —Había conseguido captar su atención.

—No demasiado bien —respondí—. Mi tío nació allí. Es un gran cantante, su voz puede hechizar hasta a las piedras.

Char sonrió con sinceridad y comentó:

—Echo de menos las canciones de Ayorta. Tenía ganas de volver aquí, pero ahora añoro aquella tierra.

Entonces entoné una estrofa de una de las canciones favoritas de Areida, una balada triste que hablaba de un campesino cuya familia se moría de hambre. Char unió su voz a la mía, cantando bajito. Los que estaban a nuestro alrededor volvieron la cabeza. Vi que Hattie fruncía el ceño, su sonrisa se congeló.

Cuando terminamos, Char me obsequió con una reverencia y preguntó:

—¿Querría hacerme el honor de bailar conmigo?

¡Me había escogido a mí, entre todas las demás! Le devolví el saludo y él me tomó de la mano, y de algún modo nuestras manos se conocían. Char me miró sobrecogido.

—¿Nos hemos visto antes, señorita?

—Es la primera vez que salgo de Bast, aunque siempre había deseado visitar Frell —dije.

Él asintió, poco antes de que el reloj diera las once.

La danza que empezó a sonar era una gavota, demasiado movida para poder hablar mientras bailábamos. Para mí, aquel movimiento rápido fue un descanso entre tanto sentimiento apasionado. Casi volábamos por la estancia, marcando el paso a la perfección. Char me sonrió y yo, llena de felicidad, le devolví la sonrisa.

Entonces nos separamos, para turnarnos con otras parejas (en mi caso con duques, condes y caballeros) y luego nos volvimos a encontrar. Dimos una vuelta final y la danza terminó.

—Me encantan las gavotas —comenté, mientras me cercioraba de que no se me moviera la máscara—. ¡Qué vértigo! ¡Qué velocidad! —exclamé sin pensar.

—Es como la sensación de deslizarse por la barandilla de la escalera —respondió Char—. ¿Os gusta hacerlo? —preguntó con tono ansioso.

¡Barandillas! ¿Era posible que sospechase algo? Suspiré y dije:

—No, majestad, la verdad es que me dan miedo las alturas.

—¡Oh! —murmuró amablemente.

—¿Y a vos?

—¿A mí qué?

—Si os gusta deslizaros por las barandillas.

—¡Oh, sí! Solía hacerlo.

—Me gustaría poder, pero el vértigo no me lo permite.

Él asintió con un gesto de comprensión, pero sin mucho interés. Me pareció que volvía a perder su atención.

—Pero eso sólo me pasa desde que he crecido.

Entonces me miró fijamente, y al fin sonrió. Había sido una tontería dejarme llevar por mi instinto. El reloj dio la media.

Char exclamó:

—¡Las once y media! He olvidado a mis otros invitados. —Volvió a su papel de anfitrión—. Hay comida en el salón de al lado, si le apetece algo. —Se despidió con un ademán y dijo—: Vendré a buscarla más tarde.

¡Esperaba volver a verme! ¡A mí, a lady Dela!

Salí a toda prisa del vestíbulo. Fuera había dejado de llover. La carroza de color naranja destacaba entre los otros coches, totalmente oscuros. Subí. Cuando llegué a casa, el cochero volvió al pescante e hizo sonar el látigo, y los caballos iniciaron la marcha.

A la mañana siguiente Hattie me contó cómo había ido el baile, obligándome a sentarme en un taburete mientras ella y su hermana desayunaban.

—Bailó conmigo —dijo Hattie, con los labios manchados de bizcocho de moras—. Sólo la educación le impidió pasar el resto de la noche conmigo.

—¿Cuándo vas a pagarme? —preguntó Olive.

—¿Tengo que pagarte? ¿No es suficiente para ti haber bailado con el príncipe?

—Me prometiste que me darías tres monedas por cada vez que el príncipe no pudiera bailar con nadie por mi culpa. Me debes, en total... ocho monedas.

—¿Cuántas veces bailó contigo? —pregunté.

—Tres veces. Se lo pedí cuatro, pero la última vez dijo que tenía que atender a sus otros invitados.

En el segundo baile intentaría no acercarme a Char.

Era demasiado arriesgado.

La noche era clara, pero Lucinda también me proporcionó el carruaje. Mi diadema y mi colgante eran de rosas de color pálido. Mi traje era azul plata, con una enagua de color violeta claro.

Aquella noche no había ninguna fila para saludar al príncipe. Busqué un sitio desde donde pudiera contemplar el baile y los demás no pudieran verme a mí. Encontré un rincón seguro tras una gran maceta que contenía un helecho enorme.

Observé con detalle a las parejas de baile del príncipe, aunque era consciente de que no podía ofenderme por tener rivales.

Bailó tres veces con la muchacha de la melena rubia, la que le había hecho reír la noche anterior. No llevaba máscara, y la verdad es que era muy guapa. No podía dejarles solos.

El reloj dio la media; pronto serían las once. Me aseguré la máscara, dejé mi escondite y me mezclé con los que hacían círculo para contemplar el baile.

Char me vio entonces, y por encima del hombro de su pareja me dijo:

—Espéreme.

Pareció que me hubieran crecido raíces, pues no pude moverme de donde estaba. El reloj dio las once menos cuarto, y luego las once. Nada me hubiera movido de allí, aunque hubiera llegado el fin del mundo.

Al fin terminó la danza, y el príncipe se acercó a mí.

—¿Quiere bailar? —preguntó—. La estaba buscando.

¿Tendría tiempo? Acepté su brazo y comenzamos a bailar una zarabanda lenta.

—Estuve aquí todo el tiempo, observándoos —me atreví a decir.

—¿Y qué vio?

—Un magnífico anfitrión que se divierte más bien poco. —«Excepto cuando baila con la hermosa rubia», hubiera debido añadir.

—¿Tan evidente resulta?

—Para mí sí.

Entonces cambió de tema.

—¿Vendrá mañana? Mi padre me ha pedido que cante una melodía de Ayorta.

—¿Cuándo cantaréis? —pregunté rogando que fuera antes de medianoche.

—No sé. Tarde —respondió sonriendo—. Con un poco de suerte, muchos

invitados ya se habrán ido. No es necesario que oigan todos cómo hace el ridículo su futuro gobernante.

—No haréis el ridículo, si aprendisteis en Ayorta. ¿Qué cantaréis?

—Una canción de bienvenida. —Y a continuación me la susurró al oído.

*Roble, granito,
azucenas en el camino.*

¿Me recuerdas?

Te recuerdo.

*Nubes que pasan,
colinas de trébol.*

¿Me recuerdas?

*Hermana, niña,
¡cómo creces!*

¿Me recuerdas?

Te recuerdo.

La danza terminó justo cuando él acababa su canción.

—Hay más, y me gustaría que lo escuchara. ¿Vendrá?

Decidí quedarme más tiempo la noche siguiente. Supuse que conseguiría llegar a casa sin la magia de Lucinda, aunque tuviera que ir a nado.

—Estaré encantada, pero ahora tengo que irme. Me esperan a las doce.

«¿Será ya medianoche? Al príncipe le parecería muy extraño que se desvaneciesen las joyas», pensé.

—¡Oh!, espero... Lo siento, no debería... —murmuró haciendo una reverencia.

Yo se la devolví y dije:

—Hasta mañana, majestad.

—Una última cosa. —Me tomó de la mano—. Por favor, llámame Char.

Fui hasta casa. Por un lado pensaba que me había comportado como una tonta, pero por otro era feliz. Una vez en mi habitación, abrí el libro mágico para ver si me mostraba algo acerca del baile y de los pensamientos de Char, pero no encontré nada. A la mañana siguiente lo intenté de nuevo, y encontré un fragmento de su diario en que hablaba de la noche anterior.

¡Qué atrevida! Aquel adefesio de Hattie corrió hacia mí en cuanto Dela se marchó. «Algunas muchachas —dijo— harían cualquier cosa para conquistar a un hombre. Yo no podría llevar una máscara sólo para parecer interesante». Además me advirtió que la máscara podía ocultar algo horrible; una deformidad, una edad avanzada, el rostro de una criminal conocida. «Si yo fuera soberano —añadió— le hubiese ordenado que se quitase la máscara».

Me hubiera gustado responderle: «Si fueras soberano, todos tus súbditos desearían que llevaras tú una, para no verte la cara».

En realidad, yo también me pregunté por qué Dela escondía su rostro, pero quizás ésa es la costumbre en Bast. Y si es una criminal, demuestra su valentía asistiendo a un baile. Quizá sí esté desfigurada. O quizá tenga una cicatriz, o un párpado caído, o la nariz llena de verrugas. Pero no importa, soy feliz de haber encontrado una amiga en estos bailes, donde sólo pensaba encontrar aburrimiento.

¿Querrá Ella Dela algo más que una simple amistad? ¿Por qué he escrito ese nombre?

¿Asistió quizás a esos bailes para casarse conmigo, como hacen otras chicas? (Tal vez no le importa mi aspecto ni mi carácter, sino sólo el hecho de que sea un príncipe).

Lo confieso: tengo muchas ganas de ver su rostro.

Cuando di la vuelta a la página encontré una nota de Olive.

Me debes 6, Hattie. Vailé con el dos beces kuando tu komias. Págame.

Por la tarde salí de la casa y fui al invernadero, que está cerca de donde se encuentran las fieras. Allí recogí algunas margaritas, y tejí una corona con ellas para reemplazar la diadema de Lucinda. Si tenía que permanecer en el baile después de medianoche, no podía llevar las joyas de Lucinda.

Mi vestido para el último baile era mi favorito; totalmente blanco, con un cuello bajo ribeteado de encaje. La falda se abría por delante para dejar ver una enagua con tres volantes, también de encaje. Por detrás, la falda terminaba en un gran volante que

parecía flotar con el gracioso movimiento que describía la cola.

Me miré en el espejo y empecé a colocarme la guirnalda en el pelo. Entonces llegó Mandy y me detuvo.

—Espera. Aquí tienes algo mejor, cariño —dijo mientras me ofrecía dos paquetes envueltos en papel de seda—. Ábrelos.

Se trataba de una diadema de hojas de plata entretejidas, y de una cadena de plata de la que colgaba un lapislázuli.

—¡Oh, Mandy! —exclamé.

—Los compré en el mercado, y éstos no desaparecerán a medianoche —aseguró, y a continuación me colocó la diadema en la cabeza y la cadena en el cuello—. Tú los haces parecer aún más hermosos, cielo.

Me miré en el espejo. Las joyas de Mandy tenían algo de lo que adolecían las de Lucinda; eran las más adecuadas para mí, y también para el vestido que llevaba.

Char me esperaba en la entrada de palacio. Cuando el carruaje llegó, el príncipe se acercó a ayudarme, antes de que el cochero bajara del pescante. El reloj dio en aquel momento las ocho y media, la hora del comienzo del baile.

—Estás maravillosa —dijo inclinándose.

Su galantería me emocionó, porque sabía que Char no estaba seguro de cómo era mi rostro.

Cuando entramos en el palacio dijo:

—Tu carroza es de un color muy extraño.

—Es el que se utiliza en Bast —respondí, esperando que no supiera demasiado sobre las costumbres de allí. Si resultaba que los carruajes no solían ser de ese color, tendría problemas.

Me tomó del brazo y preguntó:

—¿Podré ir a visitarte?

—La ciudad de Bast se sentirá honrada de recibirte.

—¿Y tú?

—Yo también.

—Si voy a conocer a tu familia, tú deberías conocer antes a la mía.

—Estaré encantada de hacerlo en cualquier momento.

—Ahora es el momento adecuado. Ellos están aquí, y tú también estás aquí.

—¿Ahora? ¿El rey Jerrold?

Char rio.

—Sí, es mi padre.

—Pero...

—Es amable con todos, excepto con los ogros. No tienes por qué preocuparte.

El rey se puso en pie cuando nos vio entrar. Hice una reverencia, y me sonrojé por la mala educación que suponía no quitarse la máscara delante de un rey. Cuando se levantó sonrió a Char. La reina Daria también sonreía. Los había visto muchas veces,

pero nunca tan de cerca. La reina parecía una mujer muy dada a sonreír. Tenía una expresión honesta. Char se parecía más a su padre, pero sus rasgos eran más suaves. El rostro del rey era severo, aunque se volvía afable cuando reía.

—Padre, madre, me gustaría presentaros a lady Dela, una nueva amiga que viene de Bast, donde los carruajes son de color naranja.

—Lady Dela —dijo el rey tomándome la mano, tenía la voz más fuerte, más profunda que jamás había oído—. Bienvenida a Frell.

—Bienvenida —repitió la reina mientras me abrazaba—. He tenido que esperar mucho para conocer a la muchacha a la que mi hijo quiere.

—No he dicho que la quiera, mamá —dijo Char—. Pero me gusta, claro.

Por encima del hombro de su madre, vi a Char con cara de no saber qué añadir.

La reina Daria me alejó sujetándome por los hombros e intentó adivinar cómo sería mi rostro.

—No puedo saber qué hay tras la máscara, pero me recuerdas a una dama a la que admiraba, tenía el espíritu más alegre que he conocido. —Y luego me dijo al oído—: Si eres como ella, creo que Char ha hecho la mejor elección.

Luego se apartó y yo di un paso hacia atrás, confusa.

Estaba segura de que la reina se refería a mamá.

—Lady Dela es la prueba de que no he sido distante con todos —comentó Char.

—Una prueba excelente —respondió el rey Jerrold—. Danos más pruebas y nos convenceremos totalmente de ello —concluyó, frunciendo el ceño mientras dirigía la vista a mi máscara.

—Debemos volver con nuestros invitados —dijo Char.

Cuando nos alejábamos oí que la reina mencionaba que no había visto nunca carrozas de color naranja en Bast.

De vuelta en el vestíbulo, Char me pidió que le reservara una danza para más tarde.

—Ahora será mejor que sea amable y distante durante un rato más.

No quería que se fuese. Cada uno de los momentos de nuestra última noche eran demasiado preciosos como para perder ni uno solo. Pero no tuve más remedio que asentir, y él se fue. Me quedé observando el baile y rechacé las peticiones que fui recibiendo.

—Señorita. —Era Hattie, que se plantó ante mí sonriendo con afectación—. Quería verla a solas, querida. Soy lady Hattie, hija de *Madame Olga*.

Dela no tenía ninguna razón para odiar a Hattie, así que dije:

—Encantada de saludarla.

—Charmont dice que vive en Bast.

Aquello me extrañó, pues nadie llamaba así al príncipe.

Hattie intentó averiguar cosas de mi familia y de mi vida, presionándome de tal forma que tuve que decirle que no consideraba muy educado interrogar a los extranjeros.

—Le pido disculpas, pero hay que ser cuidadoso cuando uno está relacionado con la realeza. Resulta que Charmont y yo tenemos un acuerdo, estamos prometidos en secreto.

¿Se había vuelto loca? ¿Por qué contaba aquellas mentiras?

—Y para proteger al príncipe debo pedirte que te quites la máscara. Tengo que saber qué se esconde tras ella.

Gracias a los cielos aquello era un ruego, no una orden.

—Eres libre de pedírmelo, pero yo no estoy obligada a hacerlo. Buenas noches, lady Hattie —respondí volviéndole la espalda y dirigiéndome hacia otro lado.

—¡Dela! Menos mal que te encuentro.

Char había vuelto.

—Baila conmigo —me pidió—. Tu príncipe te lo ordena. Quiero pasar el resto de la noche bailando contigo. —Hizo una reverencia a Hattie, que estaba unos pasos más allá de nosotros—. Discúlpanos.

Yo también me incliné, feliz de ver a Hattie presa del odio.

—Todo el mundo pregunta por ti —me susurró Char, asiéndome más fuerte—. «¿Quién es la misteriosa dama?», dicen.

—La muchacha de la máscara.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar, pero luego calló y se puso a hablar de otras cosas.

Me pregunté cuántas danzas nos quedarían. El reloj dio las nueve y media. Al cabo de pocas horas, Dela se iría para siempre. Nunca volvería a estar tan cerca de Char. A pesar de que intenté reprimirme, empecé a llorar. El príncipe no se hubiera dado ni cuenta, de no ser por una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—Dela, lo siento. —Había tanto arrepentimiento en su voz que me dejó atónita.

—¿Por qué? ¿Qué decías? Soy yo quien debe disculparse. No te escuchaba, estaba pensando lo triste que será abandonar Frell —dije forzando una sonrisa—. Se acabaron los bailes.

—Pero puedes volver, ¿no?

—Supongo que así. Pero no será lo mismo. Uno no puede volver a vivir un instante de felicidad.

—Eso es cierto. —En aquel momento terminé la danza—. ¿Quieres salir afuera? Cada vez que termina una pieza pienso en todas las muchachas con las que me tocaría bailar.

Una vez fuera paseamos por los jardines del castillo. Mientras, intenté estar atenta a las campanadas. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Cuánto quedaba?

Char me habló de Frell, y me preguntaba si había visitado ciertos lugares, y luego me los describía. Yo le iba respondiendo a todo, pero si alguien me hubiera pedido que repitiera lo que acabábamos de decir no habría sido capaz de hacerlo. Mi mente y mi corazón estaban más atentos a su voz, al calor de su brazo alrededor del mío, al ritmo de nuestros pasos, al fresco aroma de la noche y, sobre todo, al deseo de que

cada minuto fuese eterno. Volví a llorar, pero la oscuridad ocultó mis lágrimas. El reloj avanzaba inexorablemente: las diez, las diez y media, las once, las once y media...

—Bueno, deberíamos volver —dijo Char, y entramos de nuevo para seguir bailando—. Pronto será la hora de cantar. Cuando termine, o bien me rodearán files amantes de la música o bien me habrán vuelto todos la espalda.

—Estarás rodeado —dije—, yo nunca te rechazaría.

—Espero que sí sea. Pero quizá me rechazaras si supieses la verdad —dijo tomando aliento y adoptando un tono muy formal—. Te pido disculpas si he avivado tus expectativas sin proponérmelo, pero he resultado no casarme nunca.

Entonces, los bailes no habían sido idea suya. Ahogué una risa de triunfo.

—No me has engañado. Yo sólo quiero guardar estos momentos para recordarlos y contarlos cuando vuelva a casa. Diré: «El príncipe me dijo esto y lo otro, y yo le respondí esto y lo otro. Y le hice reír, mamá. Hice reír a nuestro príncipe. Papá, bailó conmigo, casi una noche entera». «¿Cómo era su traje?», me preguntaría mi hermana «¿Llevaba puesta la espada?», preguntaría papá.

Char me asió aún más fuerte la cintura y dijo:

—El matrimonio tiene que durar toda la vida, pero la amistad también puede ser para siempre ¿Querías...?

Sentí algo en la nuca. Era Hattie, que bailaba con el conde de Demby. Me había agarrado de la máscara y tiraba de ella. Me solté de Char y me cubrí la cara con las manos, pero no lo suficientemente deprisa.

—¡Ela! —gritó Hattie.

—¿Ela? —musitó Char.

Me fui de allí corriendo, justo cuando el reloj daba las doce. Char podía haberme atrapado, pero Hattie lo debió de detener, de alguna forma.

Una vez fuera, una enorme calabaza inútil me esperaba, así que seguí corriendo. Una rata blanca se cruzo en mi camino. En algún lugar perdí una de mis zapatillas de cristal. Corrí esperando que no me siguieran.

Una vez en casa, a Mandy ya se le ocurriría alguna cosa. Podía esconderme en la bodega, o en el establo, o en cualquier sitio. ¿Cómo me había atrevido a ir a los bailes? Lo único que había conseguido era poner a Char y a toda Kyrria en peligro.

—¡Mandy! —chillé en cuanto llegué a casa. Un criado me miró atónito. Corrí hacia la cocina y dije—: He puesto en peligro a Char y a Kyrria. ¿Qué puedo hacer?

—Recoge tus cosas —me aconsejó Mandy, tan pronto como hubo entendido mis acaloradas explicaciones.

—Pero ¿adónde puedo ir?

—Yo iré contigo. Encontraremos trabajo como cocineras. Date prisa.

—¿No puedes preparar mis cosas usando la magia? —pregunté, pues lo había hecho otras veces. Sólo era magia menor.

—Nada es magia menor en un momento como éste. ¡Vamos!

¡Bah, hadas! Corrí a mi habitación y empecé a meter mis cosas en el maletín. Tenía poco que llevar; sólo tardaría un minuto. Entonces, oí que se abría la puerta de entrada y resonaron unas voces. No podríamos huir. Me quité mi traje y me puse el vestido de sirvienta. Después me restregué por la cara la falda, que estaba llena de hollín, y me até un trozo raído de lino alrededor de la cabeza.

Nancy apareció por la puerta.

—¡Es el príncipe! —anunció—. Quiere ver a todo el mundo que vive aquí.

Me quedé paralizada.

Nancy rio nerviosa y dijo:

—No creo que vaya a comernos, o al menos eso espero. ¡Vamos!

La seguí, con el corazón palpitando con tanta fuerza que no me dejaba pensar.

El príncipe estaba en el recibidor con sus caballeros y todo el servicio. Lo que más odiaba en aquel momento era que me viera sucia y cubierta de harapos. Me coloqué detrás del criado más alto, pero Char y sus caballeros se mezclaron con nosotros, buscando a alguna chica disfrazada de criada. Me chupé la muñeca y puse cara de ausente.

Pero *sir* Stephan me reconoció.

—Aquí está la chica —dijo—. Ven conmigo, muchacha— me ordenó, tomándome de la mano, y me llevó hasta donde estaba Char.

—¡Ela! Ela, ¿por qué vas así vestida?

—Su majestad, yo... —Estaba a punto de decir que no era yo cuando Hattie se me adelantó.

—Es Adela, la fregona —dijo—. ¿Quiere tomar algo, alteza?

—¿Una fregona?

—Una fregona, sí, sin importancia. Pero nuestra cocinera tiene preparados algunos pasteles dignos de un príncipe.

La puerta no estaba lejos. *Sir Stephan* seguía aferrando mi mano. Intenté zafarme, pero no pude.

—Muchacha —murmuró Char dirigiéndose a mí—. No voy a hacerte daño —continuó, tomándome de la barbilla y acercando mi rostro al suyo. Hubiera querido acariciar su mano y besársela.

En cuanto nos tocamos supe que me había reconocido. Sacó mi zapatilla de su capa y dijo:

—Pertenece a Ela, y sólo a ella le quedará bien, tanto si es una fregona como si es una duquesa.

Alguien acercó una silla. Deseé tener unos pies de tamaño normal.

—Es mi zapatilla —dijo Hattie—. La perdí hace mucho tiempo.

—Tus pies son demasiado grandes —gruñó Olive.

—Pruébatela —le sugirió Char.

—La perdí porque me iba un poco grande —comentó Hattie mientras tomaba asiento y se sacaba el zapato. El aire se llenó del horrible mal olor de sus pies. Ni siquiera pudo meter dentro sus dedos.

—Yo soy más joven que Hattie —arguyó Olive—, por tanto mis pies serán más pequeños, creo.

Pero eran incluso más grandes.

Luego me llegó el turno a mí. Char se arrodilló mientras sostenía la zapatilla en la mano. Alargué el pie y él me calzó. Me iba a la perfección, claro. ¿Qué iba a hacer ahora?

Su cara estaba junto a la mía. Seguro que había percibido el terror en mi rostro.

—No es necesario que seas Ela si no quieres —susurró dulcemente.

¡Era tan bueno!

—No lo soy —contesté yo contra mi deseo; las lágrimas me caían por ambas mejillas.

Entonces vi la esperanza dibujada en su rostro.

—Aquella carta era una horrible mentira. —Char miró a Hattie y luego a mí, con expresión interrogadora—: ¿Me amas? —preguntó con suavidad—. Dímelo.

Era una orden.

—Sí, te amo —respondí llorando y riendo a un tiempo. ¿Cómo iba a poder abandonarle de nuevo?

Char estaba exultante. Exclamó:

—Entonces, cástate conmigo.

Era otra orden. Asentí, sin dejar de llorar, y mi mano se entrelazó con la suya.

—No te cases con él, Ela —ordenó Hattie.

Aparté la mano.

—No puedo casarme —dije. Quizá Hattie fuera nuestra salvación.

—Hattie, no seas tonta —estallo *Madame Olga*—. ¿No quieres ser la hermanastra de una reina y obtener todo lo que le pidas? —Me dedicó una sonrisa—. Su alteza es tan amable que quiere casarse contigo, Ela querida.

Era irremediable, el hechizo haría que Hattie y *Madame Olga* entrasen en la nobleza, y le proporcionaría inacabables riquezas a Olive.

¡Char me miraba tan contento, y yo le amaba tanto! Yo era la causa de su alegría, pero sería también el motivo de su destrucción. Cualquier secreto revelado a sus enemigos, una carta escrita por mí, una señal involuntaria, veneno en su vaso, una daga en su costado, una caída a un pozo...

—Cásate conmigo, Ela —me susurro Char—. Di que te casarás conmigo.

Cualquier otra podría haber contestado si o no, pero yo estaba obligada a cumplir la orden. Aunque probablemente Char no era consciente de haberme dado una. Tenía que obedecer, quería obedecer aunque odiaba herirle, quería casarme con él, pero iba a destruir mi amor y mi patria. Ambos estaban en peligro y nadie podía acudir en mi ayuda. Estábamos todos condenados.

Char era demasiado valioso como para herirle, perderle o traicionarle tras casarme con él; demasiado valioso como para tener que obedecerme por ser su esposa. Las palabras acudieron a mi mente, subieron por mi garganta y me llenaron la boca, empujando, mis labios: «Sí, sí, te quiero, quiero casarme contigo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!». Intenté tragármelas para no pronunciarlas, pero me hacían daño. Por suerte, lo que salió al fin de mi boca fue un ruido ininteligible.

Char me puso una mano en el hombro. Debía de estar asustado, pero no pude ver su cara porque mis ojos estaban vueltos hacia adentro, librando una batalla interior. Oí la voz de Lucinda en mi cabeza: «Mi regalo para Ela será la obediencia. Ela será siempre obediente». Vi a Olive contando sus monedas, a *Madame Olga* ante mí mientras yo fregaba el patio, a Hattie llevando el collar de mamá...

En mi vida había cedido en todo: había comido el pastel, tomado el tónico, renunciado al collar, servido a mi madrastra, dejado que Olive me dejara sin dinero. Ellas habían conseguido todo lo que querían de mí, pero no iban a conseguir a Char. Aquello nunca, nunca.

«Sé obediente, cástate con él. Di sí, di sí, di sí», me repetía una voz interior.

Las lágrimas que brotaban de mis ojos eran como ácido, me quemaban las mejillas. Me mordí la lengua para no hablar y la boca se me llenó de sangre; corrosiva y dulce.

A pesar de que yo no quería, mi boca se abrió. El consentimiento había ganado, la obediencia sería una vez más la vencedora. Pero en el último momento conseguí taparme la boca para que no me oyeran, y así mi consentimiento se malogró de

nuevo.

Recordé cuando vi a Char el día del funeral de mamá, esperándome mientras lloraba, triste también por su pérdida. Oí otra vez su promesa cuando visitamos la colección de fieras: «Cazaré un centauro y te lo regalaré». Le vi mientras ataba las muñecas de los ogros. Y cuando saludó a papá con su jubón sin botones flotando en el aire, después de que nos deslizáramos por la barandilla. Vi el baile y vi al rey Jerrold sonriendo a su hijo, el futuro y la esperanza de Kyrria.

«Di sí, y sé feliz. Di sí y vive. Obedece. Cásate con él», oía en mi cabeza.

Comencé a mecirme en la silla. Cuando iba hacia delante las palabras querían salir, y cuando me echaba hacia atrás me las volvía a tragar. Me movía cada vez más deprisa. Las patas de la silla rechinaban sobre las baldosas y el ruido resonaba en mis oídos. «Cásate con él. No me casaré. Cásate. No».

Después perdí la noción del tiempo y de todo lo que me rodeaba. Seguí meciéndome y llorando, sumida en mis pensamientos, concentrada en un lugar profundo de mi pecho, y sólo había lugar para una verdad: tenía que salvar a Char. Durante un momento descansé dentro de mí misma; a salvo, segura, cada vez un poco más fuerte. Y en aquel instante encontré en mi interior un poder más fuerte del que nunca antes había imaginado, una mezcla de deseo y de determinación. Algo que nunca habría necesitado si no hubiera sido por el hechizo de Lucinda, una fortaleza que no había sido capaz de encontrar antes. Así fue como encontré mi propia voz.

—¡No! —grité—. No voy a casarme contigo, No lo haré. Nadie puede obligarme. —Tragué saliva y limpié mi boca con la sucia manga de mi vestido. Me puse de pie de un salto, lista para desafiar a cualquiera.

—¿Quién va a obligarte? —preguntó Char sorprendido.

—No importa quién lo haga. No lo haré. Y no lo haré. No pueden obligarme, nadie puede obligarme. No me casaré contigo.

—Se casará contigo —dijo Olive—, se lo has pedido y tiene que obedecer. —Luego rio—. Cásate con él, y luego me darás todo tu dinero.

—¡No lo haré! ¡Dejad de darme órdenes! —Yo seguía gritando, cada vez con más fuerza. Quería vencer con todos los honores. Char no moriría ni sufriría daño alguno por mi culpa; Char viviría, rodeado de seguridad y prosperidad.

—No tiene por qué casarse conmigo —dijo el príncipe.

—Silencio, Olive —ordenó Hattie—. Ela, ve a tu habitación. Su alteza ya no te necesita.

—Sí que la necesito, y mucho —respondió Char.

—Cállate, Hattie —dije yo, cada vez más valiente—. No quiero ir a mi habitación. Todo el mundo tiene que saber que no me casaré con el príncipe. —Corrí hacia la puerta de la calle, la abrí y grité a la noche—: ¡No me casaré con el príncipe! —Luego volví al recibidor y le eché los brazos al cuello—. No me casaré contigo —dije, y le besé en la mejilla. Char estaba a salvo de mi hechizo.

Él acercó más su cara y me besó en la boca. Su beso me inundó, y me abracé a él

aún más fuerte, temblando.

Detrás de nosotros, Hattie gritó:

—¡Ve a tu habitación ahora mismo! ¡Te lo ordeno!

Hice caso omiso de aquella orden, mientras Char me apartaba de él y preguntaba:

—Pero ¿por qué no quieres casarte conmigo? ¿Por qué no, si me amas?

—Estoy hechizada, Char. No estarás a salvo si soy tu esposa.

Pero ¿qué estaba diciendo? Aquello no se lo había confesado a nadie desde que tenía ocho años, mamá me lo prohibió. ¿Me acababa de obligar alguien a contarlo? No, nadie lo había hecho. Entonces, ¿por qué...? Mis pensamientos seguían confusos.

No iba a casarme con Char, aquello era seguro. Él estaba muy guapo, sonriendo después de nuestro beso, pero enseguida se quedó con el ceño fruncido por la confusión, con la nariz manchada de hollín. Me puse a llorar de nuevo. Salvándole le había hecho aún más mío que nunca.

¿Significaba mi rechazo que el hechizo se había roto? ¿Era aquello posible? Miré en mi interior; me sentía distinta, más grande y más llena, más completa. Ya no estaba dividida entre mí misma y el impulso de actuar en contra de mis deseos, me sentía más grande pero más ligera, como si me hubiera deshecho de un gran lastre que no me dejaba avanzar.

Me había negado a cumplir las órdenes de Olive, y también las de Char. Hattie me había mandando a mi habitación, y yo me había negado. Además había revelado mi secreto, y no sentía ni vértigo ni dolor.

—¡Eres libre! ¡El hechizo se ha roto, cariño! —exclamó Mandy mientras me abrazaba—. Te has salvado al salvar al príncipe. Estoy tan orgullosa y contenta, cielo, que tengo ganas de gritar.

Había sido capaz de romper el hechizo sin la ayuda de nadie. Sólo había necesitado una razón poderosa, un amor infinito para encontrar mi fortaleza. Salvarme de los ogros no fue suficiente; rescatar a zhulph tampoco, pues había soldados que me ayudaron; el sometimiento a *Madame* Olga tampoco; ni el amor a mi patria. Sólo Char, el amor que sentía por Char lo había logrado.

Ahora todo había terminado para siempre. Me sentía renacer. Ela, sólo Ela. No Ela la esclava, la fregona. No Dela, ni Estela: Ela. Yo misma. Única. Yo.

Me arranqué el trapo que me cubría la cabeza. Luego hice una reverencia ante Char.

—Cuando me has pedido la mano, hace un momento, era demasiado joven para casarme contigo —le dije mientras le miraba, y entonces apareció una sonrisa en su rostro—. Ahora ya soy mayor, y no sólo puedo casarme, sino que te pido que te cases conmigo. —Me arrodillé y le tomé de la mano.

Nunca le había gustado que me postrase ante él. Me ayudó a incorporarme y me besó. Aquello significaba que daba su consentimiento.

Epílogo

Nos casamos al mes siguiente. Para la ceremonia llevé mi primer vestido nuevo desde hacía mucho tiempo y me puse el collar de mamá, que Hattie tuvo que devolverme. Después de que mi identidad real hubiese sido revelada el rey Jerrold y la reina Daria me aceptaron gozosos en la familia real.

Mi madrastra y sus hijas no fueron invitadas a la boda y tuvieron que celebrarla, si es que lo hicieron, por las calles junto al resto de ciudadanos de Frell. Papá fue invitado pero como estaba de viaje cuando recibió la noticia ya era tarde.

Areida sí vino. Renovamos nuestra amistad y juramos visitarnos a menudo, promesa que nunca dejamos de cumplir.

Toda la gente exótica, excepto los ogros, estaba representada en la ceremonia. Slannen nos regaló una pieza de porcelana de Agulen, que representaba un niño abrazado a un árbol. zhatapH y zhulpH también vinieron; el niño seguía siendo un bebé, ya que los gnomos tardan más que los humanos en crecer. Uaaxee también asistió a la ceremonia, y se encargó de mantener quieto a nuestro invitado *Manzana*, que galopaba a lo largo del vestíbulo de palacio.

A pesar de que Lucinda no fue invitada acudió de todas formas, trayendo un regalo...

—No, gracias —dijimos Char y yo al unísono.

—Recuerda cuando te convertiste en ardilla —le dijo Mandy.

Pero su regalo era lo que papá llamaría una chuchería mágica. Se trataba de una caja, no mayor que la uña del pulgar, que crecía o se hacía pequeña según lo que se quisiera guardar en su interior. Era muy útil e inofensiva, así que le dimos las gracias a Lucinda, que rio feliz.

Con el tiempo, Hattie se reconcilió con nosotros y usó nuestra relación para beneficio propio. Nunca se casó, pero Olive sí lo hizo. Un viudo charlatán se enamoró de ella. Cuando Olive le pedía que le hablase, él le contaba sobre sus triunfos, sus enemigos, sus opiniones. Hablaba sobre todo lo que se le ocurría. No es que Olive tuviera prisa por casarse, pero dio su consentimiento a cambio de veinte monedas diarias y un pastel de nata en cada comida.

Papá y *Madame* Olga continuaron amándose en la distancia. Después de mi boda papá volvió a triunfar en los negocios, trabajando para la familia real. Char le vigilaba para que fuera honesto, y sólo intervenía si era necesario para salvarle a él o a las víctimas de sus engaños.

Mandy vivió con nosotros y siguió ejerciendo de cocinera, y de hada madrina de nuestros hijos. Seguía practicando magia menor para protegernos de los resfriados y de los pequeños accidentes domésticos. Nancy también vino al castillo, y estuvo al mando de una legión de criados, algunos de los cuales eran los encargados de mantener las barandillas enceradas para que los reyes pudiesen deslizarse a toda velocidad por ellas.

Yo rechacé el título de princesa pero adopte el de «Lingüista de la Corte» y «Real Pinche de cocina». No quise quedarme en palacio cuando Char viajaba, así que le acompañaba siempre. Aprendí todas y cada una de las lenguas que oía en mis viajes. Cuando estábamos fuera, el libro mágico de Mandy me mantenía informada de lo que hacían nuestros hijos.

Las decisiones eran fáciles después de haber roto el hechizo. Adoraba tener el poder de decir sí o no. Rechazar algo era un verdadero placer. Char seguía riéndose con mis bromas, y su bondad hacía que mi amor por él creciera día a día.

Y así, entre risas y amor, vivimos felices para siempre jamás.



GAIL CARSON LEVINE (Nueva York, Estados Unidos, 17 de septiembre de 1947). Se crio en las calles del norte de Manhattan, Washington Heights, un barrio que sirvió de refugio para los aliados de Hitler después de la Segunda Guerra Mundial. Dice la autora, que por aquellos tiempos, se hablaba alemán tanto como el inglés.

Da las gracias a sus padres David y Sylvia por su vena creativa. Su padre, en quién se basa para gran parte de la historia *Dave at Night* (galardonado con un ALA Notable Book y Mejor libro para jóvenes), era propietario de un estudio de arte comercial, y su madre era una profesora que escribió obras para que sus estudiantes las interpretaran.

Fue miembro del Club de Scribble Scrabble en la escuela primaria. Y en la escuela secundaria, sus poemas fueron publicados en dos antologías de poesía de adolescentes. Sus aspiraciones, desde muy jovencita, no eran ser escritora si no ser ilustradora, le encantaba el dibujo y la pintura. Años después dio un cursillo sobre escritura e ilustración, y descubrió que no le gustaba ilustrar ni la mitad de lo que le gustaba escribir.

Se licenció en Filosofía en el City Collage de la Universidad de NY en 1969 y desde entonces ha trabajado como escritora de libros para niños, como entrevistadora en el Dpto. Estatal de Trabajo de NY, como auxiliar administrativo en el Dpto. de Comercio, y en el Dpto. de Servicios Sociales NY entre otros. Ahora su mayor dedicación es la escritura de libros para jóvenes. Aunque no hace mucho, ella y su marido colaboraron en el guión de un musical para niños que se estrenó en un teatro

de Brooklyn.

Durante nueve años todo lo que escribió fue rechazado por las editoriales. *Ella Enchanted* fue su primera novela publicada y premiada con un Newbery Honor Book. En 2004 fue llevada al cine como *Hechizada*, protagonizada por Anne Hathaway.

Princess Tales series, ambientada en el Reino de Biddle, es la colección más amplia que ha escrito, contando con 9 volúmenes.

Levine también ha escrito una novela ilustrada para jóvenes lectores llamada *El secreto de las hadas*, la cual fue publicada en 2005 por Disney. La novela explora el mundo de Nunca Jamás y la comunidad de hadas que viven allí. Personajes familiares como Campanilla y el Capitán Garfio aparecen en la historia, así como los caracteres originales. Levine ha publicado hace poco una secuela de este libro, titulado *El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica*.

Actualmente vive con su marido David y sus Aireadle Terrier, Baxter, en una granja de Brewster, Nueva York.

Libros publicados en España.

El mundo encantado de Ela (2002). [*Ella Enchanted*] (1997).

Dos Princesas sin miedo (2003). [*The Two Princesses of Bamarre*] (2001).

¡*Cuidado con los sueños, sobre todo cuando se cumplen!* (2003). [*The Wish*] (2000).

El país de Nunca Jamás y el secreto de las hadas (2005). [*Fairy Dust and the Quest for the Egg*] (2005).

El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica (2007). [*Fairy Haven and the quest for the wand*] (2007).

Historia de dos castillos (2011). [*A tale of two castles*] (2011).